

El siglo de Augusto

PIERRE GRIMAL

TIEMPO DE HISTORIA

CRÍTICA

Índice

Portada

Introducción

I. Los años preliminares y la conquista de los espíritus

II. El principado augustal

III. La literatura augustal

IV. El arte de la época augustal

V. La paz augustal

Bibliografía

Notas

Créditos

Resulta cómodo, en ocasiones, designar un «siglo» de historia con el nombre de un solo individuo. Pero entonces es necesario que ese siglo haya durado, sin turbación visible, el tiempo suficiente como para permitir al menos el desarrollo de una generación humana, y acaso eso explique que sean tan escasos los *grandes siglos*, los que dan la impresión de que la humanidad llegó cada vez, si no a una de las cimas, por lo menos a uno de los altos en su camino. Para que todo un período pueda simbolizarse con el nombre de una sola persona es preciso, además, que ésta lo haya dominado de diversas maneras. Incluso carecería de importancia que hubiese obrado sobre los acontecimientos políticos y militares de su tiempo, o por lo menos no sería suficiente, si no hubiese también impreso su propio sello en la fisonomía espiritual de una época que, por eso mismo, ha devenido verdaderamente suya. La historia que relata siente curiosidad por los acontecimientos; la que se esfuerza por comprender el pasado y le pide que informe al presente, intenta captar un pensamiento vivo en el secreto de lo que fue su creación.

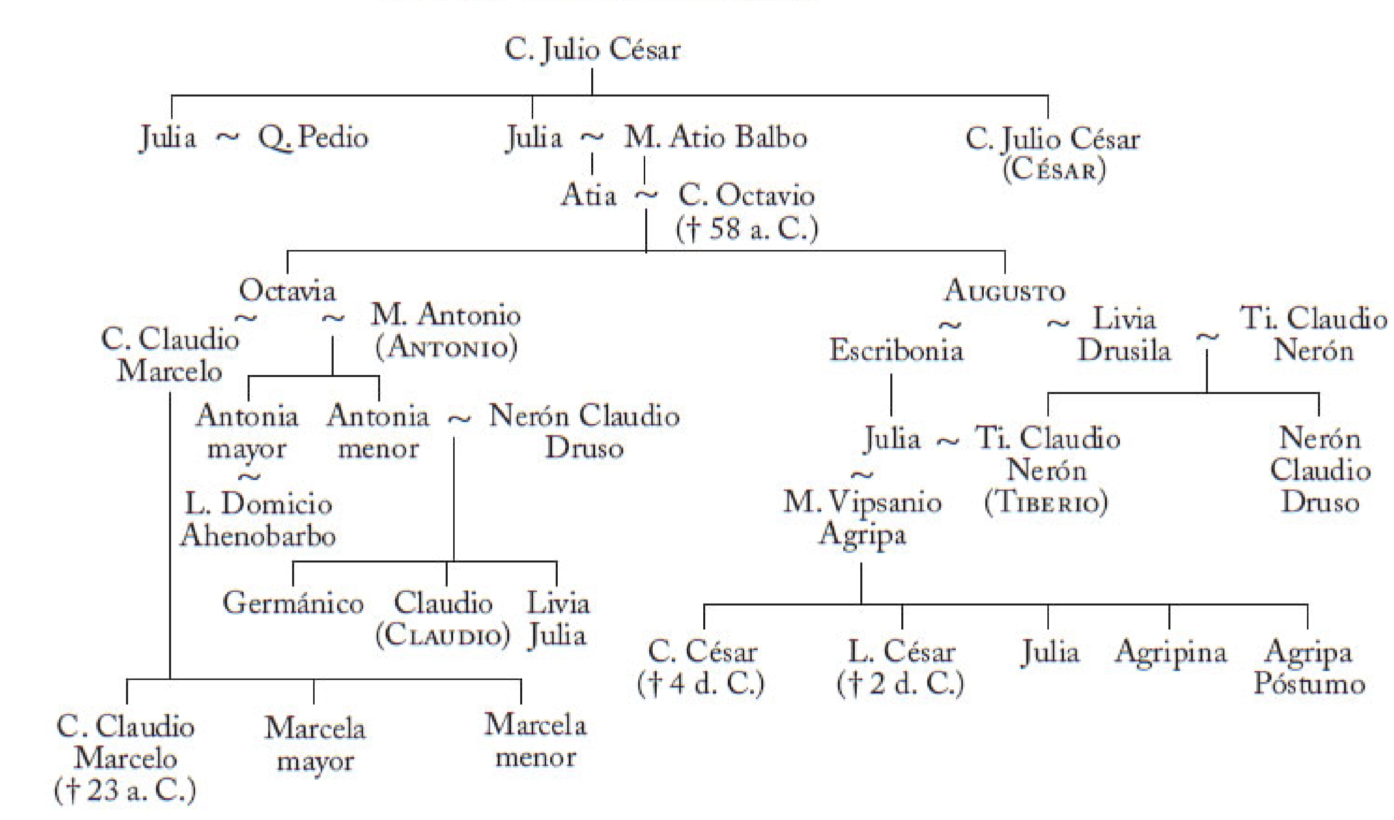
Si Pericles no hubiera *querido* el Partenón, si se hubiera limitado a consolidar la confederación ateniense y a aceptar la guerra del Peloponeso, o si Luis XIV no se hubiera rodeado de Le Nôtre, de Molière y de Racine, a nadie se le ocurriría llamar «siglo de Pericles» a los treinta o cuarenta años que vieron el apogeo de Atenas, ni «siglo de Luis XIV» al espacio de tiempo que, desde 1660 a 1715, constituye la edad clásica francesa. No otra cosa ocurre con el «siglo de Augusto», cuyos límites extremos se extienden desde la muerte de César, el 15 de marzo del 44 a. C., hasta la del propio Augusto, ocurrida cerca de Nola, en Campania, el 19 de agosto del año 14 d. C. Si los historiadores designan de este modo esas seis décadas, es porque no pueden librarse de la impresión, quizá injustamente, aunque más probablemente con razón, de que presentan una profunda unidad, querida y

conscientemente impuesta por el hombre que al llegar al poder encontró a Roma en el caos, y que al morir dejó un Estado organizado, pacificado, provisto de un ideal y de una razón de ser que los contemporáneos de César habían buscado en vano. No hay grandes siglos sin esa fe unificadora, que no puede hallar su origen sino en una voluntad creadora, la única capaz de reunir y organizar todo aquello que, sin ella, permanecía disperso.

La obra de Augusto fue posible gracias al largo espacio de tiempo durante el cual se ejerció su acción. Cuando murió había alcanzado la edad de setenta y siete años. Nació el 24 de septiembre del año 63 a. C., durante el consulado de Cicerón. Pertenecía a una familia burguesa, de caballeros originarios de Veletri, en el Lacio, y su abuelo era un rico banquero. Su padre, C. Octavio, se había casado con una sobrina de César, Atia, y ese matrimonio decidió el ascenso de la familia. Pero C. Octavio murió joven, en el año 58 a. C., en el momento en que, tras haber gobernado la Macedonia, podía aspirar al consulado. El futuro Augusto, que entonces se llamaba C. Octavio Turino (Turino era un sobrenombre impuesto en memoria de una exitosa campaña del padre contra los esclavos sublevados en la región de Turio, en Italia meridional), pasó algún tiempo bajo la tutela de L. Marcio Filipo, el segundo marido de su madre, pero César no tardó en llevarlo consigo y, en el año 45, lo adoptó. C. Octavio se llamó desde entonces oficialmente C. Julio César Octaviano. Ese nombre y esa adopción le permitieron recibir, después de los Idus de marzo del 44, la herencia del dictador. Sin embargo, no fue en aquel momento cuando empezó verdaderamente el «siglo de Augusto». Transcurrirán alrededor de diecisiete años antes de que el joven César, ocupado en conquistar el poder, esté en condiciones de hacer que se reconozcan el sentido y el alcance de su misión, y tal vez de tomar plenamente consciencia de ello. Ni siquiera la victoria de Accio, que el 2 de septiembre del 31 le aseguró de hecho el dominio sobre el mundo romano —y que un

triple triunfo el 13, el 14 y el 15 de agosto del año 29 debía consagrar—, bastaba para decidir el comienzo de ese «siglo». Éste sólo entró realmente en la historia el 16 de enero del año 27 a. C., fecha en que, gracias a una genial inspiración, L. Munacio Planeo propuso al Senado que se otorgara al nuevo señor el nombre de *Augustus*.

LA FAMILIA DE AUGUSTO



La elección de ese nombre, destinado a alcanzar un éxito tan grande, fue ante todo una hábil maniobra política. Tres días antes, Octavio había anunciado solemnemente que, restaurada por fin la paz, sometía el poder a la libre disposición del Pueblo y del Senado romanos. Pero el Senado no podía aceptar tal obsequio, y Octavio mismo, al ofrecerlo, no lo hacía inocentemente. Aunque por algún milagro se hubiera despojado súbitamente de la ambición apasionada que hasta entonces le había animado, su retiro no habría sido más que una irrealizable quimera. Había adquirido demasiada influencia en Roma como para que le fuera posible convertirse otra vez en un simple ciudadano. ¿No era acaso el verdadero y nuevo fundador del Imperio? Su servicios, sus victorias, le habían elevado por encima de los demás hombres, sin comparación posible, como si fuese de una naturaleza diferente. Y era precisamente esta excepcional posición la que se trataba de designar con un título, con un nuevo nombre. Por un momento, los senadores pensaron en otorgarle el de Rómulo. Pero sus amigos vieron el peligro. Ciertamente Rómulo había fundado la ciudad, pero había sido rey, y finalmente había caído asesinado a manos de los senadores. A pesar de su prestigio, el nombre era de mal agüero y resultaba además imposible pretender que la República fuera restaurada y a la vez conferir, aun indirectamente, honores de realeza al hombre cuya obra era esa restauración. Fue entonces cuando Munacio Planeo sugirió el nombre de *Augusto*. La voz no era nueva en la lengua; se aplicaba ordinariamente a lugares u objetos consagrados, designados por los augures. Un verso de Ennio flotaba en la memoria de todos: «desde que la ilustre Roma fuera fundada bajo los augustos augurios…». El epíteto *Augusto* aplicado a Octavio afirmaba la misión divina del fundador, el carácter «afortunado» y fecundo de toda iniciativa emanada de él. A él y sólo a él pertenecía el privilegio de «empezar» todo bajo felices auspicios. La fórmula —hoy diríamos «transaccional»— del viejo parlamentario que era Mu-

nacio Planco se vinculaba así con antiguas creencias y con una especie del instinto arraigado en la conciencia religiosa romana. Sin prejuzgar en cuanto a la forma de gobierno, tenía el mérito de aislar en la idea misma de «rey» lo que en ella siempre lamentaron los romanos, y lo que las magistraturas republicanas habían, mal que bien, intentado conservar: el carácter insustituible y casi mágico de la persona real. Así quedó proclamado oficialmente, en aquella sesión del 16 de enero del año 27 a. C., el inicio de una «nueva era», la conclusión de un nuevo pacto con los dioses de la ciudad y casi la renovación de su fundación.

Para nosotros, los poderes de Augusto parecen resumirse con demasiada frecuencia en un sistema constitucional cuya habilidad maquiavélica tiene por objetivo concentrar la autoridad real en las manos del príncipe, sin dejar de conservar la apariencia de la libertad republicana. Suele admitirse que, para alcanzar esa meta, Augusto recurrió a una sabia «propaganda», reuniendo en su entorno a historiadores y poetas con el encargo de que conquistaran los espíritus, o al menos de que los cegaran acerca de sus verdaderas intenciones. En tal caso, Augusto no hubiera sido más que un político genial, movido esencialmente por la ambición, que utilizó para sus fines egoístas un aparato religioso. Semejante explicación puede ser, si acaso, válida para la obra política y militar de su reinado; sin embargo, no da cuenta en absoluto de la magnífica floración intelectual, artística y literaria que entonces vio la luz. Incluso corre el riesgo de desacreditarla: el término «propaganda» recuerda demasiado a una flor marchita para que no vacilemos a la hora de calificar como «propaganda augustal» unas obras que fueron, durante generaciones, una constante fuente de inspiración. Pero si se quiere separar totalmente la persona de Augusto y la floración literaria y artística de su tiempo, el inconveniente no es menor; entonces hay que resignarse, contra toda evidencia, a no distinguir en ese siglo ninguna unidad profunda y a no ver en sus éxitos, evidentemente

convergentes, más que la yuxtaposición de una serie de felices azares. El problema permanece intacto: ¿cómo Augusto, que al principio no fue más que el jefe de un bando victorioso, pudo verse bruscamente convertido en el centro de una edad clásica? Esto únicamente es concebible reconociendo que el nuevo dueño de Roma no sólo creó conscientemente sino que encarnó unas fuerzas espirituales en estado latente hasta ese momento y que, gracias a su propio éxito político, les dio la oportunidad y la posibilidad de llegar a su clara conciencia. Augusto no añade a su sistema político las creencias religiosas; no desvía a su favor, a través de no se sabe qué abuso de confianza, las formas artísticas y literarias de su siglo; no las «pone a su servicio» para revestirlas con su propio carácter, sino que de acuerdo con ellas, o con lo que de ellas adivina, da forma a un ideal que, más que suyo, es el de toda Roma, pero que sin él Roma quizá no habría expresado jamás. En ninguna otra época aparece tan evidente la interdependencia de los diversos planos de la historia. La conquista romana ha llegado entonces a un punto en el que ya no puede subsistir sólo por la fuerza de las armas; el Imperio ha estado a punto de dividirse en sus dos mitades heterogéneas: Occidente y Oriente; la aristocracia, dividida contra ella misma, sólo ofrecía el espectáculo de egoísmos enfrentados en ruinosos conflictos. Para salvar el mundo no bastará con recurrir a la violencia. Ninguna opresión construye nada que sea duradero, y es el prisionero quien siempre tiene razón frente al carcelero. Augusto supo proponer, a ese mundo a la deriva, no tanto un nuevo sistema como una nueva justificación de cuanto en el antiguo sistema seguía siendo viable. Es verdad que, en el tiempo, su conquista del poder precedió a la construcción de su Imperio. Pero también es cierto que el Siglo de Augusto quedó inaugurado justo cuando el olvido comenzó a caer sobre los episodios sangrientos, el día en

que el pensamiento romano volvió a encontrar, gracias a la obra naciente, su fe en sí mismo después de la prolongada desesperación de las guerras civiles.

I

Los años preliminares y la conquista de los espíritus

Los conjurados que el 15 de marzo del año 44 a. C. asesinaron a César estaban animados por un solo deseo: suprimir al «tirano» que, desde hacía cinco años, impedía el libre juego de las instituciones republicanas. No pensaban que esas instituciones se habían condenado a sí mismas debido a medio siglo de anarquía y a la reanudación casi incesante de las guerras civiles. Para ellos era suficiente volver a depositar el poder en manos de los cónsules regularmente elegidos para que todo volviera al orden y recomenzara la lidia tradicional de los ambiciosos y de las facciones en torno a las magistraturas y los gobiernos provinciales. ¿Acaso no era eso lo que, en el pasado, había asegurado la grandeza de Roma y su supremacía entre todas las demás naciones? El Imperio era cosa de Roma, y Roma, la propiedad de unas cuantas familias, ávidas de repartirse los cargos y los beneficios.

Sin embargo, el genio de César supo, en esos cinco años, echar los cimientos de un nuevo orden. El dictador no era un aventurero aislado. Dejaba tras él un partido, amigos probados y el bosquejo de un ideal. De los dos cónsules en activo, al menos uno, Antonio, era su lugarteniente más fiel; el otro, el joven Dolabela, estaba dispuesto a venderse al mejor postor. Desde el principio, la restauración republicana estaba comprometida. Con todo, Antonio no se erigió en seguida como campeón del desaparecido César. Durante la primera sesión del Senado, celebrada el 17 de marzo, se opuso, sin vacilación, a una propuesta para conceder honores excepcionales a los asesinos, aunque tampoco pidió que se les condenara, y se contentó con hacer validar, en bloque, todos los actos de César, incluyendo sus proyectos, que todavía no tenían fuerza de ley. De este modo, el pasado inmediato no era abolido. Cinco años de intensa actividad legislativa no podían ser borrados, y el «cesarismo» sobrevivía a los Idus de

marzo. El Senado, compuesto en su mayoría por hombres a quienes el mismo César había nombrado, se conformó con la voluntad de Antonio.

Pero la realidad del poder no pertenecía ni al Senado y ni tan siquiera al cónsul. Si Antonio era, de hecho, dueño de la situación, no lo debía a su cargo oficial, sino a su posición de principal lugarteniente de César. Como aliado político tenía a Lépido, dueño y señor de la caballería del difunto dictador, y la plebe romana era proclive a escucharlo. Los veteranos de César, a quienes su antiguo jefe había entregado tierras en las ciudades italianas y constituían una fuerza latente dispuesta a seguir las consignas cesarianas, volvían la mirada hacia él. Durante las semanas que siguieron a la muerte de César, Antonio se esforzó por mantener la paz dando tiempo para que las pasiones se calmaran. No le incumbe la responsabilidad por los disturbios que se suscitaron durante los funerales del dictador, cuando la muchedumbre quemó el cadáver en pleno Foro, y cuando, sintiéndose amenazados, los asesinos se encerraron en sus casas o buscaron refugio en las aldeas del Lacio. Pero la ira popular suele durar poco, y se habría llegado progresivamente a un acuerdo si Octavio no hubiese entrado en escena bruscamente.

La noticia del asesinato encontró al joven en Epiro, en Apolonia de Ilizia, donde su padre adoptivo le había encargado que preparara la expedición proyectada contra los partos. Sólo tenía dieciocho años y proseguía al mismo tiempo su formación militar y su cultura intelectual en compañía de retóricos y filósofos griegos, entre ellos el estoico Atenodoro, y de personajes que habrían de unirse a su destino, en particular Vipsanio Agripa. Tan pronto se enteró de los acontecimientos de Roma, Octavio se dio prisa en regresar a Italia. El testamento de César lo designaba como heredero. ¿Iba a reclamar esa peligrosa herencia? A pesar de los consejos de los suyos, se resolvió a hacerlo y, después de

demorarse algún tiempo en Italia meridional, regresó a Roma en el mes de mayo. Aquel día el sol estaba velado por un halo, lo que era considerado un presagio de realeza.

En un principio pudieron creer que Octavio se limitaría a reivindicar la parte que le correspondía de las riquezas de César, pero pronto se desengañaron. La agitación religiosa en torno al dictador asesinado, que Antonio se esforzaba por contener, fue súbitamente avivada por un acontecimiento espectacular. Durante la celebración de las festividades consagradas a Ceres, a finales de mayo o principios de junio, Octavio trató de exponer solemnemente el sitial dorado que el Senado había votado antaño para César y la diadema rechazada por éste no hacía mucho: era ya un primer paso hacia la apoteosis del difunto. Por el momento, aquella maniobra no tuvo consecuencias; el veto de un tribuno la impidió, pero era muy significativa. Octavio trataba de explotar el culto naciente del dios César, cuyo hijo en lo sucesivo sería él. Se le presentó la ocasión de hacerlo en los últimos días de julio, cuando él mismo celebró —superando la oposición de Antonio— los Juegos de la Victoria de César, instituidos dos años antes por el dictador en honor de su «patrona», *Venus Gentrix*, ancestro místico y protectora de su familia, la *gens Iulia*. Y ocurrió que, hacia la undécima hora (entre las ocho y las nueve de la noche), durante la celebración de los juegos, apareció un cometa en el cielo. Nadie dudó de que ese prodigio fuera de origen divino y que probaba la divinidad del muerto.

Los historiadores se han preguntado, desde la Antigüedad, en qué medida Octavio era sincero cuando afirmaba así el carácter divino de su padre adoptivo, y en qué medida, al apoyar la creencia popular, no hacía otra cosa que utilizar para sus propios fines la superstición de la muchedumbre. Es muy probable que el cometa de julio del año 44 —el *sidus Iulium*— no le aportara la revelación de su propia misión divina. Octavio no era un fundador de religión, pero sabemos que no estaba exento de creencias

extrañas. Creía en los presagios extraídos de los sueños, llegando incluso a tener en sueños un diálogo con Júpiter. A raíz de una visión nocturna, se sentirá obligado más tarde, cuando ya era desde mucho tiempo atrás dueño y señor de Roma, a mendigar cada año, un día determinado, tendiendo la mano a los transeúntes que le daban monedas. Por encima de todo, temía el trueno, y siempre llevaba puesta en sus viajes una piel de foca que, supuestamente, lo preservaba del rayo; por otra parte, para mayor seguridad, levantó en el Capitolio un templo a Júpiter Tonante. Son numerosas las anécdotas relativas a sus supersticiones y existen varias pruebas de su piedad y respeto por los dioses. Fiel a la tradición nacional, siempre se esforzará por hacer coincidir las decisiones y los acontecimientos importantes con felices aniversarios, y, como tales, de buen augurio. Por lo tanto, no debe sorprendernos que pudiera extraer de la aparición de un cometa en pleno cielo de Roma, mientras se celebraba la Victoria de César, una maravillosa confianza en la divinidad de su padre y en su propio destino. ¿Acaso los estoicos (cuyas lecciones había oído, transmitidas por Atenedoro) no enseñaban que las almas bienaventuradas alcanzaban el Empíreo, entre los astros, que eran, ellos mismos, seres divinos? Por lo tanto, no resultaba inverosímil que el cometa milagroso fuera el alma verdadera de César en su ascensión hacia el cielo.

Además, el año anterior Octavio había acompañado a César durante la guerra de España. Había vivido en la intimidad del dictador, quien también tenía fe en su estrella, y no había emprendido la guerra civil sino después de un prodigio manifiesto, ocurrido a orillas del Rubicón. Los designios ambiciosos de Octavio, su circunspección, la frialdad legendaria de sus cálculos, no son probablemente los únicos móviles que lo decidieron entonces a reivindicar toda la herencia de su padre y a proclamarse «hijo del dios César».

Los más ardientes entre los cesarianos empezaron, secretamente, a dudar de Antonio. Éste lo advirtió. Se acercó oficialmente a Octavio, en una reconciliación ostensible, y obtuvo el alejamiento de los principales conjurados de los Idus de marzo, Bruto y Casio, quienes partieron a un disimulado exilio, para gobernar las lejanas provincias de Creta y Cirene. Luego, como las semanas pasaban y veía acercarse el término de su propio consulado, deseó asegurarse una jefatura militar que le proporcionara la forma de mantener su autoridad. Decidió asumir el gobierno de la Galia Cisalpina (Italia del Norte), que ejercía entonces Décimo Bruto, uno de los asesinos de César, aunque para hacerlo tendría que echarle. Pero mientras Antonio reunía legiones con ese fin en Italia del Sur, Octavio reclutó tropas entre los veteranos de su padre y marchó sobre Roma, en donde entró el 10 de noviembre. Fue una audaz cabezonada y, al mismo tiempo, un error. Quizás había esperado una sublevación general de los cesarianos. Sin embargo, sus propios soldados se negaron a combatir contra los de Antonio, y tuvo que huir hacia el norte. Su situación parecía desesperada. Antonio tenía a su favor la legalidad, mientras que él mismo se había hecho culpable de alta traición. Se atrincheró en Arretium (Arezzo), en Etruria. Escogió esta ciudad porque uno de sus compañeros, Mecenas, era oriundo de allí, y por su madre, que descendía de los Cilnios, que antaño reinaron en ella. De la misma manera, diecinueve años antes, el mismo año en que nació Octavio, Catilina se había unido a sus bandas armadas en la región de Fiésole antes del asalto final y la derrota. Pero Catilina no era «hijo de dios». Los soldados de Antonio, a su vez, desertaron. Dos de sus legiones se declararon a favor de Octavio y, en vez de aplastar a su rival, el cónsul debió contentarse con marchar hacia la Galia Cisalpina, y pronto asediaba Módena, donde se había encerrado Décimo Bruto. Fue entonces cuando Cicerón, el viejo consular, rompió su silencio para defender a Octavio. Consiguió que el Senado, a principios

de enero, reconociera la «legalidad» de los ejércitos de Octavio y de Décimo Bruto, pero los amigos de Antonio lograron impedir que éste fuese declarado enemigo público, siendo despachada una embajada para instarlo a que depusiera las armas y se sometiera a la autoridad del Estado. Antonio respondió que consentía en renunciar a la Galia Cisalpina, pero con la condición de recibir por cinco años la Galia Comata (es decir, toda la Galia Transalpina menos la antigua provincia Narbonense). Esto pareció inaceptable a los senadores, quienes encargaron a los cónsules Hircio y Pansa «tomar las medidas necesarias para la seguridad de la República». Al mismo tiempo se sabía en Roma que los dos principales instigadores del complot contra César, M. Junio Bruto y C. Casio Longino, en lugar de regresar apaciblemente a sus inofensivas provincias de Creta y Cirene, se habían apoderado de todos los recursos, en hombres y dinero, de los territorios orientales. En el Senado, los republicanos se alegraron mucho. El cesarismo, pues, iba a ser definitivamente pulverizado. Empezaron las operaciones militares contra Antonio. En dos batallas, el 14 y el 21 de abril del 43 a. C., las tropas del Senado obtuvieron la victoria, y el procónsul rebelde tuvo que abandonar Módena y retirarse en dirección a la Narbonense, donde contaba con la ayuda de su viejo aliado Lépido. Sin embargo, de los tres generales que la República había enviado contra Antonio, los dos cónsules Hircio y Pansa habían sucumbido. Octavio quedaba sólo para representar, en suelo italiano, la nueva «legalidad».

A pesar de su éxito y del apoyo ostensible de Cicerón, Octavio se hallaba en una situación más precaria que nunca. En Roma, Cicerón se jactaba abiertamente de haberlo utilizado sólo como un instrumento que se tira cuando deja de ser útil. ¿Cuál sería su lugar en una república renaciente? Ya Cicerón intrigaba para conseguir el consulado y pensaba haber puesto fin a la aventura cesariana. Por otra parte, los antiguos lugartenientes de César se reagrupaban ante el peligro. Desde finales de mayo, Anto-

nio se había unido a Lépido, y sus ejércitos fraternizaron cerca de Fréjus. A su vez, algunas semanas después, el gobernador de la España Ulterior, Asinio Polión, reconcilió a Antonio con Munacio Planeo, el gobernador de la Galia Comata. Aislado, Décimo Bruto, uno de los vencedores de Módena, trataba de llegar a través de los Alpes a las costas de Iliria y Macedonia. Había de perecer en la aventura. Las provincias occidentales formaban un sólido bloque, en manos cesarianas, precisamente las de los hombres que Octavio parecía haberse enajenado definitivamente por su campaña contra Antonio, al servicio del Senado.

Por segunda vez, Octavio tomó la iniciativa y consiguió hacerse un lugar entre los dos partidos. Decidió, a la cabeza de sus tropas, marchar sobre Roma y reivindicar el consulado. Legalmente no tenía ningún derecho. Era demasiado joven para llegar a la magistratura suprema. Pero las tres legiones que el Senado trató de oponerle se pasaron, sin combatir, a su lado. El Pueblo romano, tan fiel como los soldados a la memoria del dios César, elevó por unanimidad a su heredero al consulado, dándole como colega a un tal Q. Pedio, hombre sin ambiciones, que no podría hacerle sombra ni ponerle trabas en su gestión. Esa jornada del 19 de agosto del 43 a. C., contra lo esperado, había volcado la situación en favor de Octavio una vez más: se aseguró con su golpe de Estado una posición entre los gobernadores rebeldes del oeste y los asesinos de César, a quienes unos meses antes había jurado solemnemente vengar, más fuerte que la de ninguno de ellos, ya que en su persona parecía haberse encarnado, otra vez, la legalidad.

El primer acto del nuevo cónsul fue hacer condenar por un tribunal regular a los asesinos de su padre en virtud de una ley, la *lex Pedia,* propuesta por el otro cónsul; luego partió hacia el norte, para una entrevista con Antonio. Y fue cerca de Bolonia donde se estableció entre Antonio, Lépido y él, el Segundo Triunvirato. A diferencia del que antaño uniera secretamente a César,

Pompeyo y Craso, este nuevo triunvirato constituía una magistratura oficial, aunque de carácter excepcional. Los tres asociados se atribuían a sí mismos la misión de restaurar el Estado asegurándole una constitución viable.

Las intrigas de los meses precedentes habían dejado demasiado resentimiento en los triunviros, demostrando a las claras el peligro que constituía la oposición republicana, para que no intentaran hacer imposible su renacimiento en el futuro. Y empezaron las proscripciones. Ciento treinta senadores fueron inscritos en las listas fatales para ser condenados a muerte sin juicio. Un gran número de caballeros corrieron la misma suerte. No todos perecieron, pero los sobrevivientes tuvieron que esconderse; pronto no subsistió en Roma ningún miembro importante de la facción republicana. El mismo Cicerón fue muerto cuando, demasiado tarde, trataba de huir.

El 1 de enero del año 42 a. C. fue oficialmente proclamada la divinidad de César, reconocida por el Pueblo desde hacía tiempo. Se decidió construir un templo en el Foro romano, en el sitio de la hoguera donde había sido quemado el cadáver del dictador. Llegó el momento de vengar a César. Era de nuevo la guerra civil, de nuevo el conflicto entre los republicanos, apoyados por las provincias orientales, y los cesarianos, dueños de Italia y de todo el Occidente. El 23 de octubre la batalla se entabló en Filipos, en Macedonia. Quedó indecisa. Tácticamente, los republicanos sacaban ventaja, pero Casio, de resultas de un error, creyó que todo estaba perdido y se suicidó. Tres semanas más tarde, Bruto intentó otro golpe de fuerza, y esta vez acabó en desastre. Casi todos los grandes de la aristocracia romana cayeron en esa jornada. Era el fin de la *virtus* republicana: «Virtud, no eres más que una palabra», habría dicho Bruto al suicidarse. Y su rencor no iba tanto contra Antonio, que había sido su amigo y de quien

esperó, a pesar de todo, la salvación de la República, sino contra Octavio, el despiadado vengador, animado por el espíritu de César.

Es verdad que Octavio no había brillado en la acción. Se murmuraba que en el curso de la primera jornada debió su salvación personal a un feliz azar, pero por más que la gloria militar fuera de Antonio, los beneficios serían para Octavio. El tercer triunviro, Lépido, se había quedado en Italia: en lo sucesivo no se tendrá muy en cuenta a quien no estaba presente en la hora decisiva. Antonio partió para Oriente, y Octavio quedó encargado de gobernar Italia.

⋆

De los dos compañeros que quedaban enfrentados, Antonio era el que conservaba el mayor prestigio. La realización del gran sueño cesariano recaía sobre él: dirigir una expedición contra los partos y la conquista definitiva del Asia interior. Esta guerra se imponía ante todo por un deber de piedad. Con ella debía vengarse el desastre sufrido en otro tiempo en Carras por Craso. Pero también debía renovar la gran aventura que, desde hacía siglos, obsesionaba las imaginaciones romanas, aquella marcha triunfal que condujo a Alejandro hasta las puertas de la India. Toda penetración profunda en Asia evocaba además la epopeya de Dionisos, conquistador de la India, y no es raro que, tan pronto llegara a las provincias orientales, Antonio se proclamara el «Nuevo Dionisos». Él había recibido en Tarso a la reina Cleopatra, convocada ante él como princesa vasalla, quien se presentó con toda su pompa de reina y de deidad. Olvidando a su mujer, Fulvia, quien se quedó en Italia, Antonio siguió a Cleopatra hasta Alejandría y pasó a su lado el invierno del 41 al 40 a. C.

Mientras tanto, en Occidente, Octavio se consagraba a tareas necesarias pero ingratas. Le incumbía recompensar a los soldados de las veintiocho legiones que habían combatido en Filipos distribuyéndoles tierras en Italia. Dieciocho ciudades italianas vie-

ron su territorio repartido entre los veteranos. De todas partes surgieron quejas. Delegaciones de campesinos desposeídos afluyeron a Roma, y Octavio prometió atenuaciones, medidas particulares de clemencia, que casi no tuvieron otro efecto que el de indisponer a todo el mundo. De los dramas que se representaron entonces, nos llega un eco en los versos de un poeta que fue la «revelación» de los años posteriores a la batalla de Filipos. El «cisalpino» Virgilio, después de unos ensayos poéticos, ninguno de los cuales se nos ha conservado de manera cierta, y que, a principios del año 42 a. C., antes de la batalla de Filipos, había cantado la apoteosis de César bajo la graciosa alegoría del héroe siciliano Dafnis, imaginó poner en escena, en piezas campestres inspiradas en el idilio siciliano y alejandrino, y bajo la figura de pastores, a sus compatriotas, los propietarios desposeídos. Él mismo quizás había sido víctima de las confiscaciones. Tal vez hubiese perdido su propiedad familiar de Mantua. Al menos así lo afirman sus biógrafos antiguos, con tantas contradicciones sin embargo que su testimonio resulta sospechoso y pudiera tratarse solamente de una novela biográfica extraída de los poemas. Sea como fuere, Virgilio ha presentado la imagen inmortal de aquellos aldeanos obligados a abandonar sus tierras, arreando a la ventura sus rebaños de ovejas y de cabras y, para colmo, compelidos a dejar a un soldaducho las cosechas maduras y las viñas amorosamente injertadas. Sin embargo, no todo es igualmente sombrío en ese cuadro de las *Bucólicas*. Si la novena resulta desalentadora, la primera, al contrario, invita a los italianos a depositar su confianza en Octavio: Títiro ha ido a Roma, ha presentado su súplica al joven héroe, y éste le ha respondido a la manera de un dios oracular: «Apacentad como antaño, vuestros bueyes, hijos míos; criad toros». Títiro regresa tranquilizado y, en recompensa, dedica un culto a su salvador. Doce veces al año, en la fiesta de los Lares domésticos, ofrecerá un sacrificio a la divinidad de Octavio. Esa primera *Bucólica* marca para nosotros la aparición de un culto

rendido a Octavio. No era la primera vez que se veía a los pobres honrar a un «salvador» entre los dioses del hogar, y en ello no había nada que pudiera escandalizar la conciencia religiosa de los contemporáneos: cada hombre posee en sí un elemento divino, su *genius,* inmanente a su ser y a su vida misma. Es a este *genius* a quien se dirigen las plegarias y las ofrendas; los sacrificios persiguen comunicarle una vitalidad y una eficacia acrecentadas. La práctica estaba bastante generalizada entre los humildes, los libertos e incluso los esclavos, todos los que vivían bajo la dependencia material y espiritual de un *patronus,* es decir, de un dueño y de un protector a la vez. Octavio se convierte en *patronus* de Títiro, como ambiciona convertirse en el de todos los campesinos italianos.

Es muy probable, no obstante, que la primera *Bucólica,* al menos tal como la conocemos, no sea de los primeros meses del 41 a. C., ni de la época de las primeras confiscaciones. Para entonces, Octavio no es el salvador sino el verdugo de los propietarios de tierras, y el descontento cunde. L. Antonio, el hermano del triunviro, ejerce el consulado y es secretamente hostil a Octavio. Sexto Pompeyo, el hijo del vencido de Farsalia, es dueño del mar y obstaculiza el abastecimiento de la península. Las ciudades de Italia central, de Etruria, de Umbría y de la Sabina, cuya aristocracia y burguesía han sido implacablemente castigadas por las proscripciones y las confiscaciones, temen la revolución social que los triunviros están realizando a costa suya. Asinio Polión, a la cabeza de siete legiones, ocupa la Cisalpina por cuenta de Antonio. L. Antonio, considerando llegado el momento de actuar y desembarazarse de Octavio, subleva a los provincianos y se atrinchera en Perusa. Si las legiones de la Cisalpina se le unen, será el final de Octavio. Pero éste consigue una vez más salir del mal paso. Ayudado por el genio militar de Agripa, frustra el plan del cónsul, organiza vigorosamente el asedio de Perusa, ciudad

que toma y saquea a principios del año 40 a. C., sin que Polión haya podido (o verdaderamente querido) socorrer a la ciudad. Octavio de nuevo es dueño y señor de Italia.

Sin duda debía ese éxito a su habilidad diplomática, a su espíritu de decisión, pero quizá también a la repugnancia cada vez mayor que manifestaban las tropas ante la perspectiva de una reanudación de la guerra civil. Los veteranos, bien aprovisionados, sólo aspiraban a la paz. Cuando Antonio, a finales del verano del 40 a. C., y advertido de la situación, quiso penetrar en Italia al frente de un ejército, los habitantes de Brindisi le prohibieron entrar en el puerto y el acceso a la ciudad. Probablemente no lo hacían tanto por adhesión a Octavio, como por cansancio de la guerra. Italia esperaba un salvador.

En esas condiciones se abrieron en Brindisi negociaciones entre Mecenas y Polión, el primero representando a Octavio y el segundo, a Antonio. El 5 o el 6 de octubre se firmó una paz entre los dos partidos. Habiendo muerto la primera mujer de Antonio, Fulvia (que había incitado mucho a su cuñado L. Antonio a tomar las armas y perseguía a Octavio con su odio), Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octavio. Éste debía permitir a Antonio el reclutamiento de legiones en suelo italiano, y ambos se repartían el mundo. Antonio tendría las manos libres en Oriente, Octavio en Occidente. Un río de Albania, el Drina, configuraba la frontera que separaba sus zonas de influencia. En cuanto a Lépido, obtenía África.

En Italia, el pacto de Brindisi fue como el comienzo de una era de paz. Virgilio compuso entonces la más célebre y, hasta el día de hoy, la más misteriosa de sus *Églogas*, que dedicó al cónsul Polión, cuya entrada en el cargo fue retrasada hasta la conclusión de la paz. El poema canta a un niño que va a nacer, o que acaba de nacer (las palabras del poeta son intencionadamente ambiguas), y que será testigo de la felicidad recobrada. Poco a poco muestra al universo que rehace, en sentido inverso, el camino

que lo condujo, desde la dicha primitiva hasta las desdichas de hoy. Los crímenes de la edad de hierro desaparecerán. La única guerra que subsistirá no será más que una expedición lejana, una nueva «guerra de Troya», en la que los héroes se harán ilustres. Es imposible que Virgilio no pensara, él también, en el espejismo de Alejandro: ¿acaso no fue el primer acto del conquistador macedonio saludar, en tierra troyana, la tumba de Aquiles? Esa nueva expedición en Asia sería la guerra contra los partos con la que ha soñado toda la generación contemporánea. Luego, cuando ese niño crezca, será la edad de oro. Los mares dejarán de ser recorridos por los mercaderes ávidos, los surcos se abrirán por sí mismos a las cosechas. El poeta concede treinta años para que regrese ese siglo bendito —la edad necesaria para que el niño llegue a las magistraturas supremas—. A partir de este momento, la felicidad reaparece en la tierra, y es el fin de los años sombríos.

La identidad del niño continúa siendo incierta. Algunos historiadores piensan que se trataba de un hijo de Polión, muerto prematuramente. Otros consideran que no podía tratarse sino de un hijo de Antonio, ya que el nacimiento con que se contaba sólo alcanzaría toda su significación si simbolizaba la indisoluble unión de los dos amos del mundo: las dos «mitades» del cesarismo, por fin reconciliadas, ¿no estaban encarnadas en Antonio y Octavia, cuya unión daría finalmente al mundo el salvador esperado? En efecto, Octavia tendrá al año siguiente un hijo de Antonio, pero en vez del varón esperado será Antonia la mayor, abuela de Nerón. Sea como fuere, poco importa la identidad del niño cantado por Virgilio, puesto que será el testigo y no el autor de los acontecimientos maravillosos que transformarán al mundo.* Virgilio no hacía en esa *Égloga IV* otra cosa que dar expresión eterna a las aspiraciones y a las creencias difusas que existían en torno suyo. Ya en el año 43 a. C. se habían acuñado monedas anunciando el retorno de la edad de oro. Astrólogos y filósofos estaban de acuerdo a la hora de predecir un próximo reju-

venecimiento del mundo. Justamente Carcopino ha insistido en el carácter general de esas aspiraciones al final de la República. Afirmaciones de origen pitagórico reencontraban allí creencias propias del arte augural etrusco. Comúnmente se pensaba que la vida del universo estaba sometida a un ritmo periódico, que se inscribía en el interior de un «gran año», definido por el retorno de los astros a su posición inicial. Y el «gran año» estaba dividido en «meses», de duración variable, según las tradiciones. La opinión más común asimilaba esos «meses» siderales y los *saecula* de los adivinos etruscos, es decir, un período de tiempo bastante largo para contener la vida humana más prolongada (máximo generalmente estimado en ciento diez años). El final de un *saeculum* estaba indicado por un prodigio; se producía cuando moría el último humano llegado al mundo desde que el «siglo» había comenzado, y los dioses ponían a los iniciados al tanto del acontecimiento por medio de algún fenómeno extraordinario. Ahora bien, en Roma el final de cada uno de esos «siglos» y el comienzo del siguiente eran celebrados con festividades solemnes, llamadas Juegos Seculares. Los últimos tuvieron lugar en el año 149 a. C. Tres años después, siguieron la victoria definitiva de Roma sobre Cartago, la pacificación de España y el fin de la Liga Aquea, así como el de la Grecia libre. Y, durante unos veinte años, Roma conoció una paz interior que nada vino a perturbar. Todos esos recuerdos explican que los contemporáneos de Virgilio esperaran con impaciencia el final de aquel «siglo» cuyo comienzo fue tan hermoso y cuyo fin estuvo marcado por tantos horrores. Creían sinceramente en la virtud regeneradora del rito que se disponían a celebrar. Y he aquí que, al término del centésimo noveno año, sobrevenía la paz tan deseada, la reconciliación de los dos hombres cuya discordia hubiese ocasionado tantos sufrimientos a la humanidad entera.

Lamentablemente, la paz de Brindisi no bastó para resolver, como por milagro, las dificultades en las que se debatía el mundo. El hijo de Pompeyo, Sexto, quien permanecía en «disidencia» desde la victoria de César, era dueño del mar y seguía causando hambre en Italia, de manera que, en el mes de noviembre, la plebe romana se mostró amenazadora. Por un instante, en el curso del año siguiente, Octavio tuvo la esperanza de atraer a Pompeyo asociándolo al triunvirato, pero era un aliado poco seguro, demasiado orgulloso de su independencia, y Octavio hubo de reanudar pronto la lucha por la libertad de los mares. El asunto fue mal dirigido y desembocó en desastre para Octavio. Se pidió ayuda a Antonio, quien acudió a Tarento, en la primavera del año 37 a. C., y allí hubo negociaciones difíciles. Mecenas estaba presente. Había llegado desde Roma, en cortas etapas, acompañado por numerosos amigos, en particular Virgilio y Horacio. Éste compuso en versos el relato del viaje en una sátira que ha llegado hasta nosotros. En ella percibimos lo que podía ser entonces la vida alrededor de Octavio. La descripción de Horacio deja, sin duda a propósito, la impresión de una gran simplicidad. Se contentan con viviendas modestas, cocina vulgar; se ríen mucho de las bromas algo esperadas de un payaso pueblerino. Nada que recuerde que se trata del cortejo de un gran señor, del amo del mundo. Pero sobre todo, la intención evidente del poeta es insistir en la gran amistad que une a todos esos buenos compañeros. ¿Cómo malas gentes podrían manifestar sentimientos tan verdaderos y nobles? Ya adivinamos la que será una de las grandes preocupaciones de Augusto: evitar a toda costa el fasto y el lujo privado, permanecer fiel al viejo ideal romano de simplicidad y economía. De este modo el relato del «viaje a Brindisi» (pues, antes de acudir a Tarento, los «diplomáticos» y su escolta se detuvieron en Brindisi) es para nosotros un precioso testimonio: la primera aparición de un tema dominante en la propagan-

da del régimen. Esa afectación de simplicidad es tanto más notable cuanto que establece un contraste evidente con el aparato casi regio con el que se rodeaba Antonio en Asia.

Durante las negociaciones de Tarento se decidió que el triunvirato sería prorrogado hasta el año 33 a. C., o sea, por cinco años plenos, y Antonio cedía a su colega ciento veinte navíos. Luego regresó a Oriente, para terminar los preparativos de su expedición contra los partos, interrumpidos por el llamamiento de Octavio. Éste decidió acabar de una vez con Sexto Pompeyo. Agripa entrenó severamente a las tripulaciones y mandó construir expresamente un puerto en el lago Lucrino, en la costa napolitana, al abrigo de las incursiones enemigas. Luego, en el mes de julio del 36 a. C., las fuerzas de Octavio invadieron Sicilia, el principal punto de apoyo de Pompeyo. El 3 de septiembre, Agripa logró una victoria decisiva en Nauloco. Sexto Pompeyo huyó a Oriente, donde pereció en breve plazo. Octavio se había asegurado el señorío de los mares. Los trigos de Sicilia y de África fluyeron otra vez a la capital. Lépido, que por un momento trató de oponerse a la acción de Octavio, fue despojado de su poder triunviral y colocado bajo vigilancia en una residencia en el Circeo, en los límites del Lacio. Pero Octavio, respetuoso del derecho religioso, no le retiró su título de Gran Pontífice, que era vitalicio.

Lentamente, la balanza de las fuerzas, que en tiempos de la paz de Brindisi parecía inclinarse en favor de Antonio, se restablecía en beneficio de Octavio. Nunca bastó el prestigio de victorias orientales para asegurar una popularidad duradera a ningún jefe romano. En el pasado, Sila, Lóculo, Pompeyo, vieron decrecer su autoridad a medida que se prolongaba su alejamiento. No fue otra la suerte de Antonio. Incluso una vez suspendido el juego ordinario de las magistraturas, cuando ya no existía ninguna vida política libre, era en Italia y en Roma, sin embargo, donde residía la fuente de toda autoridad. La opinión popular,

tanto la de la plebe urbana como la de la burguesía de los municipios, seguía siendo un factor importante. Antonio había sucumbido imprudentemente al espejismo de las aventuras lejanas. Y pagaría muy caro haber recogido esa parte de la herencia cesariana, que Augusto rechazó hasta el final de su reinado.

La expedición contra los partos, emprendida en la primavera del 36 a. C., terminó en un fracaso. Antonio esperaba penetrar en el imperio parto pasando por el norte y el país de los medos. Hizo entrar en acción a sus tropas a través de Armenia, pero ésta se sublevó y sus líneas de comunicaciones quedaron amenazadas. Tuvo que retirarse. La muy esperada marcha triunfal terminó en derrota. Por más que, al año siguiente, Antonio se vengó de los armenios hasta reducir su país a la condición de provincia, ya no se hablaba de invadir el imperio parto. Débil consuelo era saber que Antonio mantenía relaciones cordiales con el rey de los medos, al punto de desposar a su propio hijo, Alejandro Helios, que tuvo de Cleopatra, con la hija de aquél. Sin duda, de ese modo las fronteras del Imperio se hallaban garantizadas, pero los éxitos diplomáticos no tienen la brillantez de las victorias y fue fácil para una propaganda maliciosa pretender que Antonio se entregaba a las delicias del Oriente, actuando como rey y olvidando que era romano.

Ahora bien, precisamente hacia aquella época, Octavio obtenía en las fronteras italianas esa gloria militar que se le escapaba a Antonio. Pacificó varias tribus de montañeses al norte de los países ilirios, consolidando la seguridad de las costas dálmatas. El éxito era limitado, pero obtenido en las mismas puertas de Italia, cosa que lo hacía más apreciable.

Desde los tiempos de las proscripciones, Octavio comprendió que por medio de confiscaciones y repartos de tierras le era posible crear en la misma Italia una nueva burguesía en que apoyar de forma duradera su popularidad. Para asentar una verdadera autoridad no bastaban las aclamaciones inconstantes de la plebe

urbana devota de los Manes de César. Los reveses sufridos en la lucha contra Sexto Pompeyo y sus piratas, las dificultades que éstos ocasionaron en el abastecimiento, el alza de los precios y la escasez de víveres habían provocado numerosos motines y demostrado el peligro de contar exclusivamente con el pueblo bajo de Roma. Era menester ampliar a toda costa las bases del nuevo régimen, y como los sobrevivientes de las grandes familias senatoriales miraban obstinadamente con malos ojos a Octavio, éste se volvió hacia la burguesía de las pequeñas ciudades italianas.

La guerra de Perusa constituyó una seria advertencia y probó que no todas las ciudades provinciales estaban de parte del triunviro, pero éste esperaba que la promesa hecha a Títiro (sobre todo si tenía efecto) acabaría por esfumar el recuerdo de las desdichas pasadas. Sobre la ruina de las oligarquías municipales, clientas tradicionales de los grandes señores romanos, se levantaba una clase media cuyos dominios y recursos eran sin duda más modestos y limitados, pero que permanecía más sólidamente arraigada a esa tierra que constituía su único medio de existencia. Esa clase se vio engrosada con los veteranos de Filipos; y más tarde, cuando Octavio hubo de recompensar a nuevos soldados, se abstuvo sabiamente de proceder a nuevas confiscaciones en Italia, yendo a buscar en las otras provincias con qué satisfacerlos. Es también el momento en que Mecenas animó a Virgilio para que compusiera una epopeya rústica en la cual cantara no sólo la nobleza de los trabajos agrícolas y de la vida en el campo, sino también la grandeza de la tierra italiana, madre y nodriza de aquella *Itálica pubes*, la juventud llegada de todos los horizontes italianos, que había hecho la fuerza de las legiones y conquistado su Imperio para Roma.

Se repite demasiado a menudo que la primera idea de las *Geórgicas* viene de Octavio y que su intención era «promover la agricultura» e incitar a los romanos a volver a las ocupaciones ancestrales. No es difícil ver a qué dificultades se enfrentó esta hi-

pótesis: un poeta, aun siendo genial, difícilmente puede luchar contra una evolución económica comenzada siglos atrás. Los *latifundio,* que originaban la riqueza de los aristócratas romanos al final de la República, ahogaban lentamente a los pequeños propietarios, sustituyendo los trigales por pastizales de explotación más fácil. No se podía actuar sobre la economía italiana sino parcelando aquellas inmensas propiedades. Por diversas razones —entre ellas la necesidad de reconstituir una aristocracia senatorial rica en bienes raíces y la de asegurarse, más tarde, adhesiones gracias a los despojos de los vencidos— Octavio no quería o no podía hacerlo. Pero lo que podía hacer un poeta era devolver el sentido de su dignidad a la burguesía provinciana que aún sobrevivía; era, sobre todo, reconciliar a Italia con Roma. En los municipios, los ancianos recordaban todavía la gran guerra que, a principios de siglo, había enfrentado a los italianos sublevados contra las legiones. El sentimiento de un patriotismo local no se había apagado todavía en Umbría, en Lucania, en Sabina, en Etruria. Y en modo alguno fue por azar que las *Geórgicas*, inspiradas por Mecenas, unieran en un mismo elogio a todos los hombres que cultivaban el suelo de la península. Los campesinos, los labradores, trabajadores libres o esclavos, probablemente no oirían la voz del poeta, pero sus señores directos, en las «villas» rústicas, no podían quedar insensibles a ese homenaje. Las *Geórgicas*, ciertamente, hicieron mucho por liberar a los provincianos italianos del sentimiento de que eran «inferiores» a la plebe de Roma, puesto que uno de ellos, el mantuano Virgilio, proclamaba, con la aprobación oficial de Octavio, su preeminencia moral, la grandeza y la nobleza de su vida. Y hay ciertamente algo más que una verdad literal en esta afirmación inscrita más tarde por Augusto en su testamento político: «Italia entera me prestó juramento, en un impulso espontáneo, y me reclamó como jefe en la guerra que terminó con la victoria de Accio».

*

Su política italiana no hacía olvidar a Octavio que también era necesario conservar la popularidad en la capital. En la herencia de César figuraba un vasto programa de obras públicas. El designio del dictador era «modernizar» Roma dotándola de monumentos públicos comparables con los de las grandes capitales helenísticas. El viejo Foro romano estaba lleno de estatuas y santuarios venerables que era imposible desplazar. Era demasiado estrecho para las necesidades de la vida judicial y para acoger los ocios de la plebe. Desde el año 46 a. C., César dedicó un nuevo Foro emplazado al pie del Capitolio:* un recinto de pórticos construido alrededor del templo de *Venus Genetrix,* donde se reunían los hombres de negocios, sobre todo los cambistas y los banqueros. También había proyectado levantar un teatro al sur del Capitolio, situado en correspondencia simétrica con respecto a su Foro. Octavio lo terminó pero postergó la construcción del teatro. Tampoco continuó otro proyecto, realmente grandioso, que consistía en desviar el curso del Tíber hacia un cauce artificial que sería cavado a lo largo de las colinas vaticanas. De este modo, hubieran anexado a la ciudad una inmensa llanura destinada a reemplazar el viejo Campo de Marte, invadido cada vez más por los edificios privados. Los escrúpulos religiosos no se hicieron esperar. César, probablemente, no los hubiera tenido en cuenta. Octavio no podía permitirse chocar de este modo con la opinión pública, y el plan fue abandonado. Pero, una vez asegurada la paz interior, encargó a su compañero Agripa que ejecutara toda una serie de obras públicas, tanto más urgentes cuanto que las guerras civiles habían disminuido, si no paralizado, toda actividad de ese orden. En el año 33 a. C., Agripa, aunque ya había sido cónsul, aceptó convertirse en edil (lo que era una magistratura de rango inferior al consulado) y se dispuso a reparar la *Cloaca Máxima* así como toda la red de las alcantarillas urbanas. Los acueductos, que por entonces no eran más que cuatro, necesitaban ser modernizados con urgencia. El más reciente tenía casi

un siglo, y sólo llevaba a Roma un agua tibia, de calidad detestable. Agripa emprendió una reorganización total de esos conductos. Comenzó por construir uno nuevo, con el cual hizo honor a Octavio llamándolo acueducto Juliano (*Aqua Iulia*), y aumentó el caudal de agua de los antiguos. Al mismo tiempo creó entre su propia servidumbre un cuerpo de fontaneros, inventó un nuevo sistema de medidas y reglamentó la distribución del agua. Las concesiones a los particulares eran entonces bastante raras, y la casi totalidad del agua traída por los acueductos fluía hacia las fuentes públicas donde todos disponían de ella. Agripa se esforzó por disminuir los abusos, suprimiendo las desviaciones clandestinas a casas de particulares y aumentando el número de fuentes. El sobrante de éstas iba a las alcantarillas contribuyendo a sanear la ciudad. Además, los pilones de las fuentes constituían reservas permanentes para combatir los incendios, que eran entonces muy frecuentes.

Durante el mismo período, Octavio procedió a restauraciones que se habían hecho urgentes: la de la *Villa Publica,* en el Campo de Marte, donde estaban alojadas ciertas diputaciones procedentes de las provincias, y donde se instalaban a veces servicios dependientes del ejército. Se restauró también el teatro de Pompeyo, así como una de las grandes basílicas del viejo Foro romano, la basílica Emilia. Pero la construcción más importante que entonces se emprendió revela las intenciones secretas de Octavio.

Ya en el año 36 a. C., inmediatamente después de la victoria sobre Sexto Pompeyo, Octavio prometió solemnemente a Apolo que le levantaría un templo magnífico en el Palatino. Hasta entonces, ese dios, que conservaba su carácter helénico, no había sido admitido en el interior del *pomerium,* el recinto sagrado de la ciudad. Al igual que todas las divinidades extranjeras, tenía que conformarse con santuarios situados fuera de ese cerco venerable: al introducirlo en el corazón mismo de la ciudad, en la colina donde, según se decía, Rómulo había tomado los primeros

auspicios en el momento de la fundación, Octavio se permitía una innovación que rozaba el escándalo. Pero Apolo era *su* dios. Circulaba en Roma una historia maravillosa. Aseguraban que un día Atia se había unido al dios, en su templo en el Campo de Marte, y que Octavio había nacido de aquel abrazo. Éste no hacía nada por disipar la leyenda. Al contrario, en un banquete (privado, es cierto) incluso había aparecido vestido de Apolo. Es posible que el Apolo del que se valía Octavio no fuera más que una forma «rejuvenecida» del antiquísimo Véjove (un Júpiter «infernal»), que era una divinidad familiar de los Julios. Ese patrocinio apolíneo de Octavio se remonta quizás a los primeros tiempos del triunvirato, cuyos ecos ya se encuentran en las *Bucólicas*. Sea como fuere, después del 36 a. C., Octavio unió su fortuna a la de Apolo. Se dedicó a la tarea de controlar las «predicciones» atribuidas a la Sibila de Cumas, sacerdotisa del dios. Muchas de ellas circulaban entonces, algunas de las cuales habían sido recogidas oficialmente en los Libros Sibilinos, bajo la custodia de un colegio especial de sacerdotes, y que sólo se consultaban por orden del Senado. Octavio se incorporó a ese colegio y decidió depositar los Libros Sibilinos en el futuro santuario de Apolo que estaba construyendo en el Palatino. Así, era dueño de publicar o silenciar una u otra de esas profecías, según le fuera más o menos ventajosa, y de ejercer una acción sobre las corrientes místicas de la opinión pública. Esas medidas son evidentemente complementarias de las tomadas por Agripa durante su edilidad en el 33 a. C., contra todos los astrólogos y magos, quienes se vieron expulsados de la ciudad. Octavio, fiel a su primera política, consideraba que era el único intérprete de la voluntad de los dioses y desconfiaba del peligro que representaba para él la presencia en Roma de una infinidad de adivinos cuyas predicciones podían ser un arma preciosa en manos de los opositores.

⋆

Con el año 33 a. C. terminaba el triunvirato y, en teoría, el poder regresaba a los magistrados ordinarios. Los dos cónsules, designados hacía tiempo, eran partidarios de Antonio. Uno de ellos, Sosio, durante la primera sesión del Senado, se entregó a violentas invectivas contra Octavio. Éste, por toda respuesta, a los pocos días penetró en la sala de sesiones con una escolta armada, impuso silencio a los cónsules, defendió su propia política y atacó a Antonio. Era un nuevo golpe de Estado, casi una declaración de guerra. Los cónsules abandonaron Roma, acompañados por más de trescientos senadores, y se presentaron ante Antonio. Octavio se contentó con designar otros dos cónsules que le eran fieles. Por su voluntad había puesto fin al régimen del triunvirato. Sólo le quedaba apelar a las armas contra Antonio.

En aquel momento, Antonio se encontraba en Éfeso adonde lo había seguido Cleopatra. Estaba rodeado, como antaño Pompeyo, de una brillante corte en la que figuraban todos los grandes nombres de Roma. A sus propios partidarios se añadían los republicanos convencidos que habían huido de Octavio. Pero esa coalición carecía de unidad. La presencia de Cleopatra indisponía a muchos de los compañeros de Antonio pues se adivinaba, en el campamento de Éfeso, qué partido sabría sacar Octavio de esa desafortunada circunstancia: de haberse limitado a reivindicar el lugar que le pertenecía en el Estado en virtud de las convenciones anteriores, nadie habría pensado en discutirle a Antonio el derecho de vengar su honor. Pero he aquí, que aparecía como un renegado, y resultaba fácil atribuirle los más nefastos designios contra Roma. Octavio no dejó de hacerlo. Enterado de que su rival había depositado su testamento en manos de las Vestales, tuvo acceso a él, percatándose de que Antonio, no contento con instituir legados en favor de los hijos que había tenido con la reina, deseaba que, a su muerte, lo enterraran en Alejandría. Esas disposiciones se hicieron públicas y se le agregaron rumores aterradores: Antonio no era más que un instrumento en manos de

Cleopatra; iba a marchar sobre Roma para instalarla en el Capitolio. La capital del Imperio sería transferida a Alejandría. Italianos y romanos se convertirían en esclavos de aquellos que, hasta entonces, habían sido sus súbditos. Sin duda, todo eso era apenas creíble, pero la imprudencia de Antonio daba pie a las peores calumnias. ¿No fue él quien, en el año 44 a. C., tendió a César la diadema real y tomó la iniciativa de ofrecerle así el poder real? ¿Dudaría el mismo hombre en reivindicar ese poder para él, en tanto que ya ejercía, al lado de Cleopatra, todas esas prerrogativas en Oriente?

Ignoramos, sin duda, las verdaderas intenciones de Antonio. Entre ellas y nosotros, la propaganda de Octavio y sus amigos ha intercalado como una pantalla que las enmascara o las deforma, pero es muy probable que el triunviro, por naturaleza inclinado a concebir grandes empresas, no había pasado en balde tantos años en Oriente saboreando la embriaguez de ser un dios. Imágenes sorprendentes se le presentaron a la opinión italiana: por un lado el nuevo Dionisos y el cortejo de deidades monstruosas adoradas a orillas del Nilo; y por otro, el apolíneo Octavio, el héroe luminoso, garante de los destinos romanos. El combate que se aproxima será, de nuevo, el de los Olímpicos contra los Gigantes, la lucha del orden contra la violencia y la desmesura.

A finales del año 32 a. C. fue declarada oficialmente la guerra contra Cleopatra. No se trataba de Antonio. No era una nueva guerra civil, sino, ostensiblemente, la cruzada de la libertad y la civilización contra la barbarie y la esclavitud. Posiblemente nadie se dejaba engañar, pero no por ello dejó de circular la consigna. La lenta preparación comenzada inmediatamente después de los Idus de marzo culminaba por fin: el heredero de César ya no era un señor tratando de asegurar su dominio sobre el mundo, sino el campeón enviado por los dioses para salvar a Roma y al Imperio.

El invierno transcurrió en preparativos militares. Antonio había fijado su cuartel general en Patras, en el golfo de Corinto. Sus fuerzas marítimas y terrestres bloqueaban la ruta de Oriente. Más numerosas que las de su adversario (sobre todo las fuerzas navales), estaban integradas, como antaño las de Pompeyo, por elementos dispares. Las tropas de Octavio eran sólidas y estaban bien adiestradas. Las tripulaciones, en particular, habían sido probadas en la lucha contra Sexto Pompeyo.

No disponemos de información exacta sobre las escaramuzas y los movimientos que ocuparon la primavera y el verano del año 31 a. C. Sabemos solamente que, uno tras otro, los nobles romanos que acompañaban a Antonio se pasaron al enemigo. Quizás esas deserciones se expliquen por la propaganda de Octavio; tal vez se dieran cuenta, paulatinamente, de que la ventaja estaba en el otro campo; acaso comprendieron que una victoria de Antonio no era en modo alguno deseable para el futuro del mundo y corría el riesgo de comprometer para siempre el viejo ideal romano de libertad y civismo. La batalla decisiva tuvo lugar en el mar, el 2 de septiembre. Parece que buena parte de la flota de Antonio no entró en acción, ya sea por torpeza, por traición, o por repugnancia a combatir. Al final de aquella jornada, Antonio logró huir con cuarenta navíos. Cleopatra navegaba ya hacia Egipto, y Antonio la siguió. Poco después capitulaban sus legiones. Por un azar singular, el enfrentamiento naval tuvo lugar a la vista del promontorio de Accio, en Epiro, y en ese promontorio se alzaba un santuario de Apolo. El dios había cumplido su promesa.

Hizo falta menos de un año para determinar la suerte de las provincias orientales. Una conjuración fomentada en Italia fue aplastada por Mecenas. Los gobernadores fieles a Antonio fueron expulsados o se sometieron. Los reyes vasallos instalados por él siguieron en sus tronos. Durante el verano del año siguiente Octavio deshizo las últimas tentativas de Antonio para resistir en

Egipto, y el 1 de agosto, entraba en Alejandría. Antonio se había suicidado. Cleopatra, amenazada por Octavio con llevarla en su cortejo triunfal en Roma, se dejó morder voluntariamente, según se cree, por un áspid. Por primera vez, el mundo mediterráneo, incluido Egipto, se hallaba enteramente unido en el interior del Imperio.

II

El principado augustal

Interrumpida por un asesinato, por quince años de guerras civiles y por varios golpes de Estado, la tarea que César se había impuesto al tomar el poder seguía inacabada cuando Octavio pudo por fin celebrar, en agosto del año 29 a. C., el triple triunfo que ponía término a la lucha contra Antonio. Al asumir la dictadura, César había emprendido una reorganización total del Estado romano, pero no tuvo tiempo de realizar su programa, cuyo primer punto conllevaba, aparentemente, la constitución de un régimen monárquico. Roma no lo permitió. Pero los «libertadores» no supieron restablecer la República y, con los años, a medida que las proscripciones y las batallas disminuían las filas del antiguo Senado, se hacía cada vez más evidente que la aristocracia tradicional ya no estaba en condiciones de recuperar sus responsabilidades de antes, y el título que se habían dado los triunviros (*triumviri reipublicae constituendae,* o sea, poco más o menos: «triunviros con poder constituyente») traducía la urgencia del problema constitucional. Una vez terminada la guerra, Octavio tenía por fin las manos libres para dar a Roma las instituciones que ésta reclamaba, y podía preverse que no serían las de antaño.

A lo largo de los años que precedieron a la batalla de Accio, ya había tomado varias medidas que preparaban el porvenir. Hemos dicho cómo se había impuesto la idea de su misión divina: hijo del dios César, favorito de Apolo, para celebrar su triunfo del año 29 había elegido los días consagrados a la fiesta de Hércules, solicitando así el patrocinio del héroe a quien sus «trabajos» habían valido la inmortalidad. Por otra parte, al fundar muchas colonias de veteranos en Italia y en las provincias, había adquirido una numerosa clientela. Jefe victorioso, acumuló sobre sí mismo los triunfos y la gloria militar. Desde ningún punto de vista existía, en todo el Estado, nadie que pudiera comparársele, y la nue-

va «constitución» había de tener en cuenta esa situación de hecho. En efecto, es curioso que Octavio jamás emprendiera la tarea de trazar a priori los límites del régimen que intentaba fundar. Aparentemente no le merecían ninguna simpatía los teóricos que, en el pasado, habían imaginado constituciones utópicas. En eso se revelaba romano. Lo que en realidad puede llamarse la «constitución» republicana no era más que un conjunto bastante poco coherente de leyes votadas en distintas épocas, de las cuales unas habían caído en desuso y otras habían sido poco a poco modificadas por la práctica. Su funcionamiento estaba asegurado por tradiciones, designadas bastante vagamente con el nombre de *mos maiorum* (costumbres de los antepasados) y siempre modificables. El espíritu conservador de los romanos no concebía que pudieran introducirse cambios radicales en prácticas probadas por el uso y que el tiempo había mostrado que agradaban a los dioses, pero su sentido de la realidad les advertía también que esas mismas prácticas debían adaptarse fatalmente, mal que bien, a las nuevas condiciones impuestas por los hechos. Las instituciones romanas habían probado su plasticidad en el curso de los siglos. A ellas les pedirá el nuevo amo, una vez más, el sostén de su régimen.

Desde el golpe de Estado del 31 a. C., cada año, Octavio había asumido el consulado. Así las cosas, era presidente del Senado y jefe supremo del Estado. Por otra parte, compartía esas prerrogativas con su colega, el segundo cónsul, pero éste, que le debía su elección (o más bien su designación), le era forzosamente fiel. Jurídicamente, las atribuciones y las funciones legislativas y ejecutivas de los cónsules no se habían modificado. De hecho, la continuidad de un mismo cónsul, año tras año, transformaba esa magistratura en un instrumento de poder personal.

En tiempos de la República, las provincias estaban administradas por gobernadores, ex cónsules o ex pretores, investidos de autoridad soberana, a la vez civil y militar, denominada «*impe-*

rium proconsular». Después del mes de enero del año 27 a. C., cuando le fue conferido el título de *Augustus,** Octavio restableció ese sistema y devolvió al Senado la gestión de todas las provincias, salvo de tres: España, Galia y Siria, que se reservó para él. En esas tres provincias se desarrollaban operaciones militares. España, no del todo pacificada, había sido durante los años precedentes escenario de numerosas sublevaciones. Otro tanto ocurría en la Galia, donde además quizás habría que hacer frente a incursiones bárbaras en la frontera del Rin. Por último, Siria estaba bajo la permanente amenaza de una invasión de los partos, y la opinión pública todavía no había abandonado la esperanza de vengar la derrota de Craso. De modo que Augusto estaba ampliamente justificado para reservarse esas tres difíciles provincias. Pero, sobre todo, ello presentaba la ventaja de conservarle el *imperium* proconsular y, por consiguiente, un mando militar y la disposición de las legiones.

Durante cuatro años, del 27 al 23, la autoridad de Augusto se apoyó legalmente en la asociación del consulado y del *imperium* proconsular a su persona. Así, era dueño de la mayor parte del ejército, en tanto que como «procónsul» y cónsul dirigía la política exterior y la administración interior del Estado, según las opiniones del Senado (que era convocado por iniciativa suya). Además, como cónsul tenía autoridad sobre los demás magistrados y podía avocar a su propio tribunal cuantos asuntos quisiera.

Tales eran los poderes «legales» de Augusto a partir de enero del 27 a. C. La propia «constitución» no había sido transformada. Jurídicamente, consulado y proconsulado seguían siendo lo que siempre habían sido. Lo novedoso no era que un solo hombre asumiera poderes que habitualmente correspondían a personajes diferentes —ya que semejante concentración de poder tenía ejemplos en el pasado: no era sorprendente que un cónsul en ejercicio fuera, al mismo tiempo, gobernador de provincia, aun cuando debiera hacerse representar en ésta por un lugarteniente

(*legatus*)—; la innovación (y la anomalía) consistía en la duración de esos poderes, y sobre todo en la de ese consulado renovado sin cesar, puesto que, además, desde los tiempos de la República, los proconsulados tampoco eran anuales, sino atribuidos por períodos variables. El día en que Augusto decidiera renunciar al consulado, la constitución republicana quedaría al mismo tiempo restablecida. En las actas oficiales, el sistema inaugurado en ese año se designa naturalmente con el nombre de *res publica reddita,* o *res publica restituta*, lo que significa que el poder había sido «devuelto» a sus legítimos poseedores: el Senado y el Pueblo de Roma. No había en eso ninguna duplicidad: los instrumentos del poder habían sido restituidos al cuerpo político, por lo menos en derecho; pero ocurría que esos instrumentos estaban confiados a un solo hombre, investido de una misión «excepcional». La historia conoce otros casos de constituciones vacilantes entre la monarquía y la república, susceptibles, según la elección o las necesidades del momento, de servir a un régimen o al otro.

La misión de Augusto era producto de varios hechos que no eran de orden jurídico, sino de orden histórico; en el año 32 a. C., romanos, italianos y provincianos de las provincias occidentales, prestaron a Octavio un juramento personal de fidelidad, por el cual estaban atados para siempre. Además, muchos provincianos vivían en algunas de las colonias fundadas por Octavio o le debían el derecho de ciudadanía romana, eran «clientes» suyos y le debían fidelidad, así como él les debía asistencia y protección. En fin, en el interior del Senado, Augusto era el personaje más importante. Estaba investido de la más grande *auctoritas*: se le escuchaba, no porque poseyese la fuerza sino porque ese valor preeminente provenía de sus acciones anteriores y de su éxito. Era *princeps senatus*, jefe moral indiscutido entre sus iguales, y cada una de sus palabras, cada una de sus opiniones, eran «ejemplares». La noción de «principado», que hoy nos parece de esencia monárquica, era entonces sobre todo aristocrática y oligár-

quica. Se había desarrollado en el curso del segundo siglo antes de nuestra era, durante el período en que el Senado ejerció la preeminencia. El *princeps senatus*, es decir, el personaje de mayor jerarquía en el Senado (en principio, el de mayor edad entre los ex cónsules), no es el presidente de la sesión (es el cónsul en función quien lleva la iniciativa de convocar a la asamblea y quien la preside), pero es el primero en dar su opinión. Y esa primera opinión reviste una importancia excepcional, por el hecho mismo de constituir una suerte de presagio. De este modo, en las asambleas populares, el voto de la primera centuria era seguido generalmente por las demás. Al ser *princeps senatus*, Augusto estaba investido de una autoridad moral, de naturaleza casi religiosa, análoga a la que un siglo antes había poseído, por ejemplo, Escipión Emiliano. Y nunca nadie sospechó seriamente que Escipión Emiliano aspirara a la monarquía.

Finalmente, el último elemento de los «poderes» de Augusto en el interior de la *res publica restituta* procedía de su riqueza personal. Sucesor en Egipto de los Ptolomeos, poseía inmensas rentas, que no ingresaban en el tesoro público (el *aerarium Saturni*, administrado por el Senado), sino en su tesoro particular (el fisco). Esos recursos le permitían asumir la carga de ciertos servicios públicos en momentos difíciles, por ejemplo: la conservación de los caminos, el abastecimiento de Roma (la *anona*) o, como lo hizo Agripa en el año 33, los acueductos. En eso también, ese sistema no es sino el desarrollo de una costumbre republicana. Los generales victoriosos, sobre todo si habían sido honrados con el triunfo, siempre entregaban al Pueblo romano una parte del producto del botín en forma de grandes obras públicas o de juegos. Esos *munera*, o «presentes», eran una de las cargas que la costumbre imponía a los magistrados y a los grandes personajes del Estado. «Nobleza obliga.» Tal costumbre de los *munera* existía en los municipios y en todas las pequeñas ciudades de provincia. Augusto no podía renunciar a ella por propia decisión, y es muy

seguro que la enormidad de sus recursos le permitía adquirir, ahí también, la preeminencia y ejercer un control eficaz sobre cualquiera de las ramas que quisiera de la administración pública.

Vemos que, después del año 27 a. C., el «principado» de Augusto podía orientarse indiferentemente hacia una restauración republicana o hacia una monarquía, pero también que permanecía fiel a la vez a las instituciones y a las tendencias profundas del régimen oligárquico abolido en el año 49 a. C., por el golpe de Estado de César. El Estado romano conserva sus dos «instancias» fundamentales, el Senado y los comicios (es decir, las asambleas electorales); con sólo una diferencia: su funcionamiento está dominado por un *princeps*, el hombre que los dioses han señalado como guía.

Augusto podía valerse aquí de una obra compuesta por Cicerón en los últimos años de la República, el tratado *De Republica*. Cicerón, que aspiraba personalmente a ser *princeps senatus*, había descrito allí el funcionamiento ideal de una constitución bastante parecida a la instaurada en el año 27 a. C. En la base figuraba la *concordia ordinum*, a saber, el acuerdo libremente consentido de las dos primeras clases del Estado: los senadores y los caballeros. Ahí residía la fuente del poder. Pero ese poder se ejercía a la vez por intermedio de los magistrados elegidos por los comicios, o sea, el Pueblo, y bajo el control del Senado. Éste, a su vez, era dirigido por un reducido grupo de personajes eminentes, a quienes pertenecía la *auctoritas*. El carácter oligárquico de semejante concepción es innegable. El funcionamiento del sistema se asienta, en último análisis, en el valor personal, la sensatez, el patriotismo y el desinterés de los *príncipes,* sostenidos por los «buenos ciudadanos», los *optimates,* lo que en la práctica equivale a todos aquellos a quienes su nacimiento, su fortuna o su talento confieren una responsabilidad y una influencia sobre sus conciudadanos. Esos «buenos ciudadanos» tienen deberes particulares (definidos por el mismo Cicerón en otro de sus tratados, el *De officiis*). Deben ser-

vir de guías a todo el Pueblo y trabajar en pro del bien común. Cicerón quiere sustituir la antigua jerarquía, fundada exclusivamente en el nacimiento, por otra basada en la virtud, o sea, la pureza de la intención y la energía personal a la vez. La influencia estoica es aquí evidente. El estoicismo reconoce la desigualdad de los espíritus. Al ser una doctrina aristocrática, gusta de oponer a la muchedumbre de ignorantes (*indocti* o *stulti*) algunos espíritus selectos que, en posesión de la verdadera luz, son los únicos capaces de concebir y realizar el Bien. En los tiempos heroicos de Zenón y Crisipo, el estoicismo prestó su apoyo a los príncipes helenísticos, esforzándose por influir en quienes la Fortuna había investido del poder iluminándolos. En tiempos de Posidonio, había guiado la política de Rodas, la última ciudad «libre» del mundo helenístico. Los grandes *príncipes* republicanos del segundo siglo a. C., los Escipiones y sus amigos, invocaron también el estoicismo, y sabemos que, en su juventud, Octavio tuvo como maestro al estoico Atenodoro. Sin duda, es poco verosímil que en el año 27 a. C. Augusto acudiera a los consejos de éste, pero es muy posible que hubiera recordado sus lecciones cuando «restituyó» una república que estaba a mitad de camino entre una oligarquía y una monarquía «ilustrada».

*

Después de la reorganización del año 27, Augusto decidió alejarse algún tiempo, a la manera de los legisladores antiguos. Esperaba que en su ausencia las instituciones que había dado a Roma funcionarían más libremente. A mediados de año fue a Galia y, de ahí, a España. Dejaba en Roma tres agentes fieles: Agripa, Mecenas y Estatilio Tauro. Su ausencia duró hasta el año 24 a. C., y su regreso fue saludado por Horacio: «Aquel que poco ha decías, oh plebe, partido para comprar, como si fuera Hércules, el laurel a costa de la muerte, César vuelve, victorioso, hacia su morada, de la orilla hispana».*

Regreso victorioso, indudablemente (al menos oficialmente, pues las operaciones prosiguieron durante varias campañas más), pero, según propia confesión del poeta, retorno inesperado. Augusto estaba enfermo. El rumor de su muerte había circulado. Se empezaba a murmurar que el nuevo Hércules, al regresar de Occidente, debería también «bajar a los Infiernos», y la oposición recobró las esperanzas. Una conjura estalló en el mismo entorno del príncipe. Su propio colega en el consulado para el año 23 a. C., Terencio Varrón Murena, cuñado de Mecenas, es súbitamente acusado, condenado en su ausencia y sumariamente ejecutado. Augusto escogió otro colega, Calpurnio Pisón, un auténtico republicano, pero su mal se agrava, y en el Palatino se desarrolla una escena trágica. Augusto, mudo, tendido en su cama, entrega a Pisón los legajos secretos de la administración y tiende su anillo a Agripa. No da ninguna otra indicación, pero su ademán es claro: en Pisón recae legalmente la gestión del consulado, a la muerte de su colega; Agripa heredará todo cuanto compete a la posición personal de Augusto, el conjunto de su fortuna y, sin duda también, su *imperium* proconsular. Pero Augusto no ignora que las probabilidades del régimen siguen siendo débiles. Una vez que él haya desaparecido, ¿cuál será la *auctoritas* de Agripa? Y sobre todo, ¿qué será de ese sentimiento de la misión divina con que está investido, con exclusión de cualquier otro? Esa misión divina de los Julios, que le viene de César, no es más que una amarga irrisión, y tal parece que los dioses lo hubieran traicionado.

Pero, contra todo pronóstico, Augusto sobrevivió. La receta de un médico griego, Antonio Musa, fue el instrumento del milagro. Unos cuantos baños fríos, tomados a tiempo, devolvieron la salud al príncipe. La obra podía continuar. Aunque la alerta había revelado las lagunas y el peligro del sistema. Era conveniente separar más los poderes del príncipe y los de los magistrados ordinarios, a fin de evitar que, al desaparecer el primero, su

colega en el consulado fuera llamado a reemplazarlo. Puesto que la constitución republicana seguía subsistiendo, la autoridad de Augusto había de serle, no integrada, sino superpuesta. Durante todo el tiempo que viviera Augusto, la unión en su persona de poderes «ordinarios» y de una preeminencia excepcional no presentaba ningún inconveniente, pero la eventualidad de su muerte obligaba a tomar conciencia del verdadero carácter del régimen que él había fundado, y que era, no una monarquía, sino una diarquía: por una parte, el Senado y el Pueblo, como en tiempos de la República, y por la otra, el príncipe y su casa ejerciendo una función de regulación y de control. Podía concebirse que uno de los dos elementos constitutivos del sistema desapareciera y Roma se convertiría entonces, según el caso, en monarquía o en república. Pero la esencia del principado consistía en su coexistencia, dentro de un equilibrio siempre amenazado y siempre preservado.

Para separar más netamente su propio poder del de las magistraturas tradicionales, Augusto renunció a ocupar cada año el consulado. En compensación se atribuyó, a partir del 1 de julio del año 23 a. C., la «potestad tribunicia», es decir, no sólo la inviolabilidad personal, sino sobre todo el derecho de veto sobre los actos de todos los magistrados. Ese derecho, que había poseído hasta entonces como cónsul, debía conservarlo bajo una nueva forma. Ahora bien, ese derecho de veto (*ius intercessionis*) había sido imaginado antaño para proteger a los plebeyos de los actos arbitrarios de los magistrados patricios. Había sido confiado a los tribunos de la plebe, que de ese modo llegaron a convertirse en los protectores de la gente humilde. Al final de la República, los tribunos habían contribuido mucho a crear una agitación demagógica provocando la anarquía en que zozobró el régimen. Augusto no quería ni podía ejercer el tribunado (donde hubiera tenido colegas), pero aisló, en éste, la *tribunicia potestas* e hizo de ella un instrumento de control sobre el conjunto de la vida polí-

tica. Esa potestad tribunicia es tan esencial al régimen del principado que, hasta el fin del Imperio, su renovación anual cada 10 de diciembre, servirá para fechar los años de cada reinado.

Por otra parte, para conservar la libre disposición de las fuerzas militares, Augusto asumió el *imperium* proconsular no sólo en el interior de ciertas provincias, sino en todo el Imperio, y en la misma Roma se arrogó el *imperium* militar, lo cual era contrario a toda la tradición. Eso le daba el derecho de mantener tropas en la capital, esas cohortes «pretorianas», llamadas a tener un peso decisivo en la suerte del Imperio.

La reorganización del año 23 a. C. recaía, como se ve, sobre las concesiones otorgadas en el 27. Al lado de las instituciones de la «república libre», Augusto creaba una poderosa maquinaria de despotismo. El uso que de ella se hiciera dependería de la persona del príncipe.

*

La alerta del año 23 había planteado, de manera aguda, el problema de la duración del régimen, o sea, en la práctica, el de la sucesión de Augusto. Dado que, en última instancia, la preeminencia del príncipe en el Estado descansaba en una investidura divina de la *gens lidia,* el sucesor de Augusto no podía ser sino un representante de esa familia elegida, heredero de su propia divinidad, del mismo modo que él había heredado la del dios César. Pero hasta entonces los dioses le habían negado un hijo. Un primer casamiento, con Claudia, la hijastra de Antonio, alianza impuesta por los veteranos de César como prenda de buen entendimiento entre Octavio y Antonio, no llegó a consumarse. A finales del año 40 a. C., Octavio se casó con Escribonia, viuda de dos consulares, que le dio una hija, Julia. Pero pronto se divorció, «hastiado —dice— del carácter insoportable de su mujer», y el 17 de enero del año 38 desposó a Livia Drusila, que para eso tuvo que abandonar a su marido, Ti. Claudio Nerón, a quien amaba, y del que ya había tenido un hijo (el futuro emperador Tibe-

rio) y esperaba un segundo. Octavio se había enamorado de ella y nada pudo disuadirle de esperar al menos el nacimiento de la criatura, que había de ser un varón. Se consultó a los pontífices sobre la oportunidad de ese casamiento. La respuesta fue que los dioses no se oponían.

Pero el casamiento con Livia resultó estéril, y Augusto debió buscar un sucesor fuera de su descendencia directa. Él mismo no era hijo verdadero de César; por la sangre sólo era sobrino nieto. Ahora bien, la hermana de Augusto, Octavia, la desdichada esposa de Antonio, había tenido tres hijos de un primer casamiento con C. Claudio Marcelo: dos hijas, Marcela mayor y Marcela menor, y un hijo, C. Marcelo, nacido hacia el año 42 a. C. Hacia ese joven se dirigieron las miradas de Augusto. Ya en el año 29 a. C., Marcelo había figurado, como también el hijastro de Augusto, Tiberio, en la pompa triunfal del mes de agosto, a la derecha de su tío. Luego Augusto lo llevó consigo en sus campañas contra los cántabros (como él siguió a César en tiempos de Munda) y, en el año 25 a. C., le dio a su hija Julia en casamiento. Entonces a todos pareció evidente que Marcelo era el llamado a ser heredero de Augusto. En una estrofa voluntariamente ambigua, Horacio compara la gloria de Marcelo y el brillo del astro Juliano (el *sidus Iulium* del año 44 a. C.), que «brilla como la luna entre los fuegos menores».* Marcelo es elegido edil antes de la edad, y los juegos dados en su nombre en el mes de septiembre, los *Ludi Romani,* revisten una brillantez incomparable. Al mismo tiempo, Augusto aleja de Roma, confiándole una misión en Oriente, a su viejo compañero de lucha, Agripa, que no simpatiza con Marcelo y ve con melancolía acumularse los honores sobre su joven cabeza. Sin duda Augusto no ha adoptado aún a Marcelo, pero todo hace pensar que esa adopción no tardará. Quizá la proclamarán en los próximos Juegos Seculares, tan esperados desde la época de la paz de Brindisi, y que Augusto piensa seriamente celebrar ahora: el nuevo «siglo», anunciador de

la edad de oro, sería inaugurado en nombre de Marcelo. La profecía virgiliana del año 40 a. C. está finalmente a punto de realizarse a favor del sobrino de Augusto.

Por desgracia, después de la celebración de los *Ludi Romani,* Marcelo enferma y muere, probablemente hacia finales de octubre del año 23 a. C. Augusto debe rendirse ante la evidencia: los dioses aún no le han designado el esperado heredero, necesario para asegurar la continuidad y hasta el equilibrio del principado. Tan pronto como puede salir de Roma, vuelve a partir, y esta vez se dirige hacia Oriente. Pero cuando aún está en Sicilia, llama a Agripa, lo obliga a divorciarse y a casarse con Julia, viuda de Marcelo. En Julia descansa ahora el destino de los *Iulii* y, esta vez, los dioses son favorables. Con dos años de intervalo nacen dos varones, Gayo y Lucio César. Mejor que Marcelo —un sobrino—, los nietos del príncipe son la respuesta evidente de la Providencia a su largo ruego. Augusto vuelve entonces de Oriente y, en seguida, en el año 17 a. C., celebra por fin los Juegos Seculares.

Al morir Agripa, en el año 12 a. C., Augusto inmediatamente hizo que Julia se casara con Tiberio, obligándole también a divorciarse. Tiberio estaba esencialmente encargado de velar por la educación de los dos jóvenes príncipes, Gayo y Lucio, que Augusto adoptó en cuanto nacieron. El hijo de Livia se hallaba por el mismo hecho limitado al papel subalterno que otrora había sido el de Agripa. En el año 6 a. C., Augusto lo asoció por cinco años a la potestad tribunicia y lo envió a Oriente, como había enviado a Agripa en el 23. Pero Tiberio, menos dócil que éste, abandonó toda actividad política y se retiró a Rodas, en un exilio voluntario, entregándose por entero al estudio de las letras. Apartado Tiberio de la escena, Gayo y Lucio César son colmados de honores. En el año 5 a. C., se decide que el mayor, Gayo, recibirá el consulado antes de la edad, en el año 1 d. C., que tres años después le corresponderá al hermano. Mientras tanto, los

caballeros romanos saludan a Gayo con el título de «Príncipe de la Juventud» (*Princeps iuventutis*), título que recuerda y anuncia el de *Princeps senatus*.

Para completar la formación de Gayo y «presentarlo» al Imperio, Augusto le encargó, en el año 1 a. C., como cónsul designado, una misión militar en la frontera del Danubio y luego lo envió a Oriente, donde el joven príncipe se entrevistó con el rey de los partos. Pero poco después, cuando intentaba restablecer el orden en Armenia, Gayo quedó herido en el curso de un asedio. Quebrantada toda energía, había de morir a causa de su herida, tras varios meses de enfermedad (21 de febrero del año 4 d. C.). El golpe era tanto más rudo para Augusto cuanto que el otro César, Lucio, había muerto en Marsella, dos años antes (20 de agosto del año 2 d. C.). Para entonces Augusto tenía sesenta y siete años y el problema de su sucesión parecía tan lejos de encontrar solución como lo estaba en el año 23 a. C.

Para resolverlo de una vez, Augusto procedió a dos adopciones simultáneas, la de Tiberio y la de Agripa Póstumo, hermano de Gayo y Lucio, nacido en el año 12 a. C., después de la muerte del padre de éstos. La adopción de Tiberio sólo era, a los ojos del príncipe, un recurso extremo; las condiciones en las cuales se produjo están claramente reveladas en la primera parte del testamento de Augusto, cuyos términos nos ha conservado Suetonio: «Puesto que la cruel fortuna me ha arrebatado a mis hijos Gayo y Lucio, sea Tiberio César mi heredero, por la mitad y un sexto…». Augusto no podía confesar más clara y cruelmente que el destino lo había obligado. Pero la adopción simultánea de Agripa Póstumo indicaba también que pretendía controlar el porvenir: si él sobrevivía el tiempo suficiente para que el joven llegase a la edad de sucederle, Tiberio sería, una vez más, eliminado. Si, por el contrario, Tiberio llegaba a adueñarse efectivamente del Imperio, Augusto había tomado otra precaución destinada a impedir que el poder saliera en forma definitiva de la rama julia de su

familia. Al adoptar a su hijastro, lo obligó a que éste adoptara a Germánico, quien por su madre, Antonia la joven, era nieto de Octavia y que, además, se había casado con una hermana de Gayo y Lucio César, Agripina la mayor. En el peor de los casos, Tiberio no sería más que el depositario del poder imperial, y la «predestinación» de los *Iulii* no quedaría traicionada.

Pero, una vez más, los cálculos del anciano emperador fueron burlados, quizá por el destino, quizá por maquinaciones de Livia (a quien uno de sus bisnietos, el emperador Calígula, había de llamar «Ulises con faldas»). Agripa Póstumo no tardó en ser relegado en una isla, so pretexto de que su carácter brutal y su estupidez hacían imposible que siguiera en Roma. A principios del reinado de Tiberio sería ejecutado. En el año 13 d. C., cuando sintió que la muerte se acercaba, Augusto tomó las últimas disposiciones posibles. Asoció enteramente a Tiberio a su poder, ofreciéndole, por ley, atribuciones iguales a las suyas. El 17 de agosto del año 14 d. C., moría Augusto. En Roma, ni los senadores, ni el Pueblo, ni los soldados vacilaron un instante en prestar a Tiberio el juramento de fidelidad, que creaba entre ellos y él ese vasallaje sobre el cual reposaba la *auctoritas* del príncipe. Augusto fue oficialmente divinizado: el principado había pasado sin tropiezos la última prueba, había sobrevivido a su creador.

III

La literatura augustal

Una de las primeras diligencias de Mecenas, el compañero de Octavio en la aventura que llevó a ambos a la cumbre del poder y de la gloria, fue atraer a su entorno a los poetas. Octavio acababa apenas de superar las primeras dificultades de su empresa y de concluir con Antonio y Lépido la alianza del triunvirato, cuando ya encontramos a Virgilio en la intimidad de Mecenas. Poco después, probablemente en la primavera del año 38 a. C., presentado por el propio Virgilio, Horacio se une al grupo, en el que ya figuran escritores cuyas obras casi no conocemos, pero que no carecían de méritos: L. Vario Rufo, Plocio Tuca, Quintilio Varo y Valgio Rufo. Al rodear de esta forma a Octavio de un círculo de literatos, Mecenas no hacía sino prolongar una tradición ya antigua. Pronto haría dos siglos que a los generales romanos les gustaba vincularse con poetas capaces de cantar sus hazañas. Así había «descubierto» el austero Catón a Ennio, sacándolo de la centuria que él mandaba en Cerdeña, para que pudiera dedicarse enteramente a la poesía. El propio Ennio había cantado, en su poema *Ambracia,* las proezas de su «patrón» Q. Fulvio Nobilior en la toma de esa ciudad. Los procónsules romanos imitaban de esta guisa a los conquistadores helenísticos y al mismo Alejandro, quien sabía muy bien que, de no haberla inmortalizado Homero, la gloria de Aquiles hubiera sido vana. Poco a poco, cada gran familia de la aristocracia romana atrajo a los hombres de letras encargados de salvar su recuerdo del olvido. Los poetas figuraban al lado de los filósofos en casa de los nobles: frecuentemente, poetas griegos, como Arquías o Filodemo de Gadara, cuyos nombres quedaron unidos al de Cicerón y del epicúreo Pisón, pero también poetas latinos, que los gobernadores se complacían en llevar consigo cuando partían hacia alguna provincia lejana. Así Gayo Memio, el amigo de Lucrecio, arrastró hasta Bitinia, en su cohorte pretoriana, al poeta Catulo. Pero

si en apariencia no hacía más que conformarse a una moda ya antigua, Mecenas tuvo no sólo la habilidad de atraer hacia sí a los escritores más brillantes de su siglo, sino que también supo dirigir sus genios poniéndolos al servicio de esa «revolución espiritual», indispensable para que triunfara plenamente la revolución política en la que trabajaba Octavio.

Podemos interrogarnos con razón sobre la curiosa coincidencia que ha hecho del siglo de Augusto la edad clásica de la literatura latina. Probablemente la acción personal de Augusto o de Mecenas no bastarían para explicar la magnífica floración de poetas que entonces aparece: a nadie se le ocurre negar que haya sido largamente preparada en el curso de las generaciones precedentes, y que Augusto tuvo la suerte de llegar en el momento preciso en que la literatura latina debía alcanzar su apogeo. En buena medida, estamos ante uno de esos felices azares que parecen desafiar todo esfuerzo por explicarlos. Por último, estamos obligados a constatar que esa «edad de oro» de los poetas duró menos que el reinado de Augusto y, también, que había empezado antes del triunfo de Accio. Las primeras obras de Virgilio son contemporáneas a los últimos años de César, y Virgilio murió en el año 19 a. C., más de treinta años antes que Augusto. Propercio desaparece, probablemente, hacia el año 15 a. C.; Horacio muere en el 8, el mismo año que Mecenas, y el final del principado de Augusto está singularmente desprovisto de grandes nombres. De modo que la coincidencia no es total, y también es cierto que los más grandes poetas del siglo ya habían alcanzado la edad adulta, cuando no un perfecto dominio de su talento, antes de que se cumpliera la revolución política augustal. La vocación de Horacio, la de Virgilio, Propercio o Tibulo, nada deben ni a Mecenas ni a Octavio; la simple comparación de las fechas nos invita a constatar que la madurez literaria del siglo es exactamente contemporánea a los años que vieron la conquista del poder por Octavio y sus amigos: en literatura como en política, los

años más importantes del siglo son los que precedieron al triunfo de Augusto. En la última parte de su reinado, éste no hará más que cosechar el beneficio del pasado.

Pero si, por todas esas razones, no es posible explicar a Virgilio y a Horacio por Augusto y Mecenas, no por eso es menos cierto que las dos evoluciones se produjeron una al lado de la otra, y resulta posible que los mismos factores influyeran en ambas, si es verdad, como hemos tratado de mostrar, que la revolución política de Augusto no fue simplemente la conquista brutal del poder por una facción de ambiciosos, sino la «vuelta al orden» y una especie de redescubrimiento de ciertos valores espirituales esenciales del alma romana. Es seguro que antes de encontrar a Mecenas, Virgilio era un «cesariano». La bellísima *Égloga V,* que canta la muerte y la apoteosis de César, y que muy probablemente fue compuesta en el año 42 a. C., durante la primera reconciliación entre Octavio y Antonio, no es una obra de «propaganda» y nada debe a Mecenas. Virgilio sólo expresa en ella su fe en la misión divina de César, héroe «pacífico», muerto demasiado temprano para poder llevar a cabo su tarea, pero acompañado por las lamentaciones de toda la naturaleza y recompensado por la inmortalidad. La *Égloga IV,* escrita dos años después, no hará más que repetir temas cercanos: el siglo que va a nacer verá el triunfo de la paz, gracias a la concordia por fin restablecida entre los dos herederos de César. Ni Antonio ni Octavio tenían el poder de provocar esa fe mesiánica que resplandece en el poema. Esa fe existe fuera de ellos; tiene su origen en creencias remotas y en doctrinas elaboradas desde tiempo atrás. Es muy posible que los dos hombres de Estado —sobre todo Octavio, aconsejado por Mecenas— trataran de sacar provecho de ese arranque de entusiasmo, pero es muy dudoso que tanto uno como otro pidieran al poeta ese canto de esperanza. El hecho mismo de que la pieza esté dedicada a Polión, evidente partidario de Antonio, pero cuya actitud no careció de ambigüedad en el cur-

so de la crisis que precedió a la paz de Brindisi, impide pensar que Virgilio no sea aquí más que el instrumento de Octavio o de su grupo. Al contrario, parece que Virgilio, al elegir a Polión, hubiera querido evitar tomar partido entre los dos protagonistas: cesariano convencido, Virgilio es llevado por una corriente de opinión independiente y aún no está atado a nadie.

Esa independencia de los poetas agrupados en torno a Mecenas, quizá sea el rasgo más notable de todo ese período. Mecenas hubiera querido que al menos uno de ellos cantara las hazañas guerreras de Octavio. Su insistencia se adivina a través de las disculpas que sucesivamente le dirigen Virgilio, Horacio y Propercio. Que otros —dicen— compongan la epopeya esperada. En cuanto a ellos, su musa es demasiado débil, su inspiración demasiado escasa: Virgilio, en tiempo de las *Bucólicas*, pretende que tan grandes temas no convienen al caramillo de un pastor; más tarde esbozará el proyecto de un «templo de Octavio», pero es para disculparse de volver entre los campesinos. Por último, cuando empieza a escribir una epopeya, buscará el asunto en los tiempos heroicos anteriores a la fundación de Roma. En tres ocasiones el poeta desobedece las órdenes de Mecenas. Horacio tiene excusas más fáciles. Su talento sólo se acomoda a canciones ligeras. Sabe alabar el amor, el vino, el ocio, la sombra de los emparrados, o también moralizar sobre las ridiculeces de sus contemporáneos. Y cuando Augusto le pide que entre oficialmente a su servicio y desempeñe a su lado las funciones de secretario, se niega, confesando sin rodeos que prefiere su dominio de Sabina a los honores de la corte. En cuanto a Propercio, en quien Mecenas también había depositado su esperanza, no se mostró más dócil: ¿cómo él, que sólo conoce los combates del amor, tendría la audacia de forzar su talento y cantar guerras? El dios cintio, Apolo, no lo permitiría, y es mejor callar que componer una obra indigna de tal objeto. De modo que si Mecenas tenía la ambición de dirigir a los poetas de su grupo, admitamos que no lo

consiguió plenamente, que la literatura augustal no vio nacer la gran epopeya política que deseaba y que hubiera celebrado las victorias del príncipe. Unos años antes, Cicerón había aprendido a su costa que es difícil forzar la inspiración de los poetas, y él, que tanto deseaba que se compusiera un canto heroico a la gloria de su propio consulado, debió resignarse a emprender por sí mismo la tarea. Las únicas epopeyas que entonces se escribieron sobre asuntos contemporáneos, la *Guerra de Alejandría*, de Rabino, y la *Historia (Res Romanae),* de Cornelio Severo, son obras menores, pronto olvidadas, y que no añadieron mucho a la gloria de Augusto.

A pesar de ello, si los poetas amigos de Mecenas se negaron a aceptar ciegamente las consignas de su protector, eso no significa que la influencia de éste haya sido desdeñable. Su acción se ejerció ante todo de modo material. Virgilio y Propercio habían quedado arruinados por las guerras civiles. El primero había (sin duda) perdido su dominio familiar en la Cisalpina, y el segundo, el que poseía cerca de Asís, en la Umbría. Horacio había sido despojado de la modesta posición que le legó su padre, el liberto de Venusia, en Apulia; atraído, cuando se hallaba en Atenas, al partido de Bruto y Casio, tomó parte contra Antonio y Octavio, en las desafortunadas jornadas de Filipos. De regreso a Italia, llevaba una vida oscura y pobre, trabajando como empleado (*scriba*) en las oficinas de los cuestores, y desahogaba su rencor en pequeñas obras satíricas de excepcional violencia. Mecenas procuró a todos seguridad y bienestar. Les dio, por añadidura, bienes más preciados aún, su amistad y el sentimiento de su propia dignidad. Más de una vez Horacio insiste acerca de la gentileza y la verdadera cordialidad de las relaciones en el interior del grupo. Allí no hubo ninguna rivalidad, ninguno de esos celos secretos que son tan frecuentes en las camarillas literarias. Lo que Mecenas le da a uno, no se lo quita a otro. Ninguna condescendencia de parte del «amo», sino el respeto absoluto de la libertad perso-

nal. Mecenas era un caballero; no descendía de una gran familia senatorial, y toda su vida se negó a entrar en el Senado. Era, de su parte, no tanto una señal de modestia auténtica como de un orgullo que lo empujaba a mantenerse al margen, a crearse una situación en la que no debiera nada a nadie. Por su madre, descendía de una familia real de Etruria. El reino de sus antepasados ya no existía; *Aretium*, su ciudad, no era más que un municipio romano entre los demás; sin embargo, no por eso Mecenas dejaba de conservar el alma real; profundamente aristócrata, se complacía en escribir pequeños poemas herméticos, algunos de cuyos versos han sido conservados por Séneca, y que tienen una sonoridad muy diferente de los que componían entonces sus amigos. Mecenas era por afición un poeta preciosista, que detestaba a la muchedumbre, la gloria vulgar y el vano ruido. Esa delicadeza innata la incorporaba en sus relaciones con sus amigos, y su sola presencia bastaba para desterrar toda rivalidad y todo celo, que, en su compañía, hubieran chocado como otras tantas disonancias.

La personalidad de Mecenas explica, pues, en gran parte, uno de los caracteres esenciales de la literatura augustal, y su sentido de la medida y del gusto quizá sea el que más contribuyó a convertirla en una literatura clásica. Las primeras piezas de Horacio, sus *Epodos,* son en su mayoría anteriores a la entrada del poeta en el grupo; aún conservan, por su inspiración y su violencia, un sabor popular que ya no se encontrará en el mismo grado en las obras posteriores. El genio natural de Horacio llevaba a este italiano del sur a la pintura más viva y realista. Espontáneamente se convirtió en continuador de Lucilio quien, un siglo antes, había inaugurado la sátira literaria. Pero mientras las *Sátiras* de Lucilio (según podemos juzgar por los fragmentos conservados) seguían cerca de su origen popular y olían al terruño italiano, las *Sátiras* de Horacio presentan un estilo de buen tono, y la libertad misma de las palabras carece de excesos. Lucilio escribía de prisa, pero

su estilo se echaba a perder por su facilidad. Horacio pide más al trabajo, y a él debemos las máximas sobre la necesidad de pulir y acabar una obra, a las que apelarán todas las edades clásicas. Sin lugar a dudas el aristócrata Mecenas no es ajeno a esa exigencia de perfección, ideal común a todos los escritores de su grupo, y en nombre del cual Virgilio, muerto antes de haber podido dar la última mano a la *Eneida,* pedirá en su testamento que destruyan su obra.

Como vemos, la acción de Mecenas se ejecutó de manera sutil y diversa; en modo alguno fue una «dictadura de las letras», intransigente y autoritaria, que imponía consignas al modo de un moderno «ministerio de propaganda». Sus amigos sufrieron su influencia, eso es innegable, pero a menudo quizá sin saberlo. Esa influencia consiste sobre todo, en último análisis, en una voluntad de considerar al poeta como un ser de excepción, a quien se debe proteger, librar de las necesidades sórdidas de la vida, devolverlo a sí mismo, y a quien se pide, a cambio, que dé una expresión eterna a los sentimientos y a las ideas que los otros hombres no experimentan ni conciben sino de manera oscura e imperfecta. Es en ese concepto —de «mediador del ideal»— que el poeta tendrá su lugar en la ciudad, a la cual aportará la consagración suprema de la Belleza. Como todos los mejores entre los romanos, Mecenas venera a Grecia; sabe muy bien que la verdadera grandeza de ésta proviene, en el pasado, de sus poetas y de sus artistas, y que no hay nada duradero sin belleza: la obra política de Augusto, por genial que fuese, no sabría por sí misma escapar a la ley común; estaría llamada a perecer si no enlazara su fortuna a las únicas creaciones humanas capaces de atravesar los siglos. Por eso, después de todo, resulta bastante indiferente que los poetas se nieguen a cantar al mismísimo Augusto en sus versos, si en ellos encontramos, no el elogio cortesano de un amo, sino

el espíritu de la «revolución» augustal que desborda infinitamente a la propia persona de Augusto y recibe su inspiración del sentimiento casi religioso de la grandeza y de la misión de Roma.

⋆

Sobre todo hay una obra que domina el siglo de Augusto y que lo expresa a la perfección; una obra que, apenas publicada, era ya clásica, que los escolares aprendían de memoria, y cuyos versos aparecían garabateados por manos torpes en todas las paredes, hasta en las ciudades más alejadas del Imperio: la *Eneida*, de Virgilio. Fue comenzada poco después de Accio, probablemente a petición de Mecenas, quizá del mismo Augusto. Las *Geórgicas* habían probado que el genio de Virgilio estaba a gusto en la epopeya, y la epopeya seguía siendo el gran género por excelencia, el que, desde Homero, pasaba por conferir infaliblemente la inmortalidad. La composición de la *Eneida* —emprendida hacia el año 29 a. C. e interrumpida en el 19 a. C. por la muerte de Virgilio, poco antes de concluirla— es contemporánea a la formación del principado, y mientras ponía los cimientos de su edificio político, Augusto se interesaba en el progreso del poema. Cuando se encontraba en España, escribía a Virgilio pidiéndole que le enviara noticias de su *Eneas*. Virgilio se disculpaba, alegando la enormidad de la tarea emprendida. Pero Augusto se impacientaba y le pedía que se diera prisa, como si la suerte del régimen hubiese dependido de la diligencia del poeta. Resulta difícil creer que sólo se tratase de impaciencia de lector. Seguramente Augusto contaba con la *Eneida* como ayuda para su reorganización del poder.

El poema, en efecto, presenta la justificación mítica de la vocación de los *Iulii*: un pasaje famoso de la *Ilíada* había registrado antaño la promesa solemne hecha por los dioses a Eneas. Después de la destrucción de Troya y llegado el fin de la raza de Príamo, el poder recaería en él y en sus descendientes, que obtendrían el Imperio del mundo. Existía una antigua creencia, vi-

va en la misma Roma y también en otras regiones de Italia, según la cual la profecía homérica había encontrado su realización en la extraordinaria fortuna concedida por los dioses a los romanos. En efecto, de acuerdo con la tradición la ciudad fue fundada por el propio Eneas, después de huir de Troya y de llegar a Italia con algunos compañeros. Virgilio no inventó esta leyenda, que ya había sido tratada antes que él por Nevio, en su epopeya sobre la *Guerra púnica,* que muy probablemente esconde el recuerdo de antiguas migraciones de este a oeste, acaecidas quizá a finales del segundo milenio a. C. Cualesquiera fueran los orígenes y las diversas formas adoptadas por la leyenda, el argumento escogido por Virgilio tenía la ventaja de ligar directamente a la Roma imperial con el pasado más remoto y prestigioso del mundo heleno. De este modo, la *Ilíada,* de la que con razón se ha dicho que constituía la Biblia del pensamiento griego, se convertía en garante de la grandeza romana: los romanos dejaban de ser conquistadores ávidos, dueños del universo por la única fuerza de las armas, para ser los instrumentos de un Destino o, si se prefiere, de una Providencia que desplegaba sus designios a lo largo de más de diez siglos. La dominación que ejercían sobre las ciudades griegas no era más que una justa revancha; la toma y el saqueo de Corinto expiaban la ruina de Troya y la muerte sacrílega de Príamo. Y, al mismo tiempo, todo rencor en los vencidos se volvía injustificado. Lo que semejante «justificación» de la conquista romana tiene de ilusoria para nosotros (pues nos resulta difícil considerar las epopeyas de otro modo que no sea como juegos gratuitos de poetas), no lo tenía a los ojos de los antiguos, para quienes la Historia y el Mito no estaban separados por fronteras tajantes: Aquiles les resultaba tan real como Aníbal; Filopemen o Alejandro tanto como Agamenón o Menelao. La epopeya virgiliana, al dar una forma perfecta a esas tradiciones, grababa en

cierto modo para siempre, como una inolvidable lección de historia, el relato de los acontecimientos que legitimaban al Imperio.

Virgilio respondía así a una de las principales preocupaciones de Augusto. De igual modo que las *Geórgicas* habían sido un poderoso instrumento de la reconciliación entre Roma e Italia, así también la *Eneida* debía servir para reconciliar las dos mitades del Imperio. En varias ocasiones, en el curso de las guerras civiles, pareció que el mundo romano tendía a separarse en dos mitades: de un lado las provincias occidentales, del otro, los antiguos reinos helenísticos. Las tres grandes batallas que habían restablecido la unidad comprometida, Farsalia, Filipos y Accio, tuvieron lugar en la bisagra, en el punto de encuentro entre Oriente y Occidente. ¿Durante cuánto tiempo conseguiría Roma mantener equilibrada la balanza entre esos dos dominios, que tan diversas causas separaban: diferencia de lenguas, de civilizaciones, de tradiciones políticas, de creencias religiosas? Era preciso a toda costa probar al mundo griego que Roma no era extraña al helenismo, sino que estaba unida a él por una comunidad de origen y de cultura. En este sentido, la filiación troyana resultaba particularmente valiosa, si podía probarse que Roma, como las ciudades griegas, era descendiente de la antigua comunidad espiritual descrita por Homero. Por eso, en varias oportunidades, Virgilio insiste en los lazos que unen a Eneas con tal o cual príncipe griego. Y sin duda ésa es la razón que le hizo imaginar, en el libro VIII de su poema, el bello episodio de Evandro.

Eneas, después de salir de Troya y errar interminablemente por el mar, desembarca finalmente en el Lacio, en las bocas del Tíber. Al principio es bien acogido por los indígenas y su viejo rey Latino, pero el rencor de Juno —a raíz de un desgraciado incidente— suscita contra él la hostilidad de una parte de la población, y la guerra amenaza. Eneas debe hallar aliados. No sabe a quién pedir socorro, cuando una visión le ordena que remonte el

río hasta que encuentre una ciudad griega. Obediente, Eneas emprende el viaje y pronto llega al lugar de la futura Roma. Allí es recibido, con toda clase de expresiones de amistad, por el rey Evandro, un arcadio expulsado en otros tiempos de su patria y que ha fundado en esos lugares la ciudad de Palantea. Se trata de una ciudad puramente griega; ocupa la colina natal de Augusto, el Palatino y, antes incluso de la fundación de Roma, se adivinan los sitios predestinados de la que sería la «reina de las ciudades». Ahora bien, resulta que Evandro ha sido otrora huésped de Anquises, el padre de Eneas. Los dos hombres reanudan aquellos lazos sagrados y celebran juntos un sacrificio solemne a Hércules, héroe griego y romano a la vez. Evandro promete a Eneas enviarle un contingente de jinetes, a cuyo frente pone a su propio hijo, Palante. En el momento de la partida, el anciano rey tiene el presentimiento de que Palante no regresará. A pesar de ello, no deja de persistir. La alianza de los arcadios y de los troyanos quedará sellada con la sangre del joven: el odio, nacido de los combates alrededor de Troya, no es fatal entre las dos razas. Hubo ya en el pasado, un tiempo en que ambas se unieron en una lucha común contra las tribus bárbaras. Evandro y Eneas representan la civilización, el orden, el sentido de las leyes, la piedad —todo lo que Roma ha aportado al mundo y que posee en común con las ciudades griegas—. El poema contiene como una exhortación secreta a proseguir la tarea comenzada en los tiempos legendarios: lejos de ahogar el helenismo, el Imperio no hace más que exaltar en él el sentido de su verdadera misión.

Pero, al elegir al personaje de Eneas, Virgilio tenía además otra intención. Eneas, hijo de Venus y Anquises, era el antepasado de la *gens Iulia*, de la que descendían César y Augusto. De su unión con Creusa nació un hijo, llamado Ascanio en los poemas homéricos, pero que la tradición italiana conocía con el nombre de Julo. Se decía que ese niño había fundado la ciudad de Alba, metrópoli de Roma y patria de Rómulo y Remo. A su vez se

convirtió en el antepasado de un largo linaje cuyo último representante fue César. Así, la promesa hecha por los dioses a Eneas hallaba su pleno cumplimiento en el principado de Augusto: sin duda, en cierto modo, todos los romanos eran «hijos de Eneas», pero el hijo de Eneas por excelencia era Augusto, cuya misión personal se hallaba, en resumidas cuentas, garantizada por la profecía homérica. Se concibe la impaciencia que testimoniaba Augusto, hacia el año 23 a. C., cuando trataba de fundar su principado sobre la continuidad de una dinastía: era indispensable que el poema justificara la fundación de ésta. La adopción de Marcelo y la celebración de los Juegos Seculares debían coincidir con la publicación de la obra llamada a iluminar esa política dinástica y a darle la garantía suprema de la Revelación. Virgilio, al escribir la *Eneida*, no traicionaba sus propias convicciones; seguía siendo fiel a la mística cesariana que ya animaba la *Égloga* de Dafnis, y quizá por eso mismo, a causa de esa sinceridad profunda, sirvió tan bien las intenciones de Augusto y contribuyó a dar tan sólidos cimientos espirituales al régimen imperial.

*

Cuando la *Eneida* no era más que un proyecto, Propercio ya la anunciaba al mundo diciendo: «Está naciendo una obra más grande que la *Ilíada*». Y, unos años más tarde, él mismo emprendió la composición de una serie de poemas salidos de la misma inspiración. Hasta entonces, sin embargo, sus *Elegías* parecían bastante alejadas del estilo épico. Los tres libros que había publicado no contenían apenas otra cosa que un largo grito de pasión: pasión a veces dichosa, pero más a menudo dolorosa, por una liberta a la que designa con el nombre de Cintia. A partir del año 20 a. C., aproximadamente, en el curso de los años «cruciales» del Imperio, su inspiración cambia; en adelante casi no cantará sino antiguas leyendas romanas. Pero no las elige al azar. Todas se refieren a temas esenciales de la ideología augustal. Así, el primer poema del libro IV está consagrado al Palatino, la colina

sagrada del nuevo régimen: allí tomó Rómulo los auspicios antes de la fundación; allí se levantaba su pobre morada; también allí nació Augusto y se levanta el templo de su divino protector, Apolo. Y precisamente la parte central del libro, la sexta, celebrará ese santuario augustal por excelencia. En ella se ve al dios castigando con sus flechas los navíos de Antonio en las aguas de Accio; se le oye profetizar y prometer a Augusto, «más grande que sus antepasados troyanos», la victoria y, gracias a ella, el imperio del mundo. Esta parte de la obra (posterior al año 20 a. C., puesto que en ella se alude a la devolución por los partos de los estandartes de Craso, que data de esa fecha) está aparentemente destinada a preparar los Juegos Seculares del año 17 a. C., que fueron celebrados en una atmósfera netamente apolínea.

En el libro IV de Propercio se encuentran otras alusiones a las preocupaciones de Augusto. Por ejemplo, la bellísima elegía de Tarpeya sólo se explica dentro de la perspectiva de la mística cesariana. Tarpeya, traidora a Roma, facilita al bello Tacio, el rey sabino, el acceso de la ciudadela; sin embargo, Tarpeya se convierte en heroína nacional. La razón de ello es que su falta permitió la fundación del reino doble, sabino y romano a la vez, y la llegada a Roma de los *Marcii reges*, antepasados de César por línea materna, tal y como en otro tiempo recordó el propio dictador cuando pronunció la oración fúnebre de su tía Julia: «Por los *Iulii* —dijo César— nuestra familia llega a Venus y a los dioses; por los *Marcii*, llega a los reyes». La elegía de Propercio ilustra esa doble pretensión y se esfuerza, como hacía la *Eneida*, por descifrar en el pasado más remoto de Roma las «figuras» que anuncian y garantizan el presente. Pero Propercio tampoco olvida que su talento lo lleva a pintar sobre todo los movimientos del alma y todos los matices del amor. Ahora bien, resulta que Augusto intentó reformar las costumbres y restablecer con honor los sentimientos familiares. Dos elegías serán, pues, consagradas a cantar un amor legítimo: la conmovedora carta de Aretusa a

Licotas y el elogio de Cornelia. La primera va dirigida por una joven romana —cuyo verdadero nombre se disimula bajo el seudónimo griego de Aretusa— a su marido, llamado Licotas por el poeta, a quien las necesidades de una carrera militar alejan demasiado tiempo de ella. Toda la ternura que el poeta le prestaba otrora a Cintia se encuentra en esa alma de joven mujer, pero es una ternura que osa afirmarse porque se sabe legítima. Propercio intentó aquí la reconciliación de la poesía amorosa tradicional (con frecuencia escrita en honor de libertas o de cortesanas) y del amor conyugal, acerca del cual el pudor romano generalmente guardaba silencio. Finalmente, la última elegía de su obra está presentada como una plegaria dirigida por una muerta, Cornelia, a Paulo, su marido. Cornelia, hija de un primer matrimonio de Escribonia, resultó ser la hijastra de Augusto. Propercio celebra en ella todas las virtudes características de la gran dama romana. Así termina el libro de las *Elegías,* comenzado en medio de los desórdenes de la pasión, en una suerte de palinodia del poeta, y con la afirmación de que la verdadera grandeza no reside en el amor ilegítimo, sino en la observancia estricta y digna de los deberes familiares.

*

Preocupaciones morales y preocupaciones políticas y nacionales están igualmente presentes en la obra de Horacio. Entre las «anexiones» sucesivas de los géneros griegos operadas en el curso de las generaciones precedentes por la poesía romana, sólo faltaba el lirismo coral. No había un Píndaro latino. La ocasión parecía magnífica para colmar esa laguna. Si Píndaro adquirió una gloria inmortal cantando a los caballos y a los aurigas victoriosos, a los púgiles y a los corredores, ¿no sería más fácil celebrar los triunfos romanos? ¿Tantas hazañas cumplidas en los campos de batalla eran acaso indignas de inspirar a los poetas? Horacio parece haber pensado en ello, y hasta en tiempos de sus últimas *Odas* hablará del estilo pindárico no sin cierto pesar: sin duda no

pretende rivalizar con el autor de los grandes epinicios y teme correr, al querer elevarse demasiado alto, la suerte de Ícaro, a quien una confianza excesiva en sí mismo precipitó en el mar, pero los términos mismos en que se expresa esa derrota no dejan de recordar la manera de Píndaro. Y, ciertamente, era muy tentador retomar esas imágenes resplandecientes, ese tono profético, esa libertad del ritmo, capaces de magnificar los menores temas confiriéndole al poema, a la vez, una dignidad religiosa y una magnificencia real. Sin embargo, Horacio no cedió; no fue hasta el final de sus préstamos literarios, y los más pindáricos de sus movimientos permanecen sometidos al cuadro algo estrecho de los metros eólicos. ¿Se trata de simple modestia? ¿Hay que creer al poeta cuando pretende «a la manera de las abejas del monte Matino, que liban con afán el agradable tomillo, cerca del bosque y de las riberas de la umbría Tibur, elaborar humildemente trabajosos versos»?* Adivinamos que hubiera sido muy capaz de elevarse más alto, pero su conciencia de artista le dejaba entrever que la lengua latina se hubiera prestado muy mal a los juegos métricos de Píndaro. Los edificios rítmicos de éste, cuya estructura comenzaba ya a no ser muy clara incluso para los especialistas en métrica, seguramente habrían desconcertado a los oídos romanos. El éxito de Píndaro era inseparable de la lengua griega. Además el movimiento, las imágenes, la evocación a veces tumultuosa de los mitos, fuera cual fuese su propia belleza, conservaban algo extraño a las tendencias profundas y al gusto general de la época augustal. Veremos, a propósito de la escultura, que entonces se preferían actitudes calmadas, más cercanas a la naturaleza común, llenas a la vez de realismo y de serenidad. Por todas esas razones, un poeta clásico romano no podía «pindarizar». Horacio tuvo la suerte de encontrar otros modelos en los líricos griegos. Es a los poetas eólicos, a Safo, Alceo y Arquíloco, a quienes deberá sus ritmos favoritos, sus estrofas de forma fija, de desarrollo a la vez simple y oratorio.

Las fuentes predilectas de la inspiración horaciana son las mismas que las de los poetas eólicos. Como ellos, Horacio canta al amor, a los placeres de la mesa y del vino, a la amistad y a los menudos incidentes de su vida. Exhortación a gozar de la vida, sin preocuparse de un mañana que quizá se nos escape; aceptación de la muerte —tanto la de los demás como la propia—; nada en todo esto parece acercarse a los grandes temas augustales. Y, sin embargo, pronto advertimos que esos poemas no son sino hermosas variaciones en torno a un sentimiento único: la alegría de vivir. Esa dicha, cuyo recuerdo incluso habían perdido los romanos durante la larga pesadilla de las guerras civiles, les fue devuelta por fin con el restablecimiento de la paz. Desde el principio del libro de poemas, surge un himno de reconocimiento al héroe que ha sabido, después de tantas desgracias, devolver la alegría al universo. La promesa de Apolo se ha cumplido: la edad de oro ha vuelto a la tierra. El día en que fue dedicado el templo del Palatino, Horacio dirigió una plegaria al dios; no le pidió riqueza, ni cosechas inmensas, ni rebaños innumerables, sino el ocio suficiente para disfrutar de su modesto pasar, la salud del cuerpo y del espíritu, y sobre todo, deseó que se le ahorrase la pena de arrastrar una horrorosa vejez que lo privara de su lira. Las *Odas* de Horacio son, ante todo, los cantos de alegría y de reconocimiento que la humanidad entera eleva hacia Augusto.

Como conviene a una poesía del instante efímero, los grandes acontecimientos contemporáneos también hallan en ella su eco. Horacio celebró con un vigor salvaje la muerte de Cleopatra, el coraje inhumano de la reina sujetando en la mano la serpiente a la que deberá el haberse liberado de la ignominia del cortejo triunfal. En otra parte, hace votos por Augusto, quien proyecta (o finge proyectar) una expedición contra los árabes y otra contra los bretones. A veces atribuye a Juno las palabras proféticas que confirman para Roma el imperio del mundo, con la única condición de que una piedad exagerada no lleve a los romanos

a levantar de nuevo las murallas de Troya —palabras que apenas se explicarían si la opinión pública no hubiera en cierto momento atribuido a Augusto el designio de transportar a Oriente la capital del Imperio, y si el poeta, del que todo el mundo sabía que era familiar de Mecenas y del príncipe, no hubiese escrito esta oda para dar a esos rumores un desmentido oficial—. No es, por otra parte, el único poema en que Horacio asume semejante papel. Todo el principio del libro III de las *Odas* está consagrado a una verdadera exposición de las reformas morales que no serán realizadas sino más tarde por Augusto. Aquí el poeta se anticipó al legislador, y es muy probable que Horacio se entregase (o le encomendaran) a la tarea de preparar a la opinión pública para las leyes sobre el matrimonio y sobre la familia, y para la casi obligación en que pronto se hallarían los senadores de casarse y tener hijos. Al igual que Propercio con la elegía consagrada a Cornelia, Horacio quiso voluntariamente contribuir a la obra de restauración moral emprendida por Augusto.

A Horacio le cupo el honor de componer el himno cantado por un coro de veintisiete jóvenes y veintisiete doncellas cuando la celebración de los Juegos Seculares, en el año 17 a. C. Ese himno, dirigido a Apolo y a Diana, es una larga plegaria para obtener la prosperidad. Puede ser considerado la más alta cima del lirismo horaciano: la simplicidad de la expresión, conveniente a una oración de niños y conforme también con el tono habitual de las invocaciones litúrgicas romanas, que siempre conservan un acento popular, no lesiona la plenitud de las imágenes. Es verdaderamente la antigua tradición de la piedad romana lo que parece renacer, con sus abstracciones personificadas —la Buena Fe, la Paz, el Honor y la Pureza—, como gustaba a la religión de antaño. Leyendo estos versos olvidamos que Apolo es un dios extranjero, recientemente introducido en el ritual de los Juegos Seculares; el arte del poeta ha sabido darle, a manera de un trampantojo, una antigüedad. Y tal es el papel asignado por Augusto

y Mecenas a la poesía: engalanar las realidades políticas con el prestigio del sentimiento y de la belleza. Ambos saben muy bien que los hombres son incapaces de conformarse únicamente con la razón. Las leyes pueden constreñir; sólo la poesía posee el don de persuadir y encadenar los corazones.

⋆

La inspiración propiamente «augustal» no agota, sin embargo, toda la obra de Virgilio, de Propercio y de Horacio. No sólo unos y otros no han sido dóciles hasta el final a las instrucciones de Mecenas, sino que éste era demasiado sagaz para prohibirles que a veces siguieran sus propias tendencias y escribieran para su propio placer. Augusto muy bien podía irritarse por las dilaciones de Virgilio en acabar la *Eneida,* lo que no impedía que el poeta siguiera complaciéndose en el relato de los amores de Dido y Eneas o en el de la muerte de Eurialo. Esas «escapadas» eran la condición necesaria para que toda la obra fuese equilibrada y armoniosa. No imaginemos a los poetas del círculo de Mecenas semejantes a escolares diligentemente inclinados sobre su tarea. A Horacio solía ocurrirle que no soportaba estar en Roma y se escapaba a Sabina, al dominio que debía a Mecenas, para hacer una vida de campesino. Mecenas no se ofendía; esa inclinación sólo servía para hacer más convincentes los alegatos del poeta a favor de la simplicidad rústica. Y si a éste le daba por alabar demasiado libremente los encantos de alguna joven liberta, a nadie se le ocurría ponerlo en contradicción consigo mismo cuando se convertía en abogado de las virtudes familiares. En efecto, todos sabían que no todas las clases sociales estaban obligadas a la misma virtud. La libertad de las manumitidas hubiese sido indecente en una matrona, pero Augusto nunca pensó en prohibir placeres que no amenazaban con acarrear el deshonor a las familias romanas. No hay en eso ninguna hipocresía, sino una diferenciación que las costumbres toleraban y que hubiera sido vano querer borrar, aun cuando fuese concebible. Propercio lamentará abierta-

mente que las leyes de Augusto lo alejen de Cintia, ya sea obligándolo a contraer matrimonio con una mujer de su misma condición, ya sea prohibiéndole que se case con su amante, y en el libro IV de las *Elegías* insertará, entre las piezas romanas, algunas pinturas muy vivas que prueban a las claras que su pasión había sobrevivido a su «arrepentimiento». Por eso advertimos, en resumidas cuentas, que la unidad de pensamiento que nos hemos esforzado por encontrar en la obra de los tres poetas más grandes de la edad augustal no excluye en modo alguno la diversidad, ni siquiera la independencia. Por lo demás, ¿cómo habrían podido alcanzar esos poetas la originalidad y la verdadera grandeza si en el fondo de ellos mismos no hubiesen sido libres?

Además, el círculo de Mecenas no incluía a todos los poetas de valía. Al menos dos, Tibulo y Ovidio, están fuera; uno porque se vinculó a otro patrón, el otro porque su naturaleza lo inclinaba a evadirse de todas las influencias. Tibulo, descendiente de una familia de propietarios pudientes del Lacio, también había quedado arruinado por las guerras civiles, y había unido su fortuna a la de Valerio Mesala Corvino, quien, tras combatir en Filipos, finalmente se afilió al partido de Octavio. Un poco antes de Accio, Tibulo se preparaba a seguir a su protector, quien se incorporaba a las fuerzas de Octavio, cuando una súbita enfermedad lo detuvo en Corcira. Pero, de regreso a Roma, y completamente restablecido, pudo seguir a Mesala a la Aquitania y participar en la victoria de su amigo sobre los rebeldes. A su regreso, abandonó la vida activa y, a diferencia de los amigos de Mecenas, apenas contribuyó a formular la ideología augustal. Había de morir algunos meses después de Virgilio. De Tibulo nos queda sobre todo un libro de *Elegías* amorosas, que (si se exceptúa una pieza dedicada al santuario de Apolo Palatino, en la que aparecen temas virgilianos) no fue seguido, como en el caso de Propercio, por poemas de inspiración nacional.

Al igual que Horacio, Tibulo guardó de sus campañas el horror a la guerra. Aunque se portó valientemente, no encuentra palabras lo suficientemente duras para el hombre que forjó por primera vez una espada. Sin embargo, el gran deseo de paz que lo posee no se parece de ningún modo al sentimiento horaciano. Lo que en Horacio es alegría y sentido del instante fugitivo es en Tibulo nostalgia dolorosa de una dicha sencilla. Tal como él mismo confiesa, está aprisionado «por los grilletes» de una joven (en sus versos la llama con el seudónimo de Delia), renuncia por ella a la gloria y se adivina lo que eso le cuesta. Pero, más allá del amor y de las satisfacciones ilusorias que le da Delia, entre traición y traición lo que desea por encima de todo es la plenitud que sólo podría proporcionarle una vida enteramente pasada en el campo. Propercio, también enamorado, ha sabido anotar los momentos más fugitivos y todos los estremecimientos de su pasión por Cinta. En comparación, el amor de Tibulo nos parece bastante monótono, y es difícil evitar la impresión de que en Delia ama menos a la mujer o a la amante que a la compañera ideal de los días venturosos con que sueña. A medio camino entre Virgilio y Propercio, Tibulo se encuentra dividido —a veces desgarrado— entre dos tendencias que son las de su tiempo. Por su medio pertenece al mundo frívolo de los jóvenes elegantes, propensos a la galantería y al placer. Horacio conoce bien a esa Delia que lo tortura, y él no se atormentaría excesivamente con sus traiciones; se lo dice a Tibulo, en unos versos ligeros: «Albio Tibulo, no te lamentes tanto recordando la cruel Gliceria ni compongas elegías quejumbrosas por el hecho de que uno más joven que tú te haya suplantado en su amor infiel».*

Excelentes consejos, por cierto, pero Tibulo es incapaz de semejante ligereza. Sueña con ver a Delia representando el papel de propietaria rural y volviendo a las virtudes de las antiguas matronas. Todo el drama de Tibulo está en ese contraste, que es también, en cierta medida, el de toda Roma. Como Tibulo, los

romanos suspiran por la felicidad de los campos, y por la sencilla piedad del campesino que, cada mes, ofrece a los Lares el incienso y las flores y observa religiosamente las fiestas rústicas. Pero, también como él, esos mismos romanos son incapaces de librarse verdaderamente de los placeres de la ciudad y aceptar la otra mitad de la vida campesina, que está hecha de labor, de privaciones y de inquietud.

Virgilio y Horacio consiguen disimular ese profundo malestar; y no es menos real dentro de sus mismas obras: esos pastores, esos campesinos, ese «filósofo», que alaban los encantos de una vida simple y la grandeza de las virtudes primitivas, son en realidad los hijos de una civilización que debe casi todo a los refinamientos del helenismo. Su simplicidad es laboriosamente adquirida; es soberana soltura de artista y no balbuceo de una musa campestre. La Naturaleza de que nos hablan no es salvajismo primitivo, es el jardín dibujado a imagen de ese salvajismo, tal como lo imaginamos. La política de reforma moral intentada por Augusto pretendía también restaurar «valores» que, se aseguraba, fueron los de los romanos de otrora, antes de que la conquista del mundo hiciera de Roma la capital de un Imperio helenístico y drenara hacia ella riquezas y también ideas incompatibles con aquel viejo ideal de sencillez, hecho de ignorancia y de inopia tanto como de «virtud». Poetas y moralistas podían igualmente soñar con una «vuelta» a las costumbres de antaño; en sus sueños entraba mucho de complacencia, de imaginación y también de ilusión. Unos, como Horacio y Virgilio, sabían ser convincentes, a fuerza de arte; otros, como Tibulo, eran menos hábiles y sufrían al no poder realizar en sus vidas ese imposible ideal.

⋆

Con la poesía de Ovidio se ha cumplido el divorcio. Ovidio, que en su juventud fue amigo y casi discípulo de Tibulo, no se abochorna de no ser más que un poeta mundano. Conscientemente se vincula a la escuela de los *neóteroi*, «los Jóvenes», flore-

ciente en tiempos de Catulo, y de repente eclipsada por la gloria de los amigos de Mecenas. Los *neóteroi*, menos preocupados que Virgilio u Horacio por conservar en la poesía latina un acento nacional, se declaraban abiertamente discípulos de los alejandrinos. Su dominio por excelencia era la poesía amorosa, o bien trataban con infinito cuidado temas menudos, leyendas raras, como antaño hicieron Calímaco, Teócrito y Apolonio de Rodas. Fue entre los *neóteroi* donde Virgilio hizo su aprendizaje de poeta y, de las *Bucólicas* a la *Eneida*, la influencia de éstos es patente. Refinamiento alejandrino también es la exhumación por Horacio de los metros del lirismo eólico. El mismo Mecenas, ya lo hemos dicho, tendía naturalmente a componer versos rebuscados y oscuros. Propercio, en los tres primeros libros de las *Elegías*, y otro amigo de Virgilio, Cornelio Galo, en cuatro libros de *Amores* (hoy perdidos), debían mucho a la inspiración alejandrina, y una vez más, al principio de su libro IV, Propercio afirma que no tiene más ambición que llegar a ser el «Calímaco romano». De modo que el alejandrismo no había dejado jamás de ejercer su influencia a través de toda la poesía augustal. Pero con Ovidio pierde toda discreción y domina la obra entera.

Desde su juventud, Ovidio fue atraído hacia la poesía por un impulso irresistible. Componía versos con la mayor facilidad y cuando todavía era alumno de los retóricos no tenía igual para entregarse a abundantes desarrollos sobre temas históricos o mitológicos. Lamentablemente, no tenía gran cosa original que decir, y su inspiración permaneció siempre en lo puramente literario, por lo menos mientras fue feliz. Catulo, Galo, Propercio y Tibulo habían cantado sus amores; él cantará su pasión por Corina, confesando que esa Corina no tiene nada de real, que ella solamente es un «objeto» imaginario, que debe un rasgo a ésta, otro a aquélla. Si Corina llora la muerte de un loro favorito, es porque Catulo escribió otrora lamentos sobre el gorrión de Lesbia. Formado en la sociedad galante de Roma, Ovidio sólo sabe es-

cribir sobre el amor, quizá sin haberlo experimentado jamás, sin haber tenido nunca otra cosa que «aventuras galantes», pero no una verdadera pasión. Lo que siente más vivamente es el gozo de los sentidos, pero quizá no tan vivamente como la alegría de hablar de ello. Antes que un enamorado, Ovidio es literato. Y se comprenden las razones de la profunda antipatía que le tenía Augusto.

Después de cantar a Corina, Ovidio deseó renovarse. Para eso, imaginó retrotraer en el tiempo sus poemas de amor y hacer hablar en sus versos a las enamoradas de la leyenda. Entonces escribió las *Heroidas*, que son cartas imaginarias en las que Penélope, Briseida, Fedra, Dido, se quejan elocuentemente de haber sido abandonadas. El tema no era nuevo. Propercio había ya compuesto la tierna «carta de Aretusa a Licotas», que entra en el cuadro de sus elegías romanas, y es seguro que Ovidio se inspiró en ese modelo. Pero lo nuevo era la explotación sistemática del procedimiento. Del espíritu alejandrino, las *Heroidas* conservan un rasgo esencial: la «modernización» de los temas legendarios. Penélope y Briseida sienten y hablan como cortesanas del tiempo de Augusto. No sólo el poeta no intenta darles una psicología verosímil, en relación con su época, sino que, al contrario, se entretiene en hacer de ellas mujeres «ordinarias», como si el anacronismo constante de sus dichos fuera más propio que ninguna tentativa de color local para revelar en ellas los sentimientos eternos del alma femenina. En las *Heroidas* hay mucho ingenio, y aún más lentitud y monotonía.

Más tarde, Ovidio tuvo la ocurrencia de erigirse en «maestro de amor» y compuso un *Arte de amar,* en tres libros. En ellos parodia, no sin humor, el tono doctoral de los autores de tratados técnicos, entonces numerosos; los consejos que da revelan su larga experiencia de la galantería y sirven de pretexto para entretenidas escenas costumbristas. Si se perdona a Ovidio su natural inmoralidad, no podemos sino estar encantados por el carácter

muy moderno de esos croquis que en otros tiempos se hubiesen dicho «parisienses». Entrevemos, tomado a lo vivo, todo el movimiento de una gran capital, que es también la capital del placer; es el «mundo galante» romano con las maniobras de las mujeres de vida alegre, sus rivalidades, sus astucias, los billetes que se envían secretamente, las sirvientes en su papel de alcahuetas. A veces, dejando la calle, Ovidio penetra en los camarines. Ha legado, junto con su *Arte de amar,* dos pequeños poemas que debían ser el complemento: uno trata del arte de los afeites; el otro, los *Remedios al amor,* de las medidas que deben emplearse para curar las pasiones. El segundo de esos poemas debía, en el pensamiento de Ovidio, compensar lo que su *Arte de amar* podía tener de peligroso, y su instinto no lo engañaba. Sin duda las costumbres son más libres que nunca. Hay mucha diversión en Roma, pero a medida que el príncipe envejece, su humor deviene más austero, y hasta la libertad de las costumbres corre el riesgo de provocar su cólera contra el poeta favorito de las cortesanas y de los jóvenes elegantes. El *Arte de amar* apareció, probablemente, hacia el año 1 de nuestra era, y al siguiente estalló en la familia de Augusto un escándalo sin precedentes. Julia, la propia hija del príncipe, la madre de Gayo y Lucio César, los «presuntos herederos», es acusada de mala conducta y desterrada a la isla de Pandataria (Ventotene). El propio Augusto instruyó su proceso ante el Senado, citando hechos abrumadores; uno de los amantes de Julia, su primo Julio Antonio, fue condenado a muerte y ejecutado, otros cuatro personajes de la más alta nobleza fueron desterrados. Es posible que el asunto no fuera solamente un atentado a las buenas costumbres, sino que comportara un aspecto político y que, en realidad, se haya querido ahogar una conspiración naciente. Pero no es menos cierto que el pretexto oficial era la mala conducta de Julia, y que en el proceso no se trató de

otra cosa. Ovidio sintió que ya no era el momento de hacer poesía galante, y se dispuso a componer una suerte de epopeya mitológica cuyo tema era la historia de las «metamorfosis».

Las *Metamorfosis*, la obra más célebre de Ovidio, que no dejará de ser leída durante toda la Edad Media, se presenta, de manera harto original, como un vasto poema científico colocado bajo la invocación de Pitágoras, que pretende ilustrar, con la ayuda de relatos tomados de la mitología, la ley universal del devenir. En realidad, ese lazo queda muy flojo y cada episodio es tratado por sí mismo, con toda la libertad, el encanto y la facilidad de que era capaz el poeta. Hallamos una serie de cuadros, muy a menudo amorosos (Ovidio es incorregible), tomados de la erudición alejandrina, que también se mostró interesada por semejantes historias. En sus últimos libros, Ovidio aborda las leyendas romanas y se esfuerza por dotarlas del encanto y el color de las helénicas. Otro proyecto original para el cual había preparado la redacción de un gran poema, que él llamaba los *Fastos* y que estaba consagrado a las fiestas del calendario romano. Ovidio contaba con sus *Fastos* para gozar del favor de Augusto. La primera idea se la dio, probablemente, un verso de Propercio, quien se proponía cantar los antiguos santuarios de Roma. Pero Propercio no llevó a cabo su proyecto. Sólo llegó a dar, en el libro IV de las *Elegías,* algunos ejemplos, sin emprender verdaderamente una obra de conjunto sobre ese tema. Ovidio, más audaz, se dispuso a comentar, día tras día, las diferentes solemnidades del año litúrgico. El calendario romano tenía muchas fiestas muy antiguas, de ritos extraños, cuyo significado había sido olvidado desde hacía mucho tiempo. A principios del reinado de Augusto, un «anticuario», Varrón, se había esforzado por recoger las tradiciones aún vivas y por explicar creencias y costumbres. Su esfuerzo fue alentado por Augusto, preocupado por salvaguardar en el pasado nacional cuanto pudiera reforzar el sentimiento religioso y volver a dar una armadura moral a aquel pueblo que ya no

creía en sus dioses. Como Virgilio y Propercio, Ovidio concibe los comienzos de Roma al modo de una pastoral. Pero —y éste es un aporte propio de Ovidio— ninfas, faunos y dioses retozan libremente, como en un idilio galante. La influencia helenística, tan aparente en las *Metamorfosis* y las *Heroidas*, también se expresa aquí, hasta el punto de tergiversar a veces, y hacer irreconocibles, las leyendas nacionales. Era preciso otro tono para complacer a Augusto. Ovidio no tuvo el tiempo suficiente para concluir su poema, que quedó interrumpido después del libro VI. En el año 8 d. C., por una falta no precisada, el poeta fue desterrado a Tomi, a orillas del mar Negro. Oficialmente, Augusto le reprochaba la inmoralidad de su obra pasada, que fue proscrita de las bibliotecas públicas. Pero ¿por qué esperar tanto? El propio Ovidio, en los versos que escribió en el exilio (sus *Tristes* y sus *Pónticas,* que son largos lamentos sobre sus desventuras), alude a una indiscreción de la cual habría sido culpable. El mismo año de su exilio fue también marcado por el confinamiento de la segunda Julia, la nieta de Augusto, castigada como su madre y por las mismas razones. ¿Deben relacionarse los dos acontecimientos? Se supone que Ovidio, para escribir sus *Fastos,* intentó violar el secreto de los ritos y asistir a los misterios de la Buena Diosa, que no debían tener a ningún hombre por testigo. Pero esta hipótesis es gratuita. Es mucho más probable que Ovidio, cuyas creencias pitagóricas son un hecho cierto, haya aportado su concurso a operaciones de magia destinadas a predecir el futuro de Augusto[*] y que ése sea el crimen que expió al estar obligado a permanecer, hasta su muerte, lejos de Roma, relegado de aquella sociedad elegante a la que tanto amó, y cuyos vicios y espíritu él encarnaba.

⋆

Cuando se intenta trazar un cuadro de la literatura augustal, nos damos cuenta de que las obras poéticas prevalecen sobre las obras en prosa. A estos grandes poetas no se les puede oponer

más que un prosista, el historiador Tito Livio. Esto es tanto más notable cuanto que en el período precedente, por el contrario, la balanza estuvo muy igualada. En tiempos de César, Salustio y Catulo, Lucrecio y Cicerón —por citar sólo a los más grandes— están ahí para probar que el genio romano era apto para cultivar uno y otro género. ¿Por qué, pues, de repente, esta ruptura de equilibrio y esa primacía de los poetas?

Una primera razón, evidente, reside en el cambio de régimen político. El tiempo de los grandes oradores ha pasado. Con la desaparición de la libertad y de las luchas del Foro o del Campo de Marte, los discursos han perdido parte de su importancia. Ya no son «actos» capaces de actuar sobre la opinión pública y de modificar el curso de la historia. La palabra se convierte en un rebuscamiento vano, destinado no ya a conmover a la muchedumbre, sino a halagar el oído de algunos conocedores. La elocuencia se refugia en las salas de declamación y degenera en retórica. Hasta entonces, los grandes oradores se formaban por el ejemplo; los jóvenes elegían como maestro a un hombre político renombrado y se apegaban a él, llevaban su vida, formaban su séquito; poco a poco se atrevían a aceptar causas ante los tribunales o a pronunciar alguna arenga desde lo alto de los *Rostra*. Ahora prefieren confiarse al cuidado de los retóricos profesionales, que les hacen ejecutar, en la calma de las escuelas, ejercicios graduados. Se imaginan procesos ingeniosos, fundados en leyes extrañas, y todos se esfuerzan por inventar exordios atractivos y desarrollos tanto más aplaudidos cuanto más se apartan del buen sentido. Los oradores que habían recibido esa formación podían obtener éxito al modo de los virtuosos. La elocuencia no era ya una disciplina creadora, sino una sencilla cuestión de oficio y de estilo.

Quedaba la historia. Mezclada en los tiempos de Salustio y de César a las luchas políticas, podía prestar inmensos servicios a Augusto. ¿Acaso uno de los postulados del nuevo régimen no

era la necesidad de restablecer, en todos los dominios, la «continuidad» de las tradiciones romanas? Augusto estaba dispuesto a acoger —lo deseaba con vehemencia— al historiador que hubiera sabido descubrir esa continuidad en el pasado y mostrar, por ejemplo, la plasticidad de las instituciones según las épocas, siguiendo paso a paso el esfuerzo de Roma por definirse a sí misma, manteniéndose fiel a un solo ideal y a una sola vocación. Tito Livio emprendió esa tarea y escribió, en ciento cuarenta y dos libros, la historia de Roma desde los orígenes hasta el año 9 d. C. Sólo la muerte le impidió ir más allá. De ese conjunto no poseemos más que treinta y cinco libros completos y, en cuanto al resto, resúmenes muy incompletos y fragmentos. Rompiendo con el método de los historiadores de la época inmediatamente anterior, que se contentaban con escribir monografías consagradas a una sola guerra o a un solo episodio bien definido, Tito Livio recuperó el procedimiento de los más antiguos historiadores latinos, los analistas, que referían, año por año, todos los acontecimientos ocurridos desde la fundación de Roma hasta su tiempo. Pero —y ésa es esencialmente la novedad— el relato de Tito Livio está «orientado». Se trata de explicar a Roma, de verla vivir y luchar, de comprender las razones de su grandeza y las de las catástrofes que sobre ella se precipitaron en tiempos de las guerras civiles; de deducir, en conclusión, qué motivos de esperanza aporta el principado. Sin embargo, aun cuando a fin de cuentas sirve a una política, la obra de Tito Livio no deja de ser profundamente honesta. Las fuentes son, en cierta medida, criticadas, comparadas entre sí, preferidas según el criterio (bastante subjetivo, es cierto) de la verosimilitud. Los acontecimientos dolorosos o poco gloriosos no son disimulados. Tito Livio no acepta a ojos cerrados las tradiciones sobre las más remotas edades de Roma. Con frecuencia su obra es el único testimonio que poseemos, y si no existiera, no sólo nuestra ignorancia sería aún más completa de lo que puede ser sobre ciertos períodos de la histo-

ria romana, sino que la faz misma de Roma no sería para nosotros lo que es, y no podríamos evocar con la misma simpatía ni el mismo sentimiento de íntima familiaridad a los hombres que, en el pasado, fundaron su Imperio. De la obra de Tito Livio se desprende una impresión de fuerza y de vigor moral, cuyas lecciones siguen siendo válidas a manera de ejemplos imperecederos. Tito Livio servía, sin duda, a Augusto, pero sólo en la medida en que éste servía a esa patria profundamente amada.

Tito Livio y Virgilio se complementan. Ambos trabajaron en «esculpir» una imagen (quizás un mito) del alma romana, y esa imagen era precisamente la que deseaba Augusto. De ahí no hemos de deducir que esa imagen fuera completamente falsa y arbitraria. Augusto mismo encontraba los principales rasgos de ésta en la tradición. Del mismo modo que Virgilio no inventó la leyenda de Eneas, o Tito Livio sus figuras rudas y vigorosas de los grandes hombres de antaño, tampoco Augusto creó de pies a cabeza un ideal romano. Éste existía, pero alterado, semiborrado ya por el olvido, la evolución de las costumbres y las transformaciones sociales y económicas. Es innegable que la revolución augustal fue una restauración, y que al devolver Roma a sí misma le prolongó la vida por varios siglos. Y si en esa obra de reconstrucción espiritual el principal papel parece asumirlo la poesía, es porque en un tiempo en que los libros costaban caro, en que la enseñanza pedía mucho a la memoria, la lectura colectiva de los poetas, de los que se aprendían largos fragmentos desde la infancia, constituía lo esencial de la formación moral. La *Eneida* fue durante generaciones, y hasta el fin de la Antigüedad, el catecismo de la juventud romana, el compendio de una fe en el destino de Roma, que sobrevivió no sólo a la ruina de la dinastía julia, sino a la ruina misma de Roma, y la prolongó en los espíritus y en los corazones cuando ya no era más que un recuerdo. La poesía, en fin, es el lenguaje de los dioses; posee una naturaleza sobrehumana; su belleza, su ritmo, su hechizo hacen de ella una

revelación de verdades que de otro modo nos serían inaccesibles. Era natural que el siglo de Augusto, que vio el renacimiento de la religión nacional, fuese por excelencia el gran siglo de la poesía inspirada.

IV

El arte de la época augustal

Augusto, en su testamento, se jacta de haber restaurado ochenta y dos santuarios en un solo año, inmediatamente después de su triunfo. En general eran capillas o templetes que no se conservaban en buen estado desde hacía tiempo y que los incendios, tan frecuentes entonces, o simplemente el abandono en que los dejaban, habían hecho caer en ruinas. Augusto los reconstruyó y los adornó con exvotos preciosos. Esa obra preludiaba el esfuerzo de restauración religiosa y la reposición en honor de los viejos cultos. Se completó con la construcción de templos nuevos, mucho más importantes: el de Apolo Palatino con sus anexos, un pórtico y dos bibliotecas; el templo de César, en el Foro romano, consagrado en el año 42 a. C. en el mismo lugar donde fue incinerado el cuerpo del dictador, pero que no fue acabado y dedicado hasta el año 29 a. C.; en el Capitolio, el templo de Júpiter Tonante, que conmemoraba un «milagro» acaecido durante la guerra contra los cántabros en España: en el curso de una marcha, un rayo cayó delante de la litera de Augusto, matando a un esclavo pero dejando ileso al príncipe; en reconocimiento, Augusto prometió un templo a Júpiter, y el que elevó fue de tal magnificencia que hizo sombra al otro de Júpiter, el Muy Bueno y Muy Grande, cuyo santuario, muy cercano, quedaba eclipsado. El dios, que no titubeó en quejarse a Augusto, se le apareció durante un sueño, y Augusto, obediente, puso campanillas en el techo de Júpiter Tonante para indicar, según se dice, que éste no era sino el «portero» del Capitolio. En el Palatino fueron edificados otros tres templos, dedicados uno a Minerva, otro a Juno Reina, y el tercero a Júpiter Libertad. En la región cercana al Foro, dos santuarios, que no habían sido hasta entonces más que oscuras capillas, fueron promovidos a una dignidad nueva. Fueron el Templo de los Lares, en el comienzo de la Vía Sacra, y no lejos de allí, el de los Dioses Penates. Lares y Penates

del Pueblo romano eran, en efecto, los antiquísimos fetiches que se decían haber sido salvados por el piadoso Eneas del incendio de Troya y traídos hasta Roma. El renacer de la leyenda troyana explica la iniciativa de Augusto.

A esos templos conviene agregar el de Marte Vengador, edificado en el centro del nuevo Foro con que Augusto dotó a la ciudad y que recibió el nombre de *Forum Augusti*. Ese templo del dios vengador (*Mars Ultor*) fue verdaderamente el edificio dinástico por excelencia del nuevo régimen. Marte, padre de Rómulo y Remo y «amante» de Venus, está entre los ancestros divinos de César, quien, ya en vida, había sido asimilado a Rómulo-Quirino. En el campo de batalla de Filipos, Octavio prometió elevarle un templo si triunfaba sobre los asesinos del dictador; pero el templo no fue terminado hasta el año 2 a. C. Su inauguración, el 1 de agosto, coincidió con el aniversario de la entrada de Octavio en Alejandría. Era una de las grandes fechas del régimen, puesto que la toma de la ciudad puso fin a la guerra contra Cleopatra. Alrededor del templo resaltaba un pórtico donde Augusto colocó las estatuas de todos los triunfadores, cada una acompañada de una inscripción que relataba sus hazañas. El conjunto formaba como un inmenso recinto sagrado, un *témenos* directamente inspirado en los de los grandes santuarios helenísticos. El emplazamiento había sido elegido con cuidado: por el sur, ese Foro era contiguo al de César, que se presentaba como el *témenos* de Venus Genetrix. Así, Marte y Venus, padre y madre de la raza nacida de Rómulo, dominaban las dos grandes plazas públicas con las que el nuevo régimen había dotado a Roma. Por el norte, una enorme muralla disimulaba la vista de las miserables casas adosadas a las pendientes de Suburra. Hasta el fin del Imperio, aun después de la edificación del Foro de Trajano, ahí terminará el monumental barrio de los Foros imperiales. El *témenos* de Marte Vengador determinó, de una vez por todas, el eje sobre el cual se desarrollarían las construcciones ulteriores.

Pero la actividad de Augusto no se limitó a los edificios sagrados. Desarrolló especialmente las basílicas, ayudando a Paulo Emilio a restaurar y agrandar la Basílica Emilia, ampliando él mismo la Basílica Julia, que había sido destruida por un incendio. En lo sucesivo, el Foro romano estará enteramente rodeado de columnatas que lo harán cada vez más parecido a una plaza pública de tipo helenístico. En otros barrios también se edifican pórticos: uno, en nombre de Octavia, hermana del príncipe, no lejos del circo Flaminio, al sur del Campo de Marte; otro en nombre de Livia, en las laderas del monte Opio (en el barrio del Esquilino), primer monumento digno de ese nombre construido tan lejos del centro; y otro, por último, en nombre de Agripa, en la parte oriental del Campo de Marte. Augusto multiplicaba así los paseos públicos. Algunos de esos pórticos rodeaban un área plantada como jardín, lo que significaba una innovación importante. Hasta entonces, excepción hecha del «paseo» del teatro de Pompeyo (del año 55 a. C.), Roma no había tenido jardines públicos. César fue el primero en legar su gran parque del Trastévere al Pueblo romano. Pero ese parque estaba muy alejado del centro. Los «pórticos» construidos por Augusto constituían, al contrario, lugares accesibles en todo tiempo, donde podía encontrarse, según los días, la tibieza del sol o la frescura de la sombra. En tiempos de la República, el ocio de la plebe transcurría enteramente en el Foro, y esas multitudes ociosas estaban siempre dispuestas a escuchar las arengas de algunos demagogos. Con las restricciones impuestas a la actividad política, era prudente proporcionar otros placeres a esa misma plebe y dispersarla a través de plazas públicas más numerosas. Así pues, el urbanismo de Augusto depende de consideraciones muy ajenas a la estética.

Los lugares de espectáculos fueron igualmente objeto de la solicitud del príncipe. César había concebido en otro tiempo el proyecto de un gran teatro adosado al Capitolio. En efecto, en Roma no existía más que un solo teatro permanente, el que

Pompeyo había construido en el Campo de Marte, cuya capacidad para diez mil espectadores resultaba muy insuficiente. Pero César no tuvo tiempo de llevar a cabo su idea. Augusto la retomó y la amplió. Compró con su propio dinero terrenos pertenecientes a particulares y comenzó la construcción, probablemente hacia el año 24 a. C., a su regreso de España. El teatro no fue inaugurado hasta el año 13 (quizá en el 11 a. C.), pero las obras estaban lo suficientemente avanzadas en el año 17 a. C. como para que pudiera celebrarse una parte de los Juegos Seculares. Augusto le dio el nombre de «teatro de Marcelo», en recuerdo del joven en quien se habían depositado tantas esperanzas y cuya muerte retrasó, ya lo hemos dicho, el nacimiento del nuevo «siglo». El teatro de Marcelo subsiste aún en gran parte. Construido en travertino (otrora cubierto con un revestimiento de mármol), su fachada semicircular se compone de tres pisos de arcadas superpuestas; entre los arcos de la planta baja se encastran pilastras dóricas; entre los del primer piso, pilastras jónicas; finalmente, el tercer piso era corintio. La técnica de la construcción recuerda la que se empleó en el teatro de Pompeyo y anuncia ya la del Coliseo. Se descubre una fuerte influencia de la arquitectura helenística (Pompeyo se inspiró directamente en el teatro de Mitilene), pero pueden reconocerse ciertos caracteres puramente romanos. Cuando aparece en Roma, a mediados del siglo I antes de nuestra era, la técnica de los teatros ya es el producto de una larga adaptación de los modelos griegos, y los teatros augustales (restauración del de Pompeyo, y teatro de Marcelo) ya anuncian los anfiteatros gigantescos del futuro: el Coliseo y todos los que se levantarán en las ciudades provincianas.

El «siglo de Augusto» conoció, como vemos, una gran actividad arquitectónica. Reanudaba las tradiciones anteriores a las guerras civiles, al tiempo de Sila, que había visto formarse un estilo «itálico», y a veces es difícil reconocer a primera vista, la fecha de tal o cual fragmento, o de tal o cual edificio, que nos de-

vuelven las excavaciones. Sin embargo, la técnica de los revestimientos es más regular en tiempos de Augusto que tres cuartos de siglo antes. Las construcciones de Sila comportaban, por encima del núcleo de argamasa de casquijo central de los muros, un revestimiento de pequeños cubos de toba, irregularmente dispuesto. En tiempos de Augusto, los albañiles habían adquirido la costumbre de igualar esos elementos de modo que tuvieran el aspecto de una red de juntas oblicuas, bastante parecida a una red de pesca. De ahí el nombre de «reticulado» dado a ese tipo de revestimientos. Para los grandes monumentos se recurre a la antiquísima técnica de la piedra de sillería. Los viejos materiales vuelven a gozar de favor. Sobre ese punto también Augusto se empeñó en respetar las tradiciones venerables, sobre todo en la restauración de los santuarios, como si hubiera temido «despistar» a las divinidades de antaño modernizando desconsideradamente su morada.

⋆

Augusto, orgulloso de los embellecimientos que había proporcionado a la ciudad, solía repetir que «la había encontrado de ladrillos y la dejaba de mármol». Hasta entonces, en efecto, los edificios públicos, y sobre todo los templos, estaban decorados con ornamentos añadidos de terracota. El empleo del mármol seguía siendo excepcional; su trabajo era atributo casi exclusivo de los talleres griegos. En adelante los escultores «romanos» (muchos de los cuales eran de origen helénico y se habían formado en la propia Grecia o en Oriente) trabajarán toda clase de mármoles, desde las variedades exóticas, importadas de Asia o de África, hasta los mármoles italianos, cuyas cualidades comienzan entonces a ser reconocidas.

Entre los diferentes órdenes arquitectónicos se prefiere casi exclusivamente el corintio (al menos para los templos), con sus columnas de profundas acanaladuras, sus capiteles donde se abren las hojas de acanto, sus frisos ornados de volutas. Parece

que se empeñan en poner de relieve todas las posibilidades de mármol desarrollando los elementos vegetales y la fluidez de la decoración. El monumento más característico de la escultura decorativa augustal, el Altar de la Paz de Augusto, cuya construcción fue decidida por senadoconsulto en el año 13 a. C., para celebrar la pacificación definitiva de las provincias occidentales, nos ofrece un magnífico ejemplo de ese estilo. La superficie exterior del muro colocado alrededor del altar propiamente dicho está enteramente cubierta por un verdadero bordado de mármol. Ligeras volutas de acanto están dispuestas simétricamente en relación con los ejes que subrayan tallos vegetales y, alternadamente, la nervadura principal de una hoja abierta en toda su extensión. Cada voluta termina, en el centro, con una flor: rosa, peonía o adormidera. A veces, la figura de un cisne con las alas desplegadas, el cuello graciosamente encorvado, interrumpe el desarrollo de las volutas. El cisne, pájaro apolíneo por excelencia, toma un valor heráldico, como también las coronas del laurel que se encuentran en otros puntos de la composición, pero el escultor se ha esforzado por descubrir, en las formas flexibles del pájaro, un parentesco inesperado con el movimiento de la planta. Aunque queda sometido, en su conjunto, a la geometría de un estricto ordenamiento, el artista ha conseguido darle una libertad que excluye toda impresión de artificio. No sólo ha introducido pequeñas variaciones que suprimen toda simetría intempestiva, sino que la «materia» misma de la planta se expresa con una rara felicidad y una rara verdad. En fin, no ha vacilado en animar esos follajes con una vida secreta, poniendo, aquí y allí, lagartos, insectos y pájaros.

El mismo sentido de la vida, el mismo realismo alegre aparecen en otro motivo del Altar: las guirnaldas de hojas, espigas y frutos que adornan la parte superior del friso, en el interior del monumento. Esas guirnaldas son, sin duda, un tema muy viejo, familiar al arte helenístico, pero están tratadas dentro de un es-

píritu nuevo; cuelgan según un ritmo amplio, sujetas, de tarde en tarde, por un *bucráneo* esculpido (o sea, el esqueleto descarnado de una cabeza de buey, resto de un sacrificio), apenas separadas del fondo en los puntos de sujeción, en saliente más acentuada hacia el medio de su curva. Ese motivo adquiere aquí una evidente significación religiosa; son, por sí solas, un acto de reconocimiento y una plegaria. Augusto ha devuelto a los hombres la alegría de vivir. Gracias a él, los dioses han hecho la paz con los mortales; los cultos antiguos han vuelto a encontrar su eficacia y, por la intercesión del príncipe, la divinidad recompensa a los hombres dando a sus campos la prosperidad y la abundancia maravillosa de la edad de oro. Ante esta magnificencia, se piensa en los versos de las *Geórgicas* en los que Virgilio cantaba, veinte años antes, la fecundidad de las campiñas italianas.

Una vez más pensamos en Virgilio al mirar el gran friso y los relieves que representan personajes, y que constituyen la decoración principal del Altar. A la izquierda de la entrada, del lado este, una composición representa una figura femenina sentada, con dos niños y frutas en su regazo; a sus pies, una ternera y un cordero; a su derecha, una divinidad marina, y a su izquierda el genio de un río, apoyado sobre un cisne con las alas desplegadas. Es probable que el artista haya querido figurar de este modo a Italia entre el mar y las aguas vivificantes de los ríos, nutriendo a los dos gemelos divinos, Rómulo y Remo, antepasados de la ciudad. La intención simbólica no ha dañado ni la vivacidad ni el frescor del cuadro. Hubiera podido temerse que la ideología augustal diera nacimiento a un arte sobrecargado de alegorías y un poco declamatorio. De hecho no puede dejarse de reconocer hasta qué punto todas las composiciones resultan aligeradas y simples. Incluso los relieves «históricos» (los que tratan de fijar una escena o relatar un acontecimiento) establecen una separación entre los personajes y los subordinan unos a otros sin recargarlos. Las actitudes permanecen serenas; los gestos están fijados

no en su ímpetu, sino en el momento en que concluyen. Los temas de predilección son las escenas de sacrificio: el sacrificante, con un pliegue de la toga sobre la cabeza, está delante del altar; uno o dos *camilli,* que lo asisten, le tienden un plato colmado con las primicias y el vaso que contiene el vino de la libación. Las víctimas, un toro, un puerco o una oveja, según el rito, despreocupados de la suerte que les espera, no oponen resistencia alguna; su misma docilidad, deseada por la divinidad, garantiza la eficacia de la ofrenda. El momento elegido no es el más dramático; es el instante de plegaria y de recogimiento que precede al sacrificio, como si al artista le repugnara lo pintoresco y lo violento.

El gran friso que ocupa la parte interior del muro del Altar de la Paz desarrolla una larga procesión que nos restituye la atmósfera de las solemnidades religiosas y de la religión de Estado. Allí se ven los lictores con sus fasces, precediendo al príncipe; luego, el grupo de las Vestales y el colegio de los Flámines y, detrás de los personajes oficiales, marcha toda la familia imperial. Reconocemos a Livia, a Agripa, a Julia, con sus dos hijos, Gayo y Lucio César, aún más jóvenes, incómodos en sus vastas togas pretextas, y visiblemente (al menos, el más joven) impacientes por que acabe la ceremonia. Finalmente, aparece la procesión de senadores y sacerdotes. La impresión general ante esa procesión, que hubiera podido ser de una monotonía desesperante, es, por el contrario, de variedad y movimiento. Un personaje se da vuelta, una mujer con un dedo sobre los labios hace señas a un niño para que observe el silencio ritual; las miradas no son uniformemente paralelas; sus direcciones se cruzan y crean una ilusión de profundidad. Volvemos a encontrar aquí la misma conciliación de las dos tendencias profundas del siglo: una gravedad algo solemne y, pese a todo, el sentido agudo de la verdad y de la vida.

Ese realismo en la figuración de los personajes era desde hacía mucho tiempo una tradición de la escultura romana. Existía un arte italiano del retrato, creado quizá en los talleres de Etruria, desarrollado para responder a las exigencias nacidas de las costumbres funerarias y del culto familiar romano, y que conoció, en la época de Augusto, un auge extraordinario: la gran procesión del Altar de la Paz puede considerarse como una galería de retratos individuales y resulta, si no fácil al menos posible, reconocer allí las principales personalidades de la corte. Todos los museos de Europa poseen importantes colecciones de semejantes retratos augustales, bustos cuya veracidad nos está garantizada por la comparación con las efigies grabadas en las monedas. La preocupación por el parecido es tanta, que es posible encontrar, de un busto a otro, tal o cual rasgo familiar que basta para permitir la identificación de los personajes, incluso independientemente de los testimonios numismáticos. De ese modo, los rasgos de Livia, en un busto de la gliptoteca Ny-Carlsberg, resultan auténticos en comparación con los de su hijo, el emperador Tiberio. Pero la serie más rica y más emocionante es la de las estatuas del propio Augusto.

El príncipe fue representado en muchas ocasiones y el culto que se profesaba a su persona incitó a los artistas a no contentarse con uno o dos tipos oficiales, sino a reproducir su rostro en todos los períodos de su vida. Es así que poseemos dos retratos de Octavio aún joven, en el momento en que venía de Apolonia de reivindicar la herencia de su padre adoptivo. Sabemos que Suetonio, un siglo después de la muerte de Augusto, descubrió una estatuilla que incluso representaba al «dios Augusto» niño, antes de su adopción por César. Era un pequeño bronce en cuyo zócalo estaba incrustado, en letras de hierro, su primer *cognomen* de *Thurinus*. Suetonio se lo obsequió al emperador Adriano, quien lo colocó entre las divinidades de su larario personal. En la serie de las grandes estatuas de Augusto que han llegado a nosotros se

puede seguir la evolución de la edad, a pesar de la convención que tendía a conservar a los héroes destinados a la apoteosis una apariencia de eterna juventud, que es la de los dioses. A pesar de eso, existe algún busto con los labios delgados, con la frente ligeramente arrugada, para dejarnos adivinar lo que fueron en ciertos momentos las angustias del poder y también los estragos de las enfermedades que, en varias ocasiones, hicieron temer por su vida. Una vez más, aquí el realismo romano ha sabido conciliar la verdad, reveladora del alma, y la preocupación de expresar la majestad sobrehumana del emperador.

*

Pero ocurre en el arte augustal lo mismo que en la poesía de aquel siglo. A despecho de su gravedad, no ha olvidado las lecciones de la edad alejandrina, así, al lado de las estatuas encontramos retratos, relieves religiosos o históricos, obras más ligeras. Hace algunos decenios, la buena fortuna de los arqueólogos nos devolvió una rica morada romana, construida a orillas del Tíber, tal vez alrededor del año 20 a. C., y a la que un súbito abandono preservó de las modificaciones y restauraciones intempestivas. Esa villa, llamada «de la Farnesina», nos ha entregado notables conjuntos decorativos, de los cuales unos están constituidos por relieves en estuco y otros por grandes frescos pintados. Los primeros, de una ejecución extremadamente fina y delicada, representan paisajes que parecen salidos del idilio. Vemos allí una campiña poblada de pequeños santuarios, sobre todo tumbas, entre los cuales se levantan casas rústicas. Muchos temas parecen de origen oriental, y se adivinan, detrás de tal o cual silueta de torre o de pórtico poligonal, modelos egipcios o asiáticos. Un viejo árbol ha echado una rama bajo el arquitrabe de una puerta; una palmera se eleva, rodeada de una baja empalizada. Ambos son, sin duda, aquellos árboles sagrados en los cuales los campesinos colgaban guirnaldas y a los que respetaba el arado al trazar el surco. Por doquier, personajes, o más bien siluetas rápidamen-

te esbozadas, añaden una extraordinaria animación. Una mujer apoyada en la puerta de una tumba parece meditar, mientras que, no lejos de allí, un hombre aparece en pie sobre una roca pescando con una caña, al tiempo que otro está a punto de lanzar su red. Gravemente, un niñito corretea sobre un puente tendido por encima del río, y su madre, vigilante, acompaña su arriesgado paseo. En otra parte, una sirvienta sigue a su ama llevando en la cabeza una vasija llena, quizá, con el agua necesaria para el cumplimiento de algún rito piadoso en la tumba cercana. Los dioses y los muertos están presentes por doquier en aquella naturaleza que hace pensar irresistiblemente en las descripciones virgilianas, pero también en los pequeños poemas de la antología griega. Sin duda, nos equivocaríamos si quisiéramos descubrir un sentido místico bien preciso detrás de esas imágenes. El salón cuyo techo adornaban no era una capilla ni un oratorio, sino una sala donde los habitantes de la casa hacían su vida cotidiana. Y les agradaba encontrar a su alrededor la presencia de la naturaleza. Quizá, para nuestro gusto, el paisaje esté demasiado lleno de personajes y de «tramas», pero no es la única vez en la historia del arte que la naturaleza necesita la presencia humana para que la comprendan. Los romanos, al igual que los alejandrinos, viven en villas inmensas; si sienten la nostalgia de la campiña, es preciso que ese paisaje sea amable y esté animado para que no les parezca un «desierto horroroso». Las mil divinidades, las almas que frecuentan las tumbas y los santuarios rústicos son como un pueblo familiar, intermediario entre la sensibilidad de los hombres y las potencias misteriosas, algo pavorosas, que encubren la tierra y las aguas. La religiosidad, naturalmente panteísta, de los romanos, vuelve a encontrarse aquí como se la encuentra en una *Oda* de Horacio o en los versos de Virgilio. Es evidente que también muchas veces Ovidio piensa en esta Naturaleza de paisaje «idíli-

co» en sus descripciones. Las *Metamorfosis* debían gustar porque, más de una vez, desarrollaban las maravillosas aventuras legendarias en un decorado que era el mismo de la vida cotidiana.

Los relieves de la Farnesina están muy próximos a los paisajes de la pintura. Sus motivos se encuentran no sólo en los frescos de la misma «villa», sino también en otra morada privada de la misma época que fue probablemente la propia casa de Augusto en el Palatino. Esta casa (generalmente conocida con el nombre de «Casa de Livia») nos ofrece los ejemplos más claros de lo que se llama el «segundo estilo» de la pintura pompeyana. La superficie del muro, en vez de estar decorada en sí misma, está «abierta» por ventanas representadas en una falsa perspectiva y a través de esa abertura imaginaria se descubre ya sea una escena mitológica (por ejemplo, la aventura de Io, transformada en ternera y vigilada por Argos, pero el dios Mercurio aparece detrás del túmulo en que está apoyada la joven; empuña la espada y ya se sabe que está a punto de degollar al guardián demasiado vigilante), ya sea un paisaje, esta vez formado por un solo santuario, aislado en medio de un bosque salvaje. Pero, paisaje o escena de género, el cuadro siempre tiene por tema principal una visión de la Naturaleza.

Sólo con ver semejantes conjuntos, adivinaríamos que los contemporáneos de Augusto debían ser unos apasionados de los jardines. La prueba de ello nos la proporciona la pintura decorativa de esta época, con dos ejemplos igualmente célebres: los frescos del *auditorium* de Mecenas, en el Esquilino, y los de la Villa de Livia, en Prima Porta, no lejos de Roma, en la vía Flaminia. Aquí como allá, una sala subterránea —probablemente destinada a servir de salón durante los días calurosos— estaba adornada con pinturas que representaban un jardín. A lo largo de las paredes, una valla baja parece correr por delante de los macizos y los bosquecillos (lo que entonces llamaban una *silva*, un «boscaje»). Adelfas, arces, pinos jóvenes aún pequeños, limoneros, na-

ranjos, laureles, forman una maleza impenetrable. En la hierba, entre los troncos, flores vivamente coloreadas; en las ramas aparecen frutas: naranjas, limones, pero también manzanas y membrillos. Sobre la valla hay unos pájaros posados; un loro, en una jaula, añade una nota exótica. Imaginamos que en la misma sala unas fuentes contribuían con su frescura y murmullos. Más tarde, Séneca compadecerá irónicamente a Mecenas, atormentado por el carácter desabrido de su mujer, porque sólo había podido dormir oyendo el rumor del agua que corre, o bien el sonido de una música lejana. Suntuosos refinamientos que parecen culpables al filósofo, pero que aparentemente no desconocía la severa Livia, y que responden al gusto de todo el siglo más que a los de un solo hombre.

Naturalmente, los jardines reales se parecían a esos jardines ilusorios de que gustaban rodearse. Es el momento en que se construyen casas de recreo en las afueras de Roma, y en que se abandona cada vez más el viejo *atrium* a la moda antigua por los vastos peristilos plantados de bosquecillos. Al propio Augusto le gustaban los árboles hermosos. Si su habitual afectación de austeridad no se lo hubiese impedido, de buen grado se habría hecho construir jardines. Pero se conformaba con los frescos de su morada sobre el Palatino, o bien, cuando se le antojaba, se iba a residir por un tiempo en la villa de algún liberto cuyo lujo desafiaba impunemente el escándalo.

El arte augustal, como vemos, no contradice ninguna de las conclusiones a que nos condujo el examen de la literatura. En ambos terrenos aparecen las mismas aspiraciones, las mismas tendencias, a veces contradictorias: ligereza y gracia al lado de la antigua «gravedad», pero por todas partes, a pesar de las afectaciones, de las influencias ejercidas por los modelos helénicos, hay un sentido del objeto y un don de expresar la originalidad de cada cosa, que figuran entre los más preciosos aportes del espíritu italiano. Al mismo tiempo, de ese universo plástico o poético ema-

na una impresión de mesura y de calma, como de una fuerza consciente y segura de sí misma, bien diferente, en aquella edad clásica, de la exuberancia ya romántica de la que dará testimonio, dos generaciones más tarde, el «barroco» neroniano y flaviano.

V
La paz augustal

No es casualidad que el monumento más acabado y característico del arte augustal sea un altar levantado a la Paz. La obra de Augusto fue esencialmente una obra de pacificación, no sólo en el interior, restableciendo, a veces por coacción, la «concordia de las clases» con la que soñaba Cicerón, sino también en las provincias y sobre todo en las fronteras. La larga crisis de las guerras civiles se produjo poco después de que unas campañas victoriosas, en Oriente y Occidente, anexionaran al Imperio territorios considerables: César acababa de conquistar las Galias y de reconocer la Bretaña; hacía sólo unos quince años que Pompeyo había puesto definitivamente fin a la lucha contra Mitrídates, quien por un momento estuvo a punto de sublevar contra Roma a todo el mundo helénico. Los territorios conquistados al rey del Ponto están aún lejos de ser integrados en su totalidad al Imperio; la fidelidad de los reyes vasallos en Asia se revela vacilante y, en el momento de Accio, Antonio no ha conseguido restaurar plenamente el prestigio romano en todo el Oriente. En todos los puntos, cuando Augusto toma el poder, debe hacer frente a graves problemas.

La continuación de la guerra contra Cleopatra había arrastrado a Octavio victorioso hasta Alejandría. Su primera tarea fue anexionar Egipto, del que hizo, no una provincia ordinaria, sino un territorio directamente unido al dominio imperial y gobernado por un «prefecto», que era el representante personal del príncipe. El primer prefecto, Cornelio Galo (también un poeta, amigo de Virgilio, quien le dedicó las *Geórgicas* en primer lugar), quedó encargado de garantizar la seguridad del país. Galo paseó victoriosamente las armas romanas hasta Filas (no lejos de Asuán), pero, lleno de orgullo, aceptó homenajes desmesurados y Augusto no tardó en retirarle el favor. Le correspondió a uno de sus sucesores, C. Petronio, imponer —después del año 25 a.

C.— la autoridad de Roma a los saqueadores etíopes, quienes, en el invierno del año 21 al 20 a. C., hicieron acto de sumisión, al menos teórico, a Augusto. Éste había intentado, desde el año 25 a. C., establecer su protectorado en la otra orilla del mar Rojo, en el país de los sabeos, en la Arabia Feliz. Elio Galo, que fue encargado de la expedición, mal aconsejado, mal guiado, trató de alcanzar la región de Adén a través del desierto que se extiende al este del mar Rojo. Sin duda consiguió fáciles éxitos frente a indígenas apenas armados, pero sus tropas, diezmadas por la falta de víveres frescos, debieron finalmente replegarse sin haber obtenido gran resultado. Al emprender lo que, en suma, no fue sino una exploración sin futuro, Augusto tenía por objeto probablemente llegar a la región de donde provenían los perfumes y las especias, con los que se hacía un gran comercio en el interior del Imperio y cuyo precio estaba desmesuradamente recargado por los caravaneros, lo que acarreaba salidas masivas de monedas de oro, sin ninguna contrapartida. Puede ser que también cediera a la curiosidad de conocer países cuyas maravillas pregonaba la tradición.

Pero en realidad ni los confines egipcios, ni las relaciones con Arabia Feliz, planteaban problemas estratégicos. Los desiertos formaban límites naturales infranqueables. No sucedía lo mismo con los territorios asiáticos, desde Palestina al Cáucaso. Instalados desde hacía varios siglos en Asia Menor, y luego en Siria, los romanos habían constituido allí dos provincias rodeadas de una franja de estados vasallos. El principal peligro, aun haciendo abstracción de las zonas disidentes extendidas en las regiones montañosas de Anatolia, residía en el vasto imperio parto que se había formado al este de las posesiones y protectorados romanos, un imperio feudal sin unidad interior, incapaz de amenazar verdaderamente el poderío romano pero que hostigaba sin cesar a las regiones sometidas y acogía todas las tentativas de rebelión. El pensamiento de César había sido recomenzar la epopeya de

Alejandro sometiendo a los partos, y la opinión pública esperaba de Augusto que vengara, por lo menos, el desastre de Craso. La prudencia disuadió de esta empresa al príncipe. Se esforzó en arreglar el problema sólo por medios diplomáticos. Entre el rey parto Fraates y él hubo una larga sucesión de presiones, de amenazas, de demostraciones militares que culminaron en el año 20 a. C., con la entrega por los partos de las insignias conquistadas a las tropas de Craso. Pero, para ello, Augusto debió encargar a Tiberio la organización de una verdadera expedición contra Armenia, donde instaló un rey vasallo, a fin de sustraer el país a la influencia parta. Este éxito, en realidad modesto, fue presentado al Senado romano como una gran victoria. Se habló de «conquista», y Augusto aprovechó para declarar solemnemente que el Imperio había alcanzado sus límites naturales y que no se extendería más allá. La operación se completó con la instalación de otro rey afecto a Roma en la Media Atropatena (el actual Azerbaiján). Parecía que se había establecido definitivamente una «marca» romana quedando la frontera asiática protegida con eficacia.

Desafortunadamente, una serie de revoluciones interiores no tardó en volver a abrir Armenia a los partos. Las tropas romanas enviadas para instalar un nuevo rey fueron rechazadas en el año 1 a. C., y Augusto encargó a su nieto Gayo que restableciera la situación. Una vez más, los ejércitos romanos pusieron en el trono a un rey vasallo, pero Gayo fue tan gravemente herido que debió retirarse y no tardó en morir. Armenia se mostraba decepcionante. Al final del reinado de Augusto y a pesar de los cantos de victoria entonados treinta años antes, el país estaba sin rey, en plena anarquía y más que nunca sometido a la influencia parta. Mal que bien, Roma acabó por admitir que el Éufrates constituyera la frontera común de los dos imperios. Fue en una isla del

río, donde Gayo, en «terreno neutral», tuvo una entrevista solemne con el rey Fraates. La diplomacia aseguraba una estabilidad relativa en una región que las armas no podían conquistar.

Más al norte, la ocupación romana había progresado a lo largo de las costas del mar Negro, en aquel reino del Ponto de donde antaño había partido Mitrídates. Allí, Polemón, un rey vasallo, había extendido, por breve tiempo y bajo la égida romana, su poder hasta Crimea a fin de proteger a los países helenizados contra los saqueadores escitas y asegurar el comercio del trigo, tan importante para el abastecimiento del Imperio. Por ese lado, Augusto consiguió organizar alrededor del mar Negro una defensa sólida.

Finalmente, al sur de Siria se había formado, en tiempos de Antonio, un reino judío en manos de un príncipe extranjero, el idumeo Herodes. En el año 37 a. C., Herodes tomó Jerusalén y puso fin al gobierno de los sumos sacerdotes. Augusto secundó gustoso los esfuerzos de Herodes, quien se había enfrascado en la tarea de sacar a Judea de su aislamiento espiritual y de asegurar el gobierno de un pueblo que tenía reputación de ingobernable. Pero, a la muerte del rey, el año 4 a. C., el país cayó otra vez en la anarquía, y dos legaciones —una de samaritanos y otra de judíos— viajaron a Roma para reclamar su integración en el Imperio. Y en el año 6 d. C. Judea se convirtió en provincia incorporada a Roma bajo el mando de un procurador.

Tal fue, a grandes trazos, la política oriental de Augusto. Evitaba las aventuras, esforzándose por organizar las conquistas anteriores y asegurando en todas partes el restablecimiento o el mantenimiento del orden, según métodos de gran elasticidad. Al hacer eso, los romanos no sustituían, en Oriente, una civilización por otra: la obra de helenización, comenzada en tiempos de Alejandro, proseguida por los reyes helenísticos, interrumpida o contrariada en tiempo de las innumerables guerras que precedieron e impusieron la intervención de Roma, fue retomada y con-

tinuada después del establecimiento de la paz. Augusto aparece, en esas provincias, de forma muy natural, como el sucesor lejano de Alejandro. Le levantan por todas partes altares y templos, como era costumbre levantarlos a los Ptolomeos, a los Seléucidas y a los demás príncipes. Pronto los grandes centros del pensamiento griego —Alejandría, Pérgamo, Antioquía— conocerán un esplendor comparable al del pasado. La cultura «romana» es aquí idéntica a la cultura helenística, a la que no suplanta, sino que sólo se esfuerza en promover.

*

La mitad oriental del Imperio, sea cual fuere su importancia, estaba considerada a los ojos de los italianos como una «posesión de ultramar». Geográficamente, Roma e Italia pertenecen a Occidente, y la opinión pública temía a veces que el prestigio histórico y la riqueza de las provincias helénicas tendiesen a desplazar el centro de gravedad del mundo romano y a desposeer a Roma de la preeminencia. Ese temor se abrió paso en tiempos de César. Reapareció (en parte por la acción de la propaganda de Octavio) durante la lucha contra Antonio, y hemos visto que la oposición le atribuyó por un momento el mismo designio a Augusto. Toda la política del principado tuvo precisamente por objeto restablecer ese equilibrio amenazado, organizando las provincias occidentales de modo más sólido que en el pasado y también «soldándolas» más íntimamente a Oriente.

La primera preocupación de Augusto fue acabar la pacificación de la Galia y de España, donde aún subsistían varias regiones disidentes. Los diez primeros años del principado se consagraron a esa tarea. En Galia, la ciudad de Lyon (*Lugdunum*), fundada en el año 43 a. C., no tardó en ser capital federal. Situada en el punto de encuentro de las tres grandes divisiones del país (la Céltica, la Aquitania y la Narbonense), esa ciudad fue el centro de donde irradió la romanización. Augusto residió tres años en Galia. Un año después de su partida, Druso estableció, en la

confluencia del Saona y del Ródano, un altar consagrado a la divinidad de Roma y de Augusto (12 a. C.). Desde entonces, el primero de agosto de cada año (día del aniversario de la toma de Alejandría), todas las ciudades galas enviaban diputados a ese lugar para ofrecer un sacrificio solemne.

Entre Roma y Galia las comunicaciones se hacían ya sea por mar, ya a lo largo de la ruta costanera. La mayoría de los pasos alpinos eran inaccesibles, y las tribus de la montaña hacían pesar una constante amenaza tanto sobre la Galia Cisalpina como sobre las regiones pacificadas de la Narbonense. Una serie de expediciones consiguió reducirlas. A partir del año 25 a. C., los salasios del valle de Aosta fueron masacrados, y los sobrevivientes, vendidos como esclavos. Nueve años después, P. Silio Nerva pacificó los valles que se extienden al este del lago de Garda. Había llegado el momento de proceder a una conquista total. Fue llevada a cabo, en el año 15 a. C., por dos columnas, una de las cuales, con Druso, partió del sur, subió por el valle del Adigio y, quizá por el paso del Brénero, alcanzó el valle del Inn; la segunda columna, conducida por Tiberio, partió de Galia, marchando hacia el este. Tiberio alcanzó una victoria cerca del lago de Constanza y se unió a Druso a orillas del Danubio. Esta campaña permitió la formación de nuevas provincias, que tomaron el nombre de Retia y Nórica. La primera comprendía, con su anexa la Vindelicia, la Suiza oriental, el norte del Tirol y el sur de Baviera; estaba colocada bajo la autoridad de un prefecto de rango ecuestre, que disponía de dos legiones estacionadas en Augsburgo (*Augusta Vindelicorum*). La segunda era un antiguo reino vasallo, situado inmediatamente al este de la Retia, que se extendía hasta el Danubio. Las exigencias de la seguridad y de las comunicaciones en el interior del macizo alpino habían arrastrado poco a poco a las legiones a controlar el Danubio desde su fuente hasta Viena.

El sur de los Alpes fue igualmente organizado. En el año 14 a. C., se crea la provincia ecuestre de los Alpes Marítimos, mientras los Alpes Cotianos (región del Monginebra) eran confiados a un joven príncipe autóctono, M. Julio Cotio, quien reinó en la comarca con el título oficial de prefecto. En el año 6 a. C., Augusto pudo levantar, en el punto más elevado del camino costanero, en La Turbie, un trofeo que celebraba su victoria sobre todas las poblaciones alpinas «del Mar Superior al Mar Inferior», es decir, del Adriático al Tirreno.

La inscripción de La Turbie no sólo celebra las victorias conseguidas en la parte occidental de los Alpes. Comprende en una misma fórmula otras operaciones además de las que hemos evocado, en particular la guerra de Panonia, conducida entre el año 13 y el 9 a. C. por Agripa y Tiberio. Las anexiones precedentes tenían por objeto enlazar más sólidamente Italia y las Galias. La guerra de Panonia respondió a la necesidad de «soldar» Italia con las provincias orientales.

Octavio no era más que triunviro cuando ya se había esforzado por ensanchar la zona ocupada en la provincia de Iliria, en la orilla oriental y septentrional del Adriático. No sólo había que mantener sólidamente los pasos de los Alpes Julianos para cerrar a los eventuales bárbaros llegados de Europa Central el acceso a Venecia, sino que era necesario establecer una línea de comunicación segura, por vía terrestre, con las provincias balcánicas. Hasta Augusto, la ruta ordinaria de Grecia y de Asia pasaba por Brindisi e incluía un trayecto marítimo. Ese vínculo resultaba precario y, sobre todo, no era suficiente para un transporte masivo de tropas si surgía de pronto esa necesidad. Y sin embargo, era el único lazo entre Roma y su dominio oriental. Al este del Adriático, la ocupación romana no iba más allá de la barrera de los Alpes Dináricos, y es sabido que no había ruta practicable a lo largo de la costa dálmata. De modo que la primera preocupación de Augusto fue asegurar esa indispensable «carretera» entre

Venecia y Macedonia. La ocupación de Siscia (Sisak), la fundación de la colonia de Emona (Laibach), que instalaba a los romanos en el río Save, fueron los primeros hitos de la empresa. La guerra de Panonia, llevada a cabo contra los bracios, instalados en los valles medios del Save y del Drave, condujo a los romanos hasta el curso medio del Danubio y prolongó así hacia el este, por la provincia de Mesia, las anexiones realizadas seis años antes con la Retia y la Nórica. El objetivo principal había sido alcanzado: Macedonia se hacía directamente accesible, por vía terrestre, a través del Ilírico, la nueva provincia de Panonia (Hungría occidental) y la Mesia.

La guerra de Panonia todavía no había comenzado cuando las legiones romanas intentaban penetrar en el norte de Germania y alcanzar la región del Elba. Las razones de esta nueva empresa, aparentemente en contradicción con la política pacífica de Augusto y su aversión por las conquistas inútiles, parecen a primera vista oscuras. Sin embargo, el hecho de que Druso, a quien le fue encomendada esta empresa, comenzara las operaciones hacia la época en que Tiberio entraba en acción en Panonia parece indicar a las claras que las dos guerras dependen de un mismo plan. En efecto, era muy tentador concebir una frontera establecida sin interrupción desde las bocas del Elba hasta el Danubio, según una línea jalonada hoy por Hamburgo, Leipzig, Praga y Viena. Esa frontera hubiera presentado la ventaja de ser más corta que la renana, que era la de la Galia conquistada por César, y de permitir movimientos más rápidos a partir de Iliria. Además, la facilidad con que César se aseguró el dominio de la Galia —en unas condiciones al parecer análogas— parecía prometer una ocupación rápida y segura.

Las primeras operaciones parecieron responder a esas esperanzas. Druso, en una serie de campañas llevadas a cabo del año 11 al 9 a. C., penetró profundamente en Germania, alternativamente por el valle del Lippe, a partir de su base de Vetera (cerca de

Xanten), y por el del Meno, a partir de Mogontiacum (Maguncia). Ayudado por una flota que reconoció la costa hasta Jutlandia, obtuvo varios éxitos, sometiendo a diversos pueblos germánicos, pero cuando regresaba de las orillas del Elba, en el año 9 a. C., murió accidentalmente. Tiberio acababa de terminar la guerra de Panonia; Augusto le encomendó continuar la obra de su hermano, y tras dos años pudo parecer que Germania estaba conquistada. Un altar de Roma y de Augusto fue levantado entre los ubios, en Colonia. Se había completado una primera etapa.

Sin embargo, el optimismo oficial distaba mucho de estar justificado. Las operaciones de Druso y Tiberio no habían constituido más que unos cuantos «raids» y era demasiado pronto para hablar de anexión. Eso se vio cuando una tribu del valle del Meno, los marcomanos, conducida por su jefe Marobod, quien se había formado en Roma, emigró en masa y se instaló en Bohemia. Marobod consiguió, en algunos años, crearse un reino cuya influencia se extendió, hacia el norte, hasta el curso medio del Elba, y que pronto constituyó una seria amenaza. En esa época Tiberio vivía en su exilio voluntario de Rodas, y parece que los ejércitos romanos estaban en pleno período de reorganización. Hubo que marcar un compás de espera. Sólo en los alrededores del comienzo de nuestra era pudieron reanudarse las operaciones. Hacia el año 2 a. C., L. Domicio Ahenobarbo, partiendo del Danubio, llevó a cabo el primer enlace militar con el alto valle del Elba, donde erigió un altar a Augusto. Y, a partir del año 4 d. C., Tiberio prosiguió la conquista de la Germania septentrional, alcanzando a su vez, con ayuda de la flota, el curso inferior del río. Parecía llegado el momento de dar el último golpe y de anexar el reino de Marobod. De hecho, las operaciones combinadas contra éste comenzaron en el año 6 d. C. Una columna partió de Maguncia en dirección a Nuremberg. Otra subió hacia el norte, a través de la Iliria y la Nórica, para alcanzar

la primera. Pero, en el momento del asalto final, todo quedó comprometido por el alzamiento de la Iliria. Tiberio se apresuró a concluir con Marobod una paz que reconocía a éste como rey y «amigo del Pueblo romano», pero lo dejaba de hecho independiente, y durante tres años debió hacer frente a los insurrectos. La lucha fue extremadamente dura, y en ciertos momentos pudo parecer que incluso la suerte del Imperio se hallaba en juego. Augusto conoció horas de desaliento. Sin embargo, la porfía de Tiberio acabó por vencer a los ilirios, y en el año 8 d. C. obtuvo su capitulación. Pero esa insurrección puso término a la esperanza de constituir un gran *limes* del Elba al Danubio. El mismo año en que Tiberio celebró su triunfo, en 9 d. C., un desastre sin precedentes aniquiló el ejército de Germania, cuyo jefe, Varo, se dejó sorprender en el bosque de Teutoburgo por el joven jefe querusco Arminio. El sueño de Augusto se derrumbaba. Fue menester replegarse a la orilla izquierda del Rin.

⋆

Si dejamos de lado la insurrección iliria del año 6 d. C., el reinado de Augusto sólo conoció actividades militares limitadas a las fronteras; pero, en conjunto, el balance sugiere que el Imperio se halla en plena expansión. Los diez párrafos del testamento del príncipe consagrados a las diversas expediciones muestran a Roma en contacto con pueblos tan lejanos como los etíopes, los árabes de Adén y los cimbrios de Jutlandia o los senones, establecidos entre el Elba y el Oder. Embajadas llegadas de la India, de la Escitia y del Cáucaso buscan la amistad romana. Sin embargo, se trataba simplemente de éxitos diplomáticos; y Augusto lloró hasta el final las legiones de Varo. Roma no había alcanzado fronteras sólidas ni en Germania, ni en Armenia; los proyectos tanto tiempo madurados desembocaban en un fracaso irreparable.

No obstante, sería injusto juzgar por este fracaso la obra inmensa realizada por Augusto y sus colaboradores. El conjunto del Imperio permaneció en una paz profunda y conoció una unidad sin precedentes. Hasta entonces, las provincias eran administradas mal que bien por gobernadores, antiguos cónsules o pretores, más preocupados por mantener su posición política en la misma Roma que por el bienestar de sus administrados. Para algunos, un gobierno provincial era un mal necesario, una etapa que deseaban tan corta como fuera posible en la carrera de los honores. Para otros, una provincia no era más que un terreno de caza donde adquirir muy pronto el dinero necesario para pagar sus deudas y comprar a los electores. Los gobernadores honestos (los había) no permanecían bastante tiempo en el cargo para adquirir la experiencia necesaria, y sus buenas intenciones quedaban las más de las veces sin efecto. Para los «caballeros», es decir los ricos romanos que no habían querido intrigar para conseguir una magistratura o que no poseían la fortuna necesaria para entrar en el Senado, las provincias representaban un vasto campo donde ejercer actividades provechosas. Muchos se hacían «publicanos», es decir, tomaban en arrendamiento la recaudación de los impuestos que, generalmente, dejaba sustanciales beneficios.

Augusto, continuando la política de César, se esforzó por transformar ese sistema de administración, que era poco menos que una explotación de las poblaciones conquistadas. Las sociedades de publicanos, muy agotadas por las exigencias de Pompeyo, quien les pidió en su favor un esfuerzo financiero considerable, vieron que se les retiraba el cobro de los «diezmos» de la provincia de Asia, su mejor recurso. Apenas se les dejaron los impuestos indirectos, que daban menores beneficios. Al mismo tiempo, el príncipe reorganizó la orden de los caballeros. En su origen, esta orden comprendía la élite de los ciudadanos, los que eran bastante ricos para satisfacer las necesidades de una cabalgadura. Poco a poco, el término se convirtió en una designación

cómoda que encubría a la «segunda clase» de la ciudad, una especie de aristocracia del dinero, sin ninguno de los privilegios políticos de la verdadera nobleza, que seguía siendo la de los senadores. Augusto insistió en devolverles su carácter militar. Cada año, el 15 de julio, pasaba en Roma una especie de revista, en el curso de la cual cada caballero se mostraba con su caballo. Pero, después de cumplir los treinta y cinco años, el caballero podía renunciar a su papel militar y quedaba disponible para desempeñar funciones públicas. De este modo se constituyó una clase de administradores, de la que Augusto sacó partido ampliamente. Les confió en particular el cuidado de administrar sus intereses financieros en sus dominios y también en las provincias. Así, los caballeros reemplazaron, como funcionarios a sueldo, a las antiguas compañías de publicanos en la recaudación de todos los impuestos directos (el *tributum soli*, impuesto recaudado en las provincias a los arrendatarios de tierras pertenecientes al dominio público; el *tributum capitis*, impuesto personal, que se exigía en las mismas condiciones a toda persona cuyas rentas no provenían de la tierra; tradicionalmente, Italia estaba exenta de todo impuesto directo). Poco a poco acabó por constituirse una verdadera «carrera ecuestre», con sus grados y sus ascensos. En la cúspide se hallaban la «prefectura de Egipto» (el *praefectus Aegypti* no era más que el «gerente» del país por cuenta del emperador), la «prefectura de la anona» (es decir, después del año 6 d. C., el cuidado de asegurar el abastecimiento de Roma), la «prefectura de los Vigiles» (dirección de los servicios de policía y de protección contra incendios, en Roma —esto, después del año 6 d. C.—), y las diversas «procuradurías» (gobierno de ciertas provincias de rango ecuestre y dirección de grandes servicios financieros provinciales). Prefectos y procuradores podían seguir mucho tiempo en el cargo y adquirir toda la experiencia deseable. Por lo general, los procuradores nombrados por Augusto permanecieron en función en la época de Tiberio. Aquellos caballeros que preferían

conservar una actividad privada emprendían operaciones comerciales (con frecuencia se agrupaban en compañías) o incluso fundaban verdaderas fábricas. De este modo Augusto liberó a toda una clase media, que pronto contribuyó muy eficazmente a la prosperidad general.

La aristocracia tradicional había sufrido mucho por las guerras civiles. Pero ya César se había preocupado por guarnecer de nuevo las filas del Senado. Lo hizo incorporándole provincianos. Augusto prolongó la misma política, mostrándose más respetuoso de las tradiciones romanas. La duración de su reinado y su habilidad le permitieron captar a los supervivientes de las antiguas familias. Al punto que el Senado volvió a ser, poco a poco, lo que fue al final de la República: una clase dirigente en la que se reclutaban los gobernadores. Pero éstos ya no sentían tras de sí a una plebe inquieta, ni las intrigas de las facciones rivales. Además, la voz de los provincianos era más escuchada que antaño. Cada provincia poseía su «consejo», formado por delegados elegidos por las ciudades, que se reunían periódicamente en torno al altar federal de Roma y de Augusto; si había quejas del gobernador, el consejo no vacilaba en llevar ante el emperador una querella por malversación o por abuso de poder. La causa era instruida por el Senado, bajo el control del príncipe, y toda queja reconocida como fundada destruía la carrera del culpable. Lo cual incitaba a los procónsules a la mayor prudencia.

Todas estas reformas (y los edictos de Cirene, hallados hace unos veinte años, prueban que la diligencia imperial se ejercía aun sobre provincias cuya administración estaba, en teoría, confiada al Senado) tuvieron como resultado aliviar la condición de los súbditos. La prosperidad general aumentó, y por todas partes se asistía a un auge magnífico de la industria y del comercio. Las nuevas rutas (muchas respondían inicialmente a preocupaciones estratégicas) servían al desarrollo de las comunicaciones. Los mercaderes «italianos» penetran en todas partes, precediendo a

las legiones. Ellos habían cruzado el Danubio mucho antes que los generales de Augusto. Se los encuentra en todos los puestos avanzados del Imperio: en Bactriana, en Adén, en la ruta de la India y de China. Quizá pensara Augusto sobre todo en ellos al enviar la expedición de Elio Galo a través del mar Rojo y al establecer relaciones amistosas con el reino árabe de Petra. Italia ocupa, naturalmente, un lugar privilegiado en la economía del Imperio, pero el príncipe no ejerce ninguna acción directa para protegerla. Las tasas aduaneras (*portoria*) recaudadas en las provincias no son sino simples peajes, en modo alguno derechos «proteccionistas». Sin duda, de cuando en cuando, se esfuerzan por limitar la producción provinciana de aceite o de vino, para conservar ciertos mercados a los grandes productores italianos (sobre todo a los senadores que poseían dominios en Campania), pero son excepciones. Nadie piensa en prohibir la fabricación gala, en Lezoux o en La Graufesenque, de las vasijas con relieves que imitan la alfarería italiana de Arezzo. Los tejidos ligeros de lino, de algodón o de seda, fabricados en Egipto o en Siria, entran libremente en todas partes. Y otro tanto ocurre con las cristalerías egipcias o sirias, los bronces de Delos, el papel procedente de los papiros del Nilo, las mantas, las capuchas, las telas de cáñamo, los colchones de plumas fabricados en Galia. Se bebe en Siria el vino de Campania; en Roma, el vino del Delta. Parece que el volumen total de los intercambios comerciales conoció, en pocos años, un considerable aumento, acarreando una baja general de precios y una elevación del nivel general de la vida. Plinio nos informa (con algo de indignación) que la más humilde moza de cortijo posee en su tiempo (es decir, hacia el final del reinado de Augusto, o en tiempos de Tiberio) un espejo de plata. La riqueza no es ya el privilegio exclusivo de los conquistadores. Los súbditos tienen su parte. ¿La edad de oro que predecía Virgilio habrá retornado? ¿Cómo, en esas condiciones, no habría de nacer un sentimiento muy real de reconocimiento hacia Aquel

que, en tan pocos años, expulsó para siempre la angustia del mañana, la inseguridad, el hambre, la guerra, y devolvió la alegría de vivir? Esa gratitud es inseparable de otro sentimiento, que hay que llamar «patriotismo imperial», el orgullo de pertenecer a un Imperio fuerte y próspero. Poco a poco se desvanece el rencor de los súbditos. El emperador no es ya el jefe de un ejército o de una nación conquistadora, sino el Padre, y seguidamente el dios a quien se debe todo, y se ve nacer, primero en el Oriente griego (donde ya era una antigua tradición «divinizar» a los señores del momento), pero también en Occidente, un culto a Roma y a Augusto, donde están enlazadas las dos potencias pacificadoras del universo.

Sería demasiado largo estudiar cómo nació y se desarrolló el culto imperial. Hemos dicho cómo surgió en Italia, y en la propia Roma, del reconocimiento espontáneo del Pueblo. El culto del *genius* fue progresivamente utilizado por Augusto, a quien repugnaba visiblemente dejarse divinizar en vida (pero el *genius* es el elemento divino de todo mortal); desde el año 12 a. C. permite insertar la mención de su «genio» en los juramentos oficiales, entre Júpiter Muy Bueno y Muy Grande (el dios soberano de la religión del Estado) y el nombre de los dioses Lares. Hacia la misma época se organiza, en cada barrio, una religión de ese «genio», incorporada en la de los «Lares de la encrucijada» (los *Lares compitales*), que existía entre la gente humilde en la época republicana. Cada uno de los doscientos sesenta y cinco barrios de la ciudad (los *vici*) designaba un «presidente» (*magister*), generalmente un liberto, para dirigir la celebración de ese culto. Así, hasta los más ínfimos entre los habitantes de Roma compartían el reconocimiento hacia César.

Por la misma época, las ciudades provinciales veían formarse asociaciones de devotos a Augusto (los colegios de Augustales) que tenían su *flamen,* es decir, su sacerdote. El aniversario del príncipe estaba considerado como un día de fiesta, en el que se

ofrecían sacrificios. Y hemos dicho que en el año 12 a. C. se fundó el gran altar de Lyon. En la colonia cesariana de Cartago se levantó un altar análogo, dedicado por entero a la *gens Augusta*. A medida que se va hacia Oriente se hacen mayores los honores. Hay ciudades que reciben el nombre de Augusto (*Augusta* en Occidente, *Sebasté* en Oriente) o de *Cesárea*, y cada día el rey Herodes celebra un sacrificio solemne en beneficio del príncipe en el templo de Jerusalén. Es difícil atribuir a la adulación o a la complacencia todas esas manifestaciones verdaderamente unánimes. Augusto no sólo consiguió unir los territorios del Imperio, también dio a todas las provincias un sentimiento y una fe que en vano se hubiera buscado en tiempos de la República —acaso porque los mismos conquistadores no lo sentían de este modo—, así como la firme convicción de que Roma había recibido una misión providencial y que, poco a poco, todas las naciones que componían su Imperio no formaban más que una sola ciudad.

ANDERSON, J. G. C.; A. MOMIGLIANO, R. SYME ET AL., en *Cambridge ancient History*, vol. X (*The Augustan Empire*), Cambridge, 1934.

ANDRÉ, JACQUES: *La vie et l'oeuvre d'Asinius Pollion*, París, 1949.

ANDRÉ, JEAN-MARIE: *Le siècle d'Auguste*, París, 1974.

ANDREAE, B.: *L'art de l'ancienne Rome*, Mazenod, París, 1973.

BÉRANGER, J.: *Recherches sur l'aspect idéologique du principal*, Basilea, 1953.

CARCOPINO, J.: *Virgile et le mystère de la IV Églogue*, edición corregida y aumentada, París, 1943.

CIZEK, E.: *Mentalités et institutions politiques romaines*, París, 1990.

COARELLI, F.: *Guida archeologica di Roma*, 2.ª ed., Bari, 1980.

ÉTIENNE, R.: *Le siècle d'Auguste*, París, 1970.

GAGÉ, J.: *Res Gestae Diui Augusti*, ed. y com., París, 1935.

GRENADE, P.: *Essai sur les origines du principat*, París, 1961.

GRIMAL, P.: *Horace*, París, 1958.

—: *Virgile,* París, 1984.

GROS, PIERRE: *Aurea Templa. Recherches sur l'architecture religieuse de Rome à l'époque d'Auguste*, Roma, 1976.

JEANMAIRE: «La politique religieuse d'Antoine et de Cléopatre», *Revue archéologique*, 1924, 1, pp. 241-261.

LEVI, M. A.: *Il tempo di Augusto*, Florencia, 1951.

MAGDELAIN, A.: *Auctoritas Principis*, París, 1947.

PARIBENI, R.: *Storia di Roma*, t. V, Bolonia, 1950.

Reitzenstein, R.: «Zu Cicero de Re Publica», *Hermes*, LIX (1924), pp. 356 y ss.

Roddaz, J. M.: *Marcus Agrippa*, Roma, 1984.

Rostovtseff, M.: *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926.

Strong, E.: *La scultura romana de Augusto a Constantino*, 2 vols., Florencia, 1923.

Syme, R.: *The roman revolution*, Oxford, 1939.

Taylor, L. R.: *The divinity of the Roman emperor*, Am. Phil. Assoc., Philol. Monographs, I. Middletown (Conn.), 1931.

Wagenvoort, H.: «Princeps», *Philologus*, XCI (1936), pp. 206 y ss., y 323 y ss.

Notas

[*] El problema ha sido tratado en particular por J. Carcopino, *Virgile et le mystère de la IV Églogue*, París, 1943. Carcopino concluye en favor del joven Polión Salonino, segundo hijo del legado de Antonio.

[*] Sobre estos proyectos de César y su realización, véase *Villes romaines* (colección *Que sais-je?,* número 657), pp. 44 y ss.

[*] Véase *supra,* p. 10.

[*] *Odas,* III, 14, 1 a 4.

[*] Horacio, *Odas,* I, 12, 45 y ss.

[*] *Odas*, IV, 2, 29-31.

[*] *Odas*, I, 33, 1 y ss.

[*] V. J. Carcopino, *Convergences de l'Histoire et de la Littérature,* París, 1963.

El siglo de Augusto
Pierre Grimal

Título original: *Le siècle d'Auguste*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Pierre GRIMAL de l'Institut. Primera edición en francés: 1955.
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012
ISBN: 978-84-9892-477-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

ÍNDICE

Introducción 2

I. Los años preliminares y la conquista de los espíritus 10

II. El principado augustal 36

III. La literatura augustal 50

IV. El arte de la época augustal 80

V. La paz augustal 94

Bibliografía 110

Notas 112

Créditos 113